

VOLUMEN
6

José Tomás **Boves**

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Edgardo Mondolfi Gudat



EL NACIONAL

50 años
Que se dejan ver



BANCO DEL CARIBE

Edgardo Mondolfi Gudat

Escritor nacido en Caracas, en 1964. Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela y Magíster en Estudios Internacionales de la American University, Washington, D.C.

Entre sus publicaciones sobresalen varios libros de crónicas, estudios y ensayos, entre los cuales cabe destacar: *El Dios Salvaje* (Academia Nacional de la Historia); *De Revoluciones y Rebeldías* (Contraloría General de la República), *Bajo la Mirada Peregrina* (Fondo Editorial Fundarte), *Testigos Norteamericanos de la Expedición de Miranda* (Monte Ávila Editores), *Francisco de Miranda en Francia* (Monte Ávila Editores), *El Águila y el León: el Presidente Benjamin Harrison y la controversia de límites entre Venezuela y la Gran Bretaña* (Academia Nacional de la Historia), *Textos Fundamentales de Venezuela* (en coautoría con Rafael Arráiz Lucca, Fundación para la Cultura Urbana) y *Los Fantasmas del Norte//Miradas al Sur, crónicas sobre Estados Unidos y la Argentina* (Fundación para la Cultura Urbana).

De próxima aparición figura además *Páez visto por los ingleses* (Academia Nacional de la Historia) y *Miranda en ocho contiendas* (Fundación Bigott). Es el autor del trabajo titulado *Miranda, su flauta y la música*, con música de Luis Julio Toro (Fundación Banco Mercantil). Es colaborador permanente del diario El Nacional y ejerce la docencia en la Universidad Metropolitana. Actualmente prepara una biografía de Daniel O'Leary para esta misma colección.

Biblioteca Biográfica Venezolana

José Tomás **Boves**

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

José Tomás **Boves**

(1782-1814)

Edgardo Mondolfi Gudat

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Sergio Dahbar

Asesor Editorial: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Whanon

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Biblioteca Nacional (Foto principal portada), Archivo El Nacional (Foto secundaria portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If7892005900147

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-6518-58-6

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario El Nacional, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario El Nacional buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de El Nacional

El Hidalgo **de gotera**



Diez meses antes de que lo hiciera Bolívar en Caracas, José Tomás Boves vino a conocer las asperezas de este mundo el 16 de septiembre de 1782. Era natural de Oviedo, una ciudad a la que nunca se ha entrado sin peripecias porque se extiende al abrigo de montañas y valles oscilantes que definen su vocación de fortaleza. Si Asturias es un llano verde cruzado por un amasijo de ríos, Oviedo y las moles que la rodean introduce colores más bien tendientes a lo sombrío. Se encuentra emplazada en lo alto de una meseta, desde la cual siempre se ha oído más cerca que en cualquier otra parte de España la voz de Dios. De hecho, su inexorable condición geográfica le ha dado desde el principio de su existencia un carácter inexpugnable y a la vez cercano a la experiencia mística. Para demostrar que ambas condiciones están presentes desde sus orígenes, basta decir que en este lugar hubo un castro edificado por las legiones romanas para la defensa del resto de Asturias, y ya en el siglo VIII los afanados miembros de la orden benedictina habían construido en esta meseta su primer monasterio.

Oviedo, como todo el resto de Asturias, forma parte de aquello que se había roto en el sur de España a causa de la expansión musulmana. Allí se concentraba, como en todo el resto del norte, las fuerzas de la

cristiandad liberada. Por doquier, dentro de sus relieves inexpugnables, se erigían cenobios, basílicas y templos para asegurar que Oviedo no sólo fuera el centro geográfico sino la médula espiritual de Asturias. Pero Oviedo no sería todavía Oviedo hasta que el rey Alfonso II, llamado “El Casto”, trasladase hasta allí la capital del reino de Asturias. Y si bien nunca fue un centro de peregrinación tan importante como Santiago de Compostela, muchos devotos se desviaban en León y seguían ruta hacia el norte para hacer un alto en aquella ciudad famosa por la abundancia y calidad de sus reliquias religiosas, tanto como por su catedral que extiende hacia el cielo su antena de piedra.

De esta ciudad, acostumbrada a empavesar su torre catedralicia con banderolas rojas para anunciar el jubileo de la Santa Cruz o los festejos de su patrono San Mateo, procedía la familia “Bobes”, un núcleo de “hidalgos de gotera”, como se conocía a una de las tantas frondosas divisiones como la de “hidalgo de bragueta”, “hidalgo de cuatro costados” o “hidalgo de solar conocido” entre las que se distribuía la pequeña y empobrecida nobleza española. Siendo de “gotera” la familia Boves podía confiar en mantener ese casi inútil privilegio de hidalguía mientras no se estableciera fuera de los linderos de la comarca de origen. Pero hidalgos al fin, como cualquiera que perteneciera a tal condición, los Bobes no se distinguían mucho de aquel personaje admirablemente descrito por Benito Pérez Galdós que, para vivir, se la pasaba mal vendiendo poco a poco sus bienes.

De lo que no cabe duda, a juzgar por el registro de su bautismo en la catedral de Oviedo, es que el apellido paterno era efectivamente Boves, pues por mucho tiempo se creyó, aunque no de manera totalmente equivocada, que su verdadero apellido era Rodríguez, y que había adoptado el “Boves” como un nombre falso al trocar su profesión de marino por el de contrabandista primero y de mercader de ropa y tratante de bestias después, en Calabozo. Sea como fuere, Boves adoptará la forma corrompida de “Boves” al llegar a Venezuela, pero aquel apellido no era, en todo caso, ninguna invención. Bobes es un cognomento corriente en la región, que tiene su origen además en

el lecho de un río. Es, como muchos, un nombre de ruda procedencia geográfica.

Cómo empezó a configurarse la vida de los Bobes en Oviedo es algo que nadie sabe. Al menos ya en lo que hace a la generación de su padre, cuando no de antes, los Bobes eran vecinos de la parroquia de San Tirso el Real, una de las que formaba parte del primitivo complejo edilicio erigido por Alfonso “El Casto”, y que aunque sufrió como ninguna los rigores de un incendio que devastó a buena parte de Oviedo en 1521, no se consumió del toda entre las cenizas de aquel desastre. A tal milagro debió contribuir sin duda la benévola protección que a la parroquia de San Tirso le dispensaba la propia catedral albergada dentro de sus lindes y, también, los socorros que otorgaba la virgen de la Balesquida, benefactora de la cofradía de los sastres, uno de los gremios mejor asentados en ese burgo desde, por lo menos, el siglo XIII. Esa devoción no formará por cierto un dato menor en la historia futura de la familia Bobes.

El declive de la fortuna de los Bobes era ya insalvable para cuando Manuel de Bobes (en los escritos parroquiales solía anteponerse el hidalgo “de”, seguramente con cierto orgullo) vino a pertenecerle a la muerte en enero de 1787. De que murió pobre lo demuestra sin más el que no precisara hacer testamento; y probablemente se fue sin molestar a nadie pero dejando trás de sí a tres hijos, María, Josefa y José Tomás, el último de los cuales tendría cinco años por aquel entonces. Algo a la postre no dejaba de revelar su condición u orgullo de hidalgo: don Manuel fue enterrado en la iglesia de la propia parroquia de San Tirso, y el hecho de que recibiera semejante beneficio es indicativo de una de dos cosas: o había pagado por ello (algo que parecería dudoso en vista de su estado de penuria) o que poseía derecho de sepultura en la iglesia parroquial por simple privilegio de familia.

Por el lado materno es poco lo que puede decirse a falta de documentos que iluminen de una manera más precisa. En cualquier caso, se sabe que su madre era de apellido de la Iglesia, lo cual denota con cierta seguridad que debió ser de origen expósito. Por coincidencia

Manuela se llamaba la madre, como Manuel, el padre. Y Manuela, como es obvio, no podía padecer de más infortunio tras la defunción de Manuel teniendo que cargar a cuestas a partir de entonces con tres hijos menores. La esperanza de que esa viuda saliera adelante por sus propios medios era tan remota como pedirle a la pobreza misma que dejara de morder a la familia; pero, para moderarla, resolvió dejar atrás a Oviedo cuanto antes y ganarse la vida en un lugar que la acercara a la promesa del comercio. El lugar destinado a tal cambio fueron las cercanías al mar, en donde pronto acostumbró sus manos al oficio protegido por la Virgen de la Balesquida.

En Asturias, fuera de su llanura y de la meseta donde se asienta Oviedo, casi todo está condicionado por el mar, el Mar Cantábrico. Es un mar tan abierto el del litoral astur que la relación con la tierra se impone sin intermediarios. A diferencia de otras costas de España, aquí no existen mayores accidentes ni bahías; al menos, no hay grandes ríos que desagüen en él. No es, por citar un caso, la costa de Galicia, donde mar y tierra terminan viéndose separados por medio de rías y bahías amplias. Nada más natural entonces para un asturiano que ver al mar confundido con la tierra. Se trata del mar auténtico, sin restricciones.

De todos los puertos del litoral astur, Gijón, donde terminará asentándose Manuela con sus tres hijos huérfanos de padre, es uno de los que se extiende con más franqueza hacia el mar abierto. Una línea imaginaria tendida hacia el horizonte situaría al cabo Lizard, en Irlanda, frente a Gijón.

Pero ese mar, como todo mar, es arriesgado al adentrarse el navegante. Por eso Asturias, y Gijón en particular, formará grandes capitanes y tripulantes para ese mar duro del norte de España. Lo hará, ya a fines del siglo XVIII, por obra del filósofo y escritor Gaspar Melchor de Jovellanos, quien habrá de crear el Real Instituto Asturiano de Gijón, el cual, por su alto nivel de conocimiento y excelencia, llegó a considerarse sin exageración alguna como el centro de enseñanza técnico más moderno con que contaba la España que dejaba de ser gobernada poco

antes por el inteligente monarca Carlos III y su reformismo ilustrado, para entregarse a un régimen de cruda imbecilidad en la persona de su hijo, Carlos IV.

Para cuando Boves, sus hermanos y su madre lleguen a Gijón, la marina asturiana tendrá más de medio siglo recuperándose tras una notable ruina de su pesquería y su comercio marítimo. Asturias había comenzado a reconstruir su flota y darse a sí misma leyes protectoras para su comercio. Y fue justamente la autorización que recibió para comerciar de forma directa con América, a través de distintos puertos intermedios de España, lo que le brindaría el impulso definitivo, gracias a lo cual se darían las facilidades conexas para la construcción de diques y astilleros. Aparte de que ya desde 1777 Gijón entraba a comerciar libremente con América, se habían constituido varias compañías y comenzaba a asomar en esta comarca la figura del naviero. Entre los navieros que por aquel entonces actuaban y disponían de flotas propias figuraba la casa “Pla y Portal”, la cual no tardaría en establecer relaciones y acreditar correspondientes en la Capitanía General de Venezuela.

Boves y la casa “Pla y Portal” no unirían sus destinos hasta que el hijo huérfano egresase, luego de cuatro años de estudios, como pilotín del Real Instituto creado por Jovellanos. Ya en 1798, cuando José Tomás tenga quince años (había comenzado a cursar en 1794 a la precoz edad de once), el propio Jovellanos lo destacará por su interés en los estudios de náutica y cualidades personales entre los principales egresados del Instituto.

Mientras el hijo menor se preparaba para piloto, Manuela y su hija mayor habían logrado aliviar la pobreza colocándose en un taller de costura que suplía a la industriosa villa de navegantes. La fortuna no le fue entonces del todo mezquina a estos hidalgos errantes que lograron sobrevivir a la desdicha apostándolo todo a la formación de José Tomás como experto en náutica y pilotaje. El mayor premio a los desvelos y trabajos de Manuela de la Iglesia desde su taller de costura fue comprobar que José Tomás fue recomendado por su aplicación y con-

ducta por parte de los profesores del Instituto a fin de que pasara a formar parte de esa clase intermedia de hombres que se situaban, en rango, entre oficiales y marinos.

El siguiente paso consistía entonces en conseguirle acomodo a bordo de alguna de las naves que desde Gijón hacían viajes de altura por el Mediterráneo, pero algo mejor se interpuso de pronto en la carrera de José Tomás: un sutil cambio de suerte le permitió no equivocarse el momento de atender los exámenes para el empleo como piloto de segunda clase que ofrecía la Real Armada, y hacia el puerto de El Ferrol se encaminó confiando en que el título sería suyo. Y así fue.

Existen sin embargo indicios de que José Tomás no tardó en volver sobre sus pasos hasta Gijón donde su encuentro con “Pla y Portal” llegó como algo más que una simple casualidad. La casa naviera se estaba extendiendo con pujanza y necesitaba tanto de Boves como éste de aquella. Pero si hay algo que no cabe saber con claridad es la razón por la cual Boves se inclinó por terminar haciendo su vida en aguas del Caribe. El hecho es que la casa comercial “Pla y Portal” mantenía tantos buques mercantes destinados al cabotaje en España como al comercio con Puerto Rico, Cuba, Curazao, Trinidad y Venezuela, y José Tomás optó entonces por desplazarse tan lejos y para siempre de Gijón. A no dudar, la remuneración debía ser mayor en este comercio a distancia, además de que en algo debió incidir el que Boves, estando ya al servicio de los armadores “Plá y Portal”, fuese promovido al cargo de primer piloto; pero el hecho de que dejara atrás a la madre viuda y sus dos hermanas desconcierta más que a primera vista. Se sabe – y de esto no cabe duda – que Boves mostró una irrepreensible relación filial, de que cierta ley de gravedad lo mantuvo atado a Manuela de la Iglesia hasta donde logran confirmarlo sus años como estudiante de náutica en Gijón. Incluso, ya desde Venezuela como piloto de “Pla y Portal” primero y, más tarde, como amo del país, Boves jamás dejó de girar a España parte del dinero de su asignación para que fuera destinado a su madre. Por si fuera poco, tan activo se mantuvo el vínculo con Manuela de la Iglesia que no sólo sería ella misma quien pasaría a

cobrar los sueldos devengados por los servicios militares prestados por el asturiano sino que, más tarde, en demanda de una retribución por aquellos servicios, habrá de vivir de la pensión que la Corona le asignaría a José Tomás, a la par de su ascenso póstumo a brigadier, cinco años después de ocurrida su muerte en la mesa de Urica.

De modo que todo hace suponer que la distancia que Boves codició interponer entre Gijón y el Mar de las Antillas no se debió a algún tipo de ruptura familiar sino al prospecto de un cargo mejor remunerado si tomaba pasaje en alguno de aquellos bajeles de la casa “Pla y Portal” que buscaban la seducción más allá de los acerados dientes de la costa española.

Sin que se atravesara entonces ningún espíritu de profecía, José Tomás simplemente debió aceptar aquel puesto de piloto al otro lado del Atlántico como parte de las fatalidades de una vida signada por la estrechez. Al poco tiempo sin embargo terminaría acostumbrándose, más de lo que lo habría imaginado alguna vez, a un mar ajeno que lo entusiasmaba tanto como aquel mar de Gijón que siguió habitando en su memoria.

De marinero en tierra a tendero **de Calabozo**

No deja de ser una curiosa coincidencia que al menos dos de los hombres que más seriamente desafiaron la causa de los insurgentes por las razones que fueran –Domingo de Monteverde y José Tomás Boves– estuvieron tan familiarizados con el mar. El canario Monteverde, por ejemplo, inaugura sus tratos formales con el mundo del agua al recibirse como guardiamarina en la Academia Naval de la isla de León, para luego llenar todos los eslabones que lo condujeron a alcanzar el rango de capitán de fragata y jalonar una carrera llena de guerras y cruceros durante poco más de veinte años hasta ser destinado a Venezuela en marzo de 1812. Boves, por su parte, tendrá quizá el mérito menor de no haber alcanzado a ver jamás la guerra en el mar, como fue el caso de Monteverde contra los ingleses en el litoral español, pero no tardará, andando el tiempo, en convertirse en un hábil operador comercial y pieza de confianza de la casa “Pla y Portal” en el puerto de La Guaira para una fecha que debió rondar el año 1803, o sea, cuando el asturiano debió estar frizando los 21 años de edad. Aquel contacto con el litoral venezolano se extenderá probablemente hasta el año 1808, fecha a partir de la cual una serie de incidentes lo dejarán convertido para siempre en hombre de tierra.

La mejor prueba, o al menos la más fehaciente, que tenemos de su etapa naviera en Venezuela es el testimonio que se deriva de un segundo oficial suyo a bordo del bergantín que tripulara el mismo asturiano. Se trataba de un tortosino de nombre Vicente Calderó, quien aparte de llevar periódicamente desde la casa central de “Pla y Portal” la asignación que se le pagaba a Manuela de la Iglesia por órdenes de Boves, traía favorables nuevas acerca de las actividades de su hijo en La Guaira. Más tarde, será el mismo Calderó, quien tras sus viajes semestrales de Caracas a la Coruña y de la Coruña a Gijón a bordo del mismo bergantín repleto de marineros catalanes y gallegos que antes comandara Boves, traerá a Manuela noticias del respeto que su hijo se iba ganando con su almacén en Calabozo y, tras ampliar su comercio, con el tráfico de caballos y mulos por los Llanos circundantes.

Siendo esta sin duda la etapa más oscura e indocumentada de su vida, resulta preciso acudir a una fuente nada ajena a los episodios que informan la vida de Boves durante los seis meses de su actuación entre julio y diciembre de 1814 como amo indiscutible de Venezuela. La fuente son las *Memorias* escritas por el oidor y regente interino de la Real Audiencia de Caracas, José Francisco Heredia, quien nunca dejó de ejercer con enorme padecimiento su cargo al tratar de paliar, mediante actitudes legalistas y cierto espíritu humanitario, las arbitrarias disposiciones tomadas por Monteverde, Juan Manuel Cajigal (en menor medida) y, desde el luego, por el asturiano Boves.

Así como algunos historiadores afirman y otros al menos dejan entender que tras aquellos años en La Guaira al servicio de la casa “Pla y Portal” Boves terminó siendo procesado por contrabando, la versión que debe estar más cerca de lo ocurrido es sin duda la que nos proporciona Heredia. Al referirse a este hiato poblado por más dudas que certezas, el oidor-regente afirma que, en efecto, Boves debió experimentar en algún momento (tal vez entre 1807 y 1808) la tentación de adentrarse en los arriesgados tratos del contrabando. Desde luego, aun con las libertades de comercio dictadas ya desde los tiempos de Carlos III, no tenía nada de inusual que en la amplia fachada de la Venezuela

que convivía con el mar a principios de ese siglo XIX, la industria del contrabando continuara dispuesta a tentar a los marinos más expertos. Y aunque no es un axioma que todo marino sea contrabandista, se podría suponer que el asturiano habría visto en este expediente una vía para ampliar entre las Antillas y la costa venezolana sus ingresos al margen de los intereses de la casa “Pla y Portal”.

Tampoco sabemos qué géneros llegó a introducir o de dónde procedía con exactitud la mercancía ni, mucho menos, si en estos menesteres Boves se hallaba defraudando directa o indirectamente a sus propios patronos.

Al menos en lo que a esto último se refiere, la hipótesis parecería verse negada. Todo indica que hasta mucho después del juicio incoado en su contra, Boves continuó manteniendo relaciones con la firma “Pla y Portal”, dado que –como ya se mencionó– quien quedó a cargo de su bergantín, el tortosino Vicente Calderó, fue frecuente portador de noticias entre Puerto Cabello y el litoral astur acerca de sus actividades en Calabozo, y es hasta probable que condujese algún eventual encargo destinado a Manuela de la Iglesia en Gijón, con quien Boves siempre conservó alguna forma de contacto. Si sus “actos de piratería” o de contrabando hubiesen perjudicado a los comerciantes de Pla y Portal, resulta casi imposible suponer que el tortosino Calderó hubiese arriesgado su mando sirviéndole de correo a su antiguo superior.

Pero a ninguno de estos pormenores se refiere Heredia, ni tan siquiera parece que al oidor-regente le interesara aclarar algo acerca del origen o estímulo que esta actividad pudo tener en el caso concreto de Boves. A diferencia suya, Juan Vicente González es un tanto más preciso al tratar algunos pormenores del incidente: sitúa el año 1808 como la fecha más factible de la causa que se le siguió, y asegura que su radio de acción como “pirata” debió concentrarse entre “su plaza natural” de Puerto Cabello y la isla de Curazao.

Lo que Heredia simplemente se limita a informar es que Boves fue arrestado y procesado en Puerto Cabello mientras que otros autores añaden que se le formó causa como “ladrón de mar” por haber sido

sorprendido en el manejo de un buque que ni siquiera pertenecía a su propia empresa. Sea lo que fuere, y si bien el de Boves pudo haber sido uno entre docenas de casos similares en la época, llama la atención el hecho de que se le condenara a la severa pena de ocho años de presidio en la fortaleza de San Felipe, mejor conocida más tarde –aunque no sin ironía– como Castillo Libertador.

De acuerdo con González, la única explicación fue que la causa de Boves se prolongó por diversas circunstancias, y que en su curso se formularon nuevos cargos contra el asturiano, con el consecuente aumento de la pena a la que nos hemos referido.

No será empero la primera ni la única vez que en la vida de Boves terminara intercediendo una mano protectora. En este caso, una familia guaireña de apellido Jove, de estirpe comerciante y que de una u otra forma llegó a entrar en tratos con Boves en algún momento de sus correrías entre La Guaira y Puerto Cabello (y por la cual Boves a su vez sintió particular deferencia), llegó a abogar por él a fin de que se le conmutase la pena de confinamiento en las bóvedas de Puerto Cabello por un régimen de reclusión más benigno en los Llanos centrales. Esta relación con los Jove, y cualquiera que fuesen sus particularidades, dio pie por mucho tiempo a la fantástica e inverosímil creencia de que el nombre de Boves era una mera corrupción fonética de Jove, y que aquél a quien se conocía hasta entonces por el nombre de “José Tomás Rodríguez” vino a prenderse de aquel nombre falso en agradecimiento por el favor que se le dispensara. Ya hemos visto que no sólo Boves era un apellido común en Asturias sino que nada permite refutar lo que se asienta en los libros parroquiales de Oviedo referido tanto a la partida de bautismo de José Tomás como a la defunción de su padre, Manuel Boves.

Los testimonios de la etapa que sigue a su encierro en Puerto Cabello y que lo encamina a cumplir el resto de su condena en una ciudad como Calabozo que servía de punto de intercambio con los Llanos menos populosos del interior, parecen aludir también a un personaje más inventado que real. Dichos testimonios coinciden en que el reo par-

cialmente indultado estableció una “tienda de ropa” y que, más temprano que tarde, había dejado las telas para especializarse en la trata de cueros de res (otros sostienen en cambio, aunque sin fundadas pruebas tampoco, que luego de dedicarse al comercio de mercería se arriesgó al mucho más lucrativo negocio de comprar recuas de ganado y conducir las para su venta a Valencia y Villa de Cura). Sin embargo, nadie parece pasearse ante preguntas tan elementales como la forma en que un ex convicto pudo llegar a granjearse de pronto la confianza de una aldea replegada sobre sí misma, donde la presencia de un extraño que venía a purgar el resto de una condena dictada en Puerto Cabello debía cuando menos poner a todos sus moradores en alerta. Tal vez fuera una práctica común reubicar a este tipo de sujetos en zonas más o menos despobladas del interior con la esperanza de retenerlos tras las puertas de un mundo poblado por hombres ajenos. De allí que no debió haberle sido fácil a Boves vencer la muralla de los más pequeños prejuicios, cuando no el verse libre de las habladurías o los chismorreos maliciosos de la localidad (algo que, de paso, seguramente no le importaría mucho al asturiano) o, lo que ciertamente era peor, no poder obtener con facilidad algún préstamo que le permitiera echar a andar sus primeros negocios.

Es, en todo caso, una paradoja entre tantas que Calabozo, o la “Villa de Todos los Santos” (porque así se le llamaba desde sus tiempos fundacionales), fuera precisamente el lugar escogido para la reclusión del contrabandista sorprendido en sus andanzas. Si de simple fonética se trataba, la escogencia no podía ser más correcta desde luego. Pero nada más lejos que la Calabozo de la primera década del 1800 como lugar de reclusión. Era más bien un lugar donde, con algún esfuerzo, alguien como Boves podía muy bien llegar a prosperar con el tiempo.

Muchos datos proclamaban el bienestar de Calabozo. Ya Alejandro de Humboldt y Francisco Depons, en calidad de viajeros por aquellas comarcas, lo habían notado y consignado así en sus diarios. No sólo se trataba del portal a la amplitud de la llanura, sino que noventa y cinco

mil cabezas de ganado se repartían por aquel entonces en los hatos de sus alrededores.

Al igual que su pariente mayor –San Carlos de Austria–, Calabozo fungía como un importante punto de distribución para la región, donde los comerciantes se congregaban para darle salida a la venta de ganado, cueros, carne, mulas y caballos a lo largo de aquellas rutas adyacentes a Calabozo que recorrían los campos hacia el norte, hacia los valles de la Provincia de Caracas y, en sentido opuesto, hacia Puerto Cabello, desde donde todos aquellos productos del Llano podían seguir luego un destino legal o ilegal en dirección a las Antillas.

Al servir Calabozo como ancla a una red creciente de hatos ganaderos que se desparramaban a su alrededor y donde –justo es decirlo– aquel comercio con el norte del país le permitiría a su vez adquirir productos manufacturados que contribuyeran esencialmente a su crecimiento, podemos imaginar entonces que la promoción de un hombre con aptitudes y talento empresarial debía ser rápida. Boves, a no dudar, pasaría a integrar el músculo que ya para entonces representaban otros españoles de menos reciente afincamiento, como el importante núcleo de canarios ya avecindado en Calabozo y reputado en toda la región por su carácter industrial.

Pero aparte de su prosperidad material, algo debía tener aquella villa para que desde muy cerca de allí, de San Francisco de Tiznados, saliera a representarla en Caracas Juan Germán Roscio, sin duda el pensador más robusto y acucioso que tuvo la Primera República, y quien ya de antes había hecho puesto en el Cabildo del 19 de abril de 1810. Sería Roscio quien mejor atronararía con su fraseología de jurista en la Sala del Congreso instalado en marzo de 1811. Empero, la suerte de Roscio y de la región que representaba serán, al cabo, más o menos paralelas: luego de la capitulación de Miranda, en julio de 1812, Roscio será puesto en cepos en una plaza de Caracas, al tiempo que Monteverde no tardará en calificarlo de “monstruo” y remitirlo bajo una barra de grillos a las prisiones españolas de Ceuta; de Calabozo, en cambio, se encargará Boves tras convertirla varias veces en asiento de

sus operaciones en el curso de los azarosos años 13 y 14. Y entre exterminar a todos los blancos y ordenar que se arrancaran las rejas de las casas para fabricar lanzas, quedan resumidos sus dos mayores aportes a la historia de aquella villa adonde se le había confinado algunos años antes.

Con todo y su aparente fachada de movilidad, era famoso el acorazado espíritu conservador de los vecinos de la Villa de Todos los Santos, y es muy probable entonces que Boves, detentando la mácula de ex presidiario, haya tenido que remontar lentamente muchos prejuicios para instalarse y ser aceptado en el seno de aquella sociedad, si es que acaso lo fue del todo. Algo hace pensar, especialmente por la furia con que arremetió luego contra Calabozo, que nunca lo fue.

Sobre sus inicios como pulpero nada sabemos. Ni siquiera –como hemos dicho ya– de quién fue la mano generosa que le pudo extender el primer crédito para establecer su almacén nada menos que en uno de los sectores más visibles de Calabozo. Tal vez sobre este particular no deje de resultar interesante citar parte de un “diálogo imaginario” publicado por la *Gaceta de Caracas* que aún se imprimía a favor de la causa insurgente para la fecha en que apareció dicha pieza (marzo de 1814). Este “diálogo” lleno de injurias y reproches mutuos lo sostienen los dos principales “monstruos” con quienes más se identificaba el terror para la República: el canario Francisco Rosete y el asturiano Boves. “¿No se metió usted a pirata, no fue sumariado en Puerto Cabello?”, le espetaba Rosete a Boves, para luego añadir: “¿No robó usted allí a un comerciante cuyo almacén se trajo a Calabozo y después, para burlarse de él y quedarse con su propiedad, se mudó usted el apellido? (o sea, de Rodríguez a Boves).

Como fuera, y aun cuando no exista manera alguna de saber la forma en que echó los cimientos de su negocio, Boves debió haberse instalado con su comercio de telas en una de las esquinas principales de la ciudad en una fecha que no debió pasar de 1810. Esto es así puesto que antes de los sucesos ocurridos en Caracas en abril de ese mismo año, el asturiano ya era conocido en toda la región por su comercio, y estima-

do –hasta donde cabe suponer– por su conducta, a la que supo cifrar toda la habilidad necesaria para captarse la simpatía de su clientela.

A Boves tal vez se le debe haber antojado en algún momento de cumplida su condena (si es que antes las autoridades no se habían olvidado completamente de ella), que los linderos de Calabozo eran demasiado estrechos e insulsos y, por tanto, insuficientes para abarcar sus ambiciones. Es por ello que habiendo sido sentenciado en Puerto Cabello entre 1808 o 1809, para 1810 el contrabandista de mar devenido en pulpero encerrado en el corazón de tierra firme ya debía haber atisbado la perspectiva de extender el radio de sus negocios, probando salir de Calabozo y moverse a partir de entonces de un punto a otro traficando con su mismo comercio de mercería. Se dice que fue por esta vía que se le abrió, por primera vez, el mapa de aquella zona oriental del país que llegaría a codiciar primero como comerciante y dejar sembrado de cicatrices algunos años más tarde a su paso como jefe de tropas. Comprando mercancías en Píritu de Barcelona las conducía en recuas de vuelta al Guárico, y es muy probable que por aquella misma época otro comerciante que bajaba desde las comunidades de Segovia alrededor de Barquisimeto hubiese entrado en tratos con el asturiano y recorriera la misma vía de oriente. Se trataba del futuro general republicano Jacinto Lara, quien ejerciendo el comercio por el interior del país (todo esto según las investigaciones nunca exentas de fábula del polígrafo Arístides Rojas) pudo llegar a recorrer los mismos caminos del Llano al bracero de Boves.

Nunca sabremos cuándo fue que en realidad el asturiano mató a su primer hombre pero, si hemos de creerle al mismo Rojas, en alguna fecha cercana a 1810 Boves y Lara tramontaban juntos el abra de los Llanos a la vuelta de una de aquellas habituales caravanas al oriente cuando tuvieron que empeñar la piel en un encuentro que dejó tendida en el suelo a una partida de asaltantes.

Debió ser entonces cuando, enfrascado en sus negocios de muchas leguas de tierra, Boves le cogió gusto a la silla de montar. Cosa rara si se quiere para alguien que, en su doble condición de marino y asturia-

no, debía estar lejos de cultivar semejante afición. Pero montando de sol a sol y durmiendo sobre la silla allí donde lo cogiera la noche, debió ir atesorando las condiciones de jinete diestro con que representaría su papel más importante en Venezuela.

Esta vida entre el almacén y sus dilatadas ausencias a caballo debió durar hasta 1812 sin que se aparte de uno la frustrante sensación de no contar con más detalles fuera de la posibilidad de que en algún momento el asturiano resolviera probar suerte (como suponen algunos autores) en el próspero negocio de comerciar con ganado vivo entre Calabozo y El Rastro, San Carlos de Austria y Valencia.

De esta época de sus andanzas como comerciante se le atribuye también haber dado rienda larga a los placeres del cuerpo y de haber dejado por lo menos un hijo en Valencia. “El monstruo amó”, es una conmovedora frase que corre por cuenta de Juan Vicente González, concebida quizá para darle cabida a un raro paréntesis dentro de su patología destructiva.

Quiso la casualidad o la ironía que la mujer a quien el “monstruo amó” y de quien dejó prole tras su fugaz ayuntamiento en Valencia se apellidara Bolívar. De haber sobrevivido rastro alguno, aquel vástago habría visto cruzados en él los dos apellidos más antagónicos que tuvo el país entre 1813 y 1814.

Cuando se vino encima el año 1810, Calabozo, al igual que las restantes poblaciones de los Llanos centrales, no podía escapar a las fluctuaciones de ánimo con que se juzgaban los discursos y las declaraciones emanados de Caracas, y que en mucho se parecían a las sorpresas que depara la intemperie. Pero, en el fondo, la elite ganadera de aquella región estaba poco dividida ante el nuevo estado de cosas que se gestaba en la capital. Prueba de ello es que Calabozo había promovido por sí sola una de las tantas subastas con que se puso a talla la cabeza de Francisco de Miranda tras su intento de invadir por Coro en 1806, de modo que ello explica, en cierto sentido, que ya para junio de 1810 los lugareños hubiesen asumido una actitud más bien pasiva ante los sucesos ocurridos en Caracas en abril de ese mismo año. En el mejor

de los casos, aquellos hacendados y ganaderos se inclinaron a tomar lo ocurrido en la capital como una situación transitoria, obligada por los acontecimientos en España, pero seguramente sospechando que tras la “defensa” que la Junta de Caracas hacía de los derechos de Fernando VII podían albergarse otros designios.

Calabozo habrá de definir mejor su actitud tras la declaración a favor de la Independencia en 1811, cuando se precisen más claramente los propósitos de los criollos de Caracas y un “partido revolucionario” se apodere de los espíritus menos hostiles a tan confusas ideas. Lo que no indica necesariamente que dejara de existir un partido “leal”; todo lo contrario, no sólo lo hubo, sino que militaron y perseveraron en él muchos calaboceños hasta el fin de la contienda, muy a pesar de Boves y de sus particulares andanzas en nombre del mismo rey.

Un dato curioso que habla del apoyo que comenzó a construir la causa insurgente en Calabozo fue la estada del canónigo José Cortés de Madariaga en esa localidad, en agosto de 1811. El canónigo chileno regresaba de Cundinamarca, en donde se había encontrado proponiendo un tratado de amistad, alianza y unión federativa en nombre del gobierno central en Caracas. Pero así como Madariaga fue recibido con la peor catadura en muchos pueblos del Llano –en San Rafael de Atamaica, por ejemplo, por poco lo lincha una partida de hombres armados de garrotes–, en Calabozo permanece retenido cinco días a causa de la lluvia pero sin poder huir de los repiques de las campanas y de los repetidos himnos entonados en su honor. Tan buen recuerdo se llevó el canónigo que, al llegar a la capital, apuntó lo siguiente en un largo informe de su itinerario desde Caracas a Nueva Granada y de vuelta: “el partido de Calabozo me ha compensado perfectamente de las amarguras de esta expedición”.

Todo fue, claro está, antes de que el canónigo y Calabozo comenzaran a soñar con la muerte.

La mano en el rostro

Más allá de los petardos que en loor de Madariaga reventarían a duras penas a causa de la lluvia, las fidelidades y adherencias eran desde todo punto de vista inseguras. Además, Calabozo tenía la particularidad no sólo de ser uno de los accesos principales a la región central sino de quedar emparedada, al igual que otras villas grandes y pequeñas de los Llanos, entre las provincias “leales” de Coro y Maracaibo al oeste, y los valles centrales adictos a la República. Por si fuera poco, Calabozo, por su posición meridiana entre la gran puerta a la llanura y los confines de Apure, era además un atalaya desde donde podían pulsarse las distintas reacciones que suscitaban los hechos de Caracas en otras localidades más apartadas como San Fernando, Achaguas y otros futuros teatros de operaciones que se concretarían en los rincones de aquel amasijo fluvial.

Por eso, dada la ubicación estratégica de Calabozo, y principalmente con el objeto de contener el avance de Monteverde quien había iniciado desde Coro su campaña hacia el centro del país en marzo de 1812, Caracas resolvió despachar y organizar allí una guarnición que sirviera como uno de los puntos para la concentración de las fuerzas que iban a operar, a la vez que como puesto de observación contra las

reacciones que los descontentos pudiesen suscitar a varios kilómetros a la redonda. La guarnición se preparó de la mejor manera, al alcance de los escasos recursos de los que podía disponer, y allí se entregó a la mortificante sensación de aguardar a lo que terminara revelándose en el horizonte.

Entre los apoyos con que contaba el “partido revolucionario” se encontraba, al menos secundándolo con su opinión, el comerciante José Tomás Boves. Las razones para que hubiese asumido semejante posición no están claras, aunque se afirma que a los sucesos de Caracas de los años 10 y 11 debía Boves el que se le hubiese indultado definitivamente de la pena de confinamiento en Calabozo, algo que luce difícil de creer a la luz de la libertad de movimiento de la que ya había comenzado a gozar con anterioridad y que le había permitido consagrarse libremente al tráfico de géneros entre los Llanos y el oriente. Otros agregan que obró con tal entusiasmo que se presentó en San Carlos resuelto a organizar algunos “tercios” a favor de la defensa de la República, y que a cambio de tal ofrecimiento sólo recibió que se le detuviera por sospechoso hasta que fue liberado a instancias de Ignacio Figueredo, un prominente vecino de la zona que acabó por no descubrir peligro alguno en este raro ejemplar que andaba de correrías comerciales vagando suelto por la sabana.

Tal vez convendría hacer un paréntesis al hablar de este episodio, pues así como era proverbial que no perdonara las afrentas, Boves no solía olvidarse tampoco de la amistad. Aquellos que sólo lo han juzgado como una de las tantas antesalas al infierno se sorprenderían de saber lo capaz que era el asturiano de saldar sus deudas de gratitud. Lo hizo muchos años después con aquella familia Jove de La Guaira, y Figueredo tampoco fue precisamente una excepción: desde su Cuartel General de Oriente, en noviembre de 1814, cuando apenas un par de semanas lo separaban de su propia muerte, Boves dirigió órdenes al gobernador de Valencia, donde había ocurrido un conato de alzamiento en su contra, recomendándole que velara por la suerte de Figueredo y de su familia, y así se lo expresaba también a María del Rosario Figue-

redo, hija de quien en su momento le salvara la vida en San Carlos: “Con esta fecha oficio al comandante de esa plaza para que mire a su padre como mi recomendado, y esté usted y su familia con sosiego por lo que respecta a él y su familia, pues además de conocerlo de cerca, me intereso por ustedes”.

Con todo y los buenos oficios interpuestos por Figueredo, es muy probable que el asturiano no sólo estuviese ya lo suficientemente decepcionado tras este episodio en el que se le intentó enredar en intenciones sospechosas, sino que juzgara con suficiente escepticismo la suerte que corría la República hacia el mes de abril de 1812 como para haberse permitido repetir, de regreso de uno de esos viajes de comercio por el occidente del Guárico, algunas noticias contrarias al gobierno de Caracas o notoriamente favorables a aquel Monteverde que venía alentando vientos de desgracia para el ejército republicano.

En realidad, hasta donde cabe suponer, Boves sólo se hizo eco de una opinión que se iba hinchando como la crisálida de un gusano por aquellos Llanos de sus andanzas. La Primera República, más apegada a las doctrinas que a las armas, no tenía respuesta ante los hechos que se le venían encima, y su caída sólo parecía ser cuestión de tiempo. Fue quizá mezclando las ventas con las noticias detrás del mostrador de su almacén en aquellos momentos agónicos, cuando Boves vino a ser apresado por órdenes del doctor José Ignacio Briceño, quien a la sazón se desempeñaba como comisionado del Congreso de Caracas y a cuyos oídos, estando de paso por Calabozo, llegó razón de las dudas que esparcía el asturiano. Es cierto que el estado de ánimo de la República ya se había visto menoscabado por el terremoto de marzo de 1812, que muchos frailes fernandistas predicaban en medio de la confusión, que en los alrededores de Caracas ya se había comenzado a ejecutar canarios por temor a la sedición y, no menos cierto, que el ejército del Generalísimo Francisco de Miranda era un hervidero de descontentos. Todas aquellas fisuras, desde luego, movían a Briceño a actuar sin contemplaciones en el ejercicio de su comisión. Pero además, como se sabe, dudar en tiempos de revolución es un negocio muy malo.

Ignoramos si Boves alegó algo en su abono; pero en todo caso, Briceño debió tomar en cuenta lo acaecido en San Carlos antes de abrirle un proceso sumario y reducirlo a prisión sindicándolo de “esparcir funestas noticias con sediciosas miras”. Según todo parece indicarlo, el comisionado de Caracas ordenó de paso que se dispusiera libremente de cierta cantidad de los bienes que se le habían embargado al pulpero sin motivo más fundado que las opiniones que formulaba ante los clientes de su almacén. La sentencia emitida por Briceño llegaba a más: primero (según una versión) que se le condenara a muerte y, luego (según otra) que se mantuviera al reo en la cárcel hasta que llegase el momento de asignarlo a algún batallón insurgente para enviárselo como recluta al Generalísimo Miranda, lo cual, dado el estado de debilidad militar que afrontaba la Primera República, equivalía a una pena más o menos cercana a la muerte misma.

Como Briceño se vio en el trance de continuar viaje hacia Barinas para cumplir con otros despachos de su comisión, le confió la tarea de recluir a Boves al Justicia Mayor de Calabozo, Juan Vicente Delgado, representante de uno de los clanes de la localidad y sobre cuya familia se cebaría –sin él sospecharlo– parte del sino desatado más tarde por el propio Boves. Sin que sepamos los motivos que tuvo para ello, Delgado simplemente se abstuvo de cumplir la sentencia, delegando la responsabilidad para que otro se hiciera cargo del asunto. Lo hizo un joven apellidado Escalona, quien supuestamente ordenó que, atado de manos y pies, Boves fuera conducido sin demora hasta la cárcel. Para colmo –y aquí se interpone de nuevo el riesgo de la ficción– Escalona se presentó más tarde al sitio donde lo tenían preso, y luego de un intercambio de insultos, se dice que el jefe republicano lo sometió a unos cuantos azotes y a la terrible afrenta de imponerle varias veces la mano sobre el rostro.

Diez meses en total fue lo que permaneció en Calabozo el reducido destacamento enviado desde Caracas hasta que la suerte que venía favoreciendo a Domingo Monteverde hizo que de pronto se viera dueño de San Carlos y, por extensión, del centro estratégico de la República.

Desde entonces, el capitán de fragata devenido en pacificador de insurgentes vio que le quedaba expedito el camino hacia Maracay y, por tanto, ordenó que una partida de los suyos, capitaneada por su lugarteniente Eusebio Antoñanzas, se desgajara y abriera operaciones desde San Carlos por la vía de Guárico, mientras él mismo tomaba la ruta hacia Valencia para más tarde converger juntos frente al ejército que el Generalísimo Miranda había dispuesto en actitud defensiva en los valles aragüeños para obliterar el paso hacia la capital. Antoñanzas ya venía obrando en las proximidades con autoridad personal y llenando los huecos de su ejército con un depósito de hombres formado por partidas de reclutas procedentes de los Llanos del Pao, Tiznados y Guardatinajas a los que arrastraba junto a los peones de los hatos y vecinos de pueblos circundantes a fin de abrirse paso primero hasta la Villa de Todos los Santos de Calabozo y, luego, para seguir sobre Villa de Cura.

Si fue poca la resistencia que logró oponer el destacamento de Caracas, el precario plan de defensa urdido entre los vecinos armados de tercerolas hizo menos aún por resistir el asalto de los doscientos hombres capitaneados por Antoñanzas que, según todas las fuentes confiables, comenzó una mañana de fines de mayo de ese año de gracia de 1812, entrando por sorpresa a través de la vía conocida como la Misión de Abajo.

Julián Llamozas, un autor calaboceño, testigo presencial de los hechos y quien mucho más tarde dejaría memoria de esta refriega y de otros accidentados apuntes biográficos sobre Boves, anota que el Teniente de Justicia Delgado (aquel quien debía haberse hecho cargo de conducir a Boves hasta la cárcel) fue capturado dentro de una casa cuando Antoñanzas ya se había apoderado de las manzanas vecinas al centro, y terminó atado de manos antes de que le dieran –apunta Llamozas– “tres bayonetazos con los cuales saltó dos paredes”. Otros vecinos de aquella clase propietaria de la región llanera como los parientes de José Rafael Revenga, habilísimo colaborador de Bolívar y futuro ministro en varios ramos durante la existencia de la Gran Colombia, sentirían de cerca el desfile de malos auspicios y

peores desdichas que había prefigurado el cerco tendido por Antoñanzas sobre Calabozo.

Como estreno para escenas de esta índole, la verdad es que la carnicería que habría de operar ese día en la –hasta entonces– apacible Villa de Todos los Santos de Calabozo fue particularmente atroz. De lo que al menos podemos estar casi seguros es que no hubo ningún tipo de conversación preliminar entre Antoñanzas y los defensores de aquella plaza. En cuatro horas que duró el asalto, los defensores pasaron a convertirse simplemente en una pila de cadáveres. Llamozas no cifra el cómputo total de las bajas, lo cual sería un dato relativo y hasta menor al lado de lo que verdaderamente le interesaba resaltar al cronista: la sevicia con que actuaron los asaltantes y la forma con que Antoñanzas le dio libertad de saqueo a aquel enjambre que había recludado por los caminos que conducían a Calabozo.

Dado que la cárcel es también depósito de hombres útiles para esta clase de campañas, Antoñanzas no podía menos que ordenar que hicieran saltar las puertas de ésta en procura de refuerzos para aumentar sus filas. De Boves, que emergería de aquella penumbra, no podemos saber si los jefes leales vieron en su rostro el aspecto de un recluta más, o si vieron en él algo más valioso: un rostro que había sido apostrofado brutalmente por los excesos de un insurgente.

George Flinter, un oficial inglés nada afecto a la causa de la República, diría, para explicar la actitud de fiereza que comenzaría a destilar el asturiano a partir de su salida de la cárcel, que Boves le habría profesado un odio tan eterno a los insurgentes a partir de ese momento, como hacia Roma lo había hecho Aníbal el cartaginés. Se trata de un paralelo ingenioso, qué duda cabe; pero no parece menos que librado a la imaginación y fantasías de aquel memorialista inglés. Hacer una genealogía del “odio” de Boves es algo que escapa a cuanto se pueda saber al respecto.

Por lo pronto, todo hace pensar sin embargo que, reciente aún el sentimiento de injuria, Boves debió cuando menos agradecerle a Antoñanzas el hecho de haberlo puesto en libertad y, tanto o más, que el

propio lugarteniente de Monteverde le hubiese conferido de golpe el grado de “oficial de urbanos” y puesto al frente de una partida que debía salir en persecución de los escapados de la ciudad. Este primer ensayo definiría su escuela de guerra frente a sus nuevos jefes: a los fugitivos les terminará dando alcance en el Paso de San Jaime, a orillas del río Portuguesa, para conducirlos de vuelta ante Antoñanzas, no sin antes aprovechar –esto según lo trae una página del propio Llamozas que puede resultar falsa o no– para llevar a cabo un ajuste de cuentas personal que tenía pendiente con un hacendado de la zona llamado Diego García, a quien ultimó junto a su familia en un hato de tránsito en la localidad de Venegas.

Una vez que desapareciera la Primera República tres meses después del asalto contra Calabozo, y maltrecho como habría de quedar todo intento por restablecer el orden leal tras la deposición de Emparan en 1810, la autoridad comenzará a flotar sobre todo el territorio como un corcho ligero. En ausencia de los aparatos de rigor, mandará quien sepa imponerse. La autoridad será, de hecho, de quien se apodere de ella, tal como lo había demostrado Monteverde al hacer prácticamente suya toda la campaña para la “reconquista” de Caracas sin parar mientes en las órdenes que intentaban oponerle en el camino tanto el Capitán General Miyares como el comandante militar José Ceballos. A la vez, bajando de eslabón, la palabra de un lugarteniente de Monteverde como Antoñanzas corría por moneda de ley sobre el territorio que él mismo controlaba, formando así la premisa básica de este nuevo mundo en el cual habían de estrenarse juntos Boves y el resto del país.

Entretanto, Boves se limitará simplemente a obedecer a Antoñanzas. Al menos hasta que las circunstancias permitan revelarle otro papel. Así que luego de confiar el mando de aquel estropicio en que quedó convertida la ciudad de Calabozo a un pequeño destacamento, el propio Antoñanzas, seguido por Boves, resolverá marchar contra San Juan de los Morros en un esfuerzo más por seguir estrechando el cerco sobre una República que había quedado prácticamente confina-

da al centro del país. Sometida la Villa de San Juan y más tarde Villa de Cura con una dosis idéntica de furia a la que poco antes experimentara Calabozo, Antoñanzas se situará sobre la promesa de verdor que representaban los valles aragüesños. Para junio, el Generalísimo Miranda, quien se hallaba a cargo de presidir los funerales de la Primera República, logrará que prevalezca su dictamen de concentrar en La Victoria lo que le quedaba de ejército para hacerle frente a Monteverde y Antoñanzas (quien ya para entonces se le habrá reagrupado) desde una posición meramente defensiva. Y aunque al canario Monteverde y a los suyos se les detiene en La Victoria al punto de ponerlos en apuros por falta de pertrechos, las circunstancias terminan aconsejándole a Miranda una capitulación que se resuelve al calor de un debate lleno de amargura y de sombras en su cuartel general en la hacienda de La Trinidad, cercana a Maracay.

Pactados y discutidos los términos de aquel armisticio concluido en San Mateo, y cuyo contenido quedará en las manos de los comisionados que van y vienen repetidas veces entre el cuartel de Miranda en La Trinidad y el vivac de Monteverde unos kilómetros más allá, el primero se apresta a regresar inmediatamente a Caracas para atajar las noticias confusas y contradictorias que se esparcen en la capital, mientras el segundo se prepara para organizar su entrada triunfal en la ciudad reconquistada, el 29 de julio de aquel año 12. Antoñanzas no sólo no pretenderá perderse esta función al emparejar su montura al paso del canario, sino que esperará formar parte del restablecimiento del orden que, con todo rigor, planea llevar a efecto Su Excelencia, el general Monteverde, más allá del compromiso pactado sobre papel en San Mateo.

Al llegar a Caracas, las circunstancias no lo defraudan: Miranda, en su apresuramiento por intentar embarcarse en La Guaira, ha dejado sin ratificar aquella capitulación que seguramente Monteverde ya pretendía desconocer de antemano. Y mientras que a consecuencia de este nuevo estado de cosas el guariqueño Roscio se ve reducido a cepos en la plaza de Capuchinos donde los vecinos aprovechan para arrojar-

le inmundicias, aquel otro guariqueño por adopción se verá obligado por órdenes superiores a esquivar las delicias de la capital en medio de aquel juego de venganza, para encargarse más bien de lo que había sido hasta entonces su papel secundario en la campaña de 1812: perseguir las hilachas de aquella República en desbandada que ahora, para colmo, no existía ni siquiera donde pisaban sus restos.

Oíste de mi boca **un olvido eterno**

En ese ambiente de extrema desconfianza, Caracas terminará recibiendo al vencedor con muchas de sus puertas cerradas. La desgracia llegó a último momento, cuando algo les hizo pensar a los patricios caraqueños que en Monteverde no estaba representado el bonancible tiempo colonial que se ansiaba restablecer. No se equivocaban, puesto que “S. E., el General” traía enfundada en las alforjas de su caballo la idea de imponer una burocracia propia formada por “isleños” que en poco tiempo demostraría, a través de su sistema de contribuciones forzadas, hasta dónde podía llegar a ser capaz la práctica del abuso. Para los principales vecinos del estrecho círculo de la ciudad, una cosa era haber sido vejados por los desaciertos de aquel experimento republicano dirigido por sus pares de casta; otra, muy distinta, era venir a ser intimidados ahora por aquella partida tumultuaria de isleños que se agolpaba en torno a Monteverde con vocación de enjambre.

En el mundo lábil de las “proclamas” pocas pueden compararse por la rapidez de su incumplimiento con aquella que libró Monteverde cuando no había terminado siquiera de decretar los nuevos tiempos. “Mis promesas son sagradas, y mi palabra inviolable. Oíste de mi boca un olvido eterno, y así ha sucedido”. Consecuente con la rutilante pro-

clama, al doctor Roscio pronto se le pondrá en cepos en la plaza de Capuchinos mientras que una retahíla de aquellos “monstruos” (según los calificara el propio Monteverde) no tardará en ser conducida a las mazmorras de La Guaira para que se vieran en amena compañía del salitre, las inmundicias y del propio Generalísimo Miranda, ya de antemano recluido allí por obra de Francisco Javier Cervériz, uno de los lugartenientes de Monteverde a quien el comandante militar de La Guaira, el coronel Manuel María de las Casas, hizo formal entrega de aquella valiosísima pieza a cambio del pellejo de unos cuantos insurrectos que tendrán la suerte de evadirse de las persecuciones que se iniciaban con este nuevo Sila.

De poco servía que el casi indefenso Capitán General Fernando Miyares le hiciese llegar desde Puerto Cabello –hasta donde se había atrevido a encaminar sus pasos en reclamo de su autoridad usurpada– veinte ejemplares de la nueva Constitución, sancionada por las cortes del Reino, para su publicación y observancia en la ciudad reconquistada. Porque, justamente como Sila en Roma, la lista de proscripciones de Monteverde abundaba de día en día, no sólo de “monstruos” (para lo cual, según algunos vecinos, no carecían de fundamento sus razones) sino de caraqueños que hasta ese momento se habían mostrado adictos a la causa leal. Según un autor que escribía precisamente desde una óptica afecta al orden metropolitano, “precedió a las prisiones la formación de listas de víctimas, que se encargó a una junta tenebrosa compuesta de los más acalorados, cada uno de los cuales quitaba y ponía nombres según le inspiraban las pasiones, quedando siempre incluidos en ellas los hombres más distinguidos del país”.

Lo que resultaba tanto o más temible en este ambiente dond^e se respiraba venganza era que el comandante canario sucumbía con preferencia ante la palabra conspiración, un “trampantojo” –apunta en sus *Memorias* el regente Heredia– concebido “para alucinar el ánimo y hacer creer necesarias más medidas de seguridad”.

La actitud era de tal desconfianza y sospecha que, después de hacer prisioneros y nombrar funcionarios, comenzó la etapa de requisitoria

y purga de los papeles que se hallaban en manos de las familias “seditiosas”. Se quemaron pilas de papeles, y por esta vía se dispuso, por ejemplo, la incineración total del archivo literario de los Ustáriz, donde se conservaba buena parte de cuanto probablemente existiera de poesía venezolana hasta ese momento.

Como los “monteverdistas” se entregaban al placer de atropellar, poca diferencia cabía entre que los canarios inventaran “conspiraciones” contra otros paisanos como pretexto para saldar venganzas personales, o que inventaran “conspiraciones” de blancos por ser aquellos los culpables de la infidencia generalizada desde que hallaron auxilio en la debilidad del Capitán General Emparan en abril de 1810. Y si bien Caracas había perdido la ilusión de la paz desde la entrada misma de Monteverde, estaba claro que nadie había imaginado hasta ese momento el cariz que podía cobrar la violencia en manos de aquel comité de persecución, la proporción asombrosa que alcanzaría el secuestro de propiedades, o el número de sujetos sumariados o, más bien, de presos sin causa, dado que como el mismo Monteverde lo entendía, la formación de causas era inútil en vista de que no existían en Caracas más de dos letrados en quienes Su Excelencia pudiese confiar para que acometieran semejante tarea.

Poco duró –dirá un testigo de excepción– cualquier estado de alegría que se derivara de los primeros actos públicos y de las solemnes promesas del comandante canario. “En Caracas, que por ser la capital y el lugar más poblado debía ser el teatro principal de las venganzas, (...) la facción perseguidora espiaba con la mayor diligencia, y hasta los pasos y las palabras más sencillas eran objeto de delaciones”.

¿Sería preciso entonces poner el péndulo de nuevo en movimiento? Tal vez, puesto que comparado con los excesos de Monteverde, hasta una dictadura de los “blancos” bien podía parecer una perspectiva razonable para acabar de una vez por todas con aquella nueva disolución irregular y peligrosa representada por los canarios. Hasta algunos funcionarios de la Audiencia no tardarán en quejarse de las trope-lías y a entrar en conflicto de competencia con aquellas “comisiones

especiales” que obraban al margen de la Real Audiencia. Como agentes de España, se esforzaban en impedir la violencia, invocando para ello la nueva Constitución de Cádiz y, en algunos casos, hasta las Leyes de Indias para hacer afluir sus protestas a la Península contra el proceder de Monteverde y sus consejeros.

“Desde entonces comenzó a sentir mi cabeza el trastorno del que jamás espero restablecerme”, es una de las tantas confesiones con que van poblándose las páginas de Heredia en la medida en que el memorialista desciende al sótano por donde ahora, con Monteverde, comenzaba a discurrir la vida de los caraqueños. Basta leer su obra para comprender que el regente veía que la actuación de las nuevas autoridades traía malos antecedentes desde que el comandante canario, en su marcha hacia la capital, “fue manifestando el espíritu receloso y perseguidor que lo animaba”. Había creado en Valencia un tribunal especial de secuestros para disponer libremente de los bienes de todo aquel que se considerara sospechoso de sedición o de colaborar con la causa insurgente, con el supuesto de poder cubrir así los “gastos de la pacificación”, y “prendiendo y enviando a Coro indistintamente a cuantas personas le decían sus paisanos canarios que eran malas”.

Heredia mismo cuenta haber tenido el dudoso privilegio de visitar personalmente al comandante Monteverde con el propósito de hacerlo reflexionar sobre la realidad que lo envolvía en medio de toda aquella parodia de procesos. “La casa del jefe –apunta– estaba siempre llena y rodeada de gentes de todas las clases, sexos y edades, que iban a implorar clemencia por el hijo, el hermano o el marido presos, y que pasaban en pie cuatro o cinco horas sin lograr audiencia. Allí oí nombrar los apellidos más ilustres de la provincia, como que contra ellos se había encarnizado más la persecución de la gente soez que formaba la mayoría del otro partido”. Como a Monteverde no lo intimidaba en lo más mínimo la realidad altisonante del patriciado caraqueño y poco le importaba comportarse con indiferencia respecto a los principales linajes o apellidos, dejó que fuera su espaldero, el zambo Palomo –su sombra fiel desde que lo reclutara en camino a Caracas–, quien

se hiciera cargo de tramitar los ruegos y las lágrimas de los clanes fundacionales. Heredia tenía la impresión de que Monteverde, si bien “conocía que era muy violenta semejante situación y que se había cargado con la execración pública”, parecía concederle una importancia superior a sus propios miedos. “Apenas comía temiendo ser envenenado, ni se atrevía a fiar a ningún facultativo la curación de una pierna que tenía llagada de un golpe recibido en la campaña”. El diálogo entre ambos, según se colige de las páginas de Heredia, es pedregoso. El canario no abandona en ningún momento su discurso “pacificador” mientras, afuera, se escuchan los llantos atendidos pacientemente por el zambo Palomo. “Me asombró ver que lo habían alucinado en términos de creer que seguía el partido más justo y seguro (...) y que no preveía el paradero de aquellas tropelías, obrando sin sistema y sólo por las inspiraciones del momento”, afirma el regente.

El panorama brindado por Heredia se oscurece aún más a fuerza de reflexionar sobre la forma en que encaró, de manera particular, las violaciones cometidas por Monteverde contra la capitulación concluida en San Mateo y sus temibles consecuencias. Así ocurre cuando, al hablar de las “cuerdas de presos” que vio desfilar, rememora haberle formulado una pregunta a Monteverde y haber dejado en el aire una advertencia que el comandante canario debió registrar mejor para el futuro: “Tampoco pudo contestar a la pregunta de lo que pensaba hacer con los presos, que ya eran fieras agarrochadas contra nosotros, tanto ellos como sus parientes y amigos”. La sorpresa de Heredia llega, al cabo, a materializarse en juicios como éste: “Solamente en Venezuela, por desgracia de ella, oí afirmar con mucha seriedad a hombres de quienes pendía la suerte de esta provincia, que a nada obligaban los tratados hechos con rebeldes”. Y rezumando su impotencia, rematará diciendo: “Hasta con esclavos negros levantados hay ejemplos de capitulaciones celebradas en América”.

Por si fuera poco, más pronto que tarde comenzaron a revelarse también las consecuencias del cisma que había producido el hecho de que Monteverde hubiese marchado hasta Caracas en franca desobediencia

de las instrucciones del Capitán General Miyares. Y así, como con el Papa de Avignon y el Papa de Roma, Venezuela vino a quedar suspendida de pronto entre dos mitades: Coro, Maracaibo y Guayana obedecen a Miyares; el resto, justamente casi todo el territorio que había formado parte de la Primera República, terminó formalmente bajo el mando de Monteverde, quien para hacer las cosas más solemnes tomó para sí el sonoro título de “comandante general del ejército pacificador”.

Ya para octubre de 1812, ante el insalvable enfrentamiento registrado entre Miyares y Monteverde, la propia Regencia, haciendo al parecer caso omiso de sus propios agentes que desde Caracas se quejaban de hallar enorme dificultad para dar siquiera apariencia de legalidad a los actos de desgobierno, legaliza en Cádiz la usurpación del isleño nombrándolo gobernador y Capitán General de Venezuela. Entretanto, “para no dejar tan desairado al Mariscal de Campo Miyares” se le brinda el consuelo de ser elevado nuevamente al más alto rango, pero sólo de la provincia de Maracaibo, cuya desmembración se ideó a fin de conferirle el rango de “Capitanía General” sin sujeción alguna al gobierno de Caracas. Monteverde no podía menos que respirar tranquilo y entender que el porvenir, hasta ese momento, se le ofrecía sin nubes. Mas aún –tal parecía ser la lógica del comandante canario– la nueva Constitución de Cádiz y sus benevolencias podían imperar perfectamente en Coro, Maracaibo y Guayana, provincias fieles bajo el “pacífico” Miyares; pero lo que era Caracas y las otras ciudades que se rebelaron, sencillamente quedaban para ser reducidas con dureza. No sin razón apuntaría un magistrado de la Audiencia ya entrado el mes de enero de 1813: “Allí no se conoce más autoridad ni más ley que la libre voluntad de Domingo Monteverde”.

Sea como fuere, y más allá de que Miyares se viera apartado del gobierno de la “antigua” Capitanía General, el hecho cierto es que mientras Caracas soporta los abusos a que la somete Monteverde, Boves no va a participar en lo esencial de aquel triunfal desenfreno “monteverdista”, o sea, de aquel carnaval de sevicia que imponen Francisco Javier Cervéz y su –hasta hace poco– superior directo, Eusebio Antoñanzas.

La verdadera entrada de Boves a Caracas se verificará más bien dos años más tarde, para ser exactos, el 16 de julio de 1814. Entrará en toda lid. Entrará como jefe, no como subalterno, cuando ya Monteverde hubiese entregado el mando de su pequeño reducto de Puerto Cabello donde lo había mantenido más o menos sitiado Bolívar entre agosto y diciembre de 1813 y zarpado para Puerto Rico, y cuando Antoñanzas ya hubiese muerto en Curazao, producto de una bala de cañón que le arrasara una pierna mientras defendía la ciudad de Cumaná en nombre de un Monteverde con el cual ya se había distanciado irremisiblemente.

Pero no hay por qué precipitarse. Apenas ha caído la Primera República, no se ha consumido sino la mitad de 1812, y el hombre a quien todavía favorecen todas las circunstancias es el ídolo de sus paisanos canarios. Monteverde ha cambiado por completo el aspecto de las cosas, puesto que nunca antes –y tal vez nunca después, sin exceptuar de ello ni siquiera a Boves– los “godos”, como califica Heredia a la partida tumultuaria que entró a Caracas rodeando al isleño, llegarían a detentar responsabilidades tan altas y tan improvisadas. Precisamente porque Boves, creyendo con ello no repetir los errores de Monteverde, no será “indócil” a los consejos de individuos notables de la capital y, según la autoridad de una fuente acreditada, “por una peculiaridad de su carácter oía con placer y deferencia el parecer de las gentes honradas”.

Sea como fuere, las urgencias producidas por la entrada del “ejército pacificador” a Caracas colocaron a Boves en el imprescindible caso de salir en persecución de algunas partidas dispersas que se encaminaban hacia la vía de oriente. Ya se le tenía por versado en esta clase de encargos desde que Antoñanzas le confiara algunas tareas semejantes a su paso por Villa de Cura en ruta hacia el centro. No era entonces para nada equivocado encargar a alguien como Boves, para lo cual, a falta de una formalidad que no se había podido verificar todavía por los apremios de la campaña, se le terminará ratificando su pomposo título de “oficial de urbanos”.

Con cuánta efectividad acometió Boves la reducción de aquellas partidas de “insurgentes pertinaces” es algo que aparece obviado por la historia. Pero se puede estar casi del todo seguros –de creerle a Juan Vicente González al menos– que Boves, como resultas de aquellas operaciones de “sometimiento y pacificación” en el extrarradio de Caracas, ya no debía seguir siendo el simple lugarteniente, sombrío y mudo, que había venido marchando hasta entonces a la vera de Antoñanzas. Boves, a no dudar, irá labrando su propio prestigio a partir de aquellas nuevas responsabilidades a su cargo. Lo hará con el mismo tesón con que primero se convirtió en hombre de mar y, luego, en tratante de bestias en las inmensidades del Llano. Muy pronto Venezuela –o buena parte de ella– habrá de interpretar en su predominio personal el lenguaje de una violencia insospechada y de una rebeldía popular que sólo había hecho posible el vacío de poder, la confusión, el desorden, la anarquía y el caos.

El pendón de **la muerte**

Si bien el resto de 1812 lo resume la tarea de llevar a cabo operaciones de limpieza para reducir los núcleos de insurrectos que erraban por los extrarradios de la capital, 1813 le sonreiría en cambio a Boves por una circunstancia más concreta. Desde fines del año 12 Monteverde ha mandado a hacerse cargo de Calabozo, en calidad de comandante, a un vizcaíno llamado Pedro Asterloa. Si algo, al parecer, distinguió mal al vizcaíno durante el desempeño de su comisión fue el exceso de moderación que mostró en aquella ciudad donde Antoñanzas había dejado tan bien afincadas sus cicatrices. Y si bien Asterloa tuvo entre sus primeros cuidados haber organizado, a semejanza de lo que se había hecho en Caracas, una milicia ciudadana con el nombre de “voluntarios de Fernando VII” para encauzar de nuevo la defensa del orden, el gobernador y “Capitán General” Monteverde no parecía mostrarse muy contento con su falta de vocación represiva hacia todo aquel que todavía fuese conocido por sus opiniones sediciosas en aquella comarca.

De hecho, la presión que se ejerce sobre Asterloa se explica muy bien dentro de la tendencia arraigada en toda la Capitanía General siguiendo instrucciones del propio Monteverde, y que éste precisara al cabo

de unos meses en los siguientes términos: “Nada hacen por la suavidad y dulzura los pueblos de Venezuela, y el castigo que se les aplique deberá ir acompañado de cierta fuerza, que haga respetar al gobierno e impedir la venganza de los castigados”. En el marco de esta lógica, los miramientos de Asterloa cobraban desde luego escasa pertinencia. Negándose a aplicar sanciones inmerecidamente extremas dentro de su jurisdicción, el vizcaíno resuelve entonces renunciar al mando y marcharse a Coro.

El hombre que se le indica a Monteverde como el más apropiado para reemplazar al timorato vizcaíno es precisamente alguien que sin duda conoce bien aquella zona que ha renunciado a la dicha de la tranquilidad desde que la visitara Antoñanzas en mayo de 1812. Monteverde lleva ya seis meses en Caracas y se halla bien enterado de todo. Cuando no de oídos del propio Boves, de alguien cercano a él debió sin duda imponerse acerca de los años que el asturiano pasó confinado en aquella ciudad, de su habilidad para haberse dado a conocer a la redonda como tratante de bestias y, especialmente, del suficiente rencor que debía guardarle a aquella población como para llevar a efecto una política ante la que se negaba a cumplir su antecesor.

Para el 16 de febrero de 1813, según se desprende de una carta manuscrita que reposa en la Biblioteca Nacional de Caracas, Monteverde ya habrá ratificado su disposición bajo el siguiente tenor: “La comandancia militar que he conferido a Don Tomás Bobes es de la villa de Calabozo y de San Fernando de Apure”.

El comandante canario no tendrá razón alguna para sospechar a esas alturas que el candidato que se le señalaba para hacerse cargo de Calabozo no sólo sería el continuador de la práctica personalista que él mismo había implantado en Venezuela, sino el exponente más directo de la política de desacato hacia sus superiores que Monteverde hizo suya desde que iniciara su marcha de reconquista en marzo de ese año. Así, para cuando Boves reciba su flamante comisión como Comandante General de Calabozo que traería aparejado su ascenso a capitán, ya Antonio Tíscar, oficial de marina como el propio Monteverde, había

sido despachado para hacerse cargo de Barinas, mientras que Antoñanzas era enviado como parte de la “estacada de sargentos” de Monteverde (la denigrante opinión es de un publicista español) para ocupar-se de Cumaná y obligar a que nadie se olvidara allí de su nombre.

Pero si la crónica de oriente puede ilustrarse a través de los excesos con que Antoñanzas pretendió hacer cumplir la voluntad de Monteverde, el nuevo Comandante General de Calabozo no se quedará atrás, y regresa dispuesto a hacer lo mismo en una ciudad a la que volvía menos de un año después con el mismo deseo de quien viene preparándose para ponerle punto final a una afrenta pendiente. Calabozo, no hay duda, se asociaba para él a sentimientos ambiguos: no era que de entrada pretendiese cavarle a ese lugar una tumba a su medida como si nada lo atara a los recuerdos; pero sabía que, más allá de la humillación que él mismo padeciera durante su confinamiento solitario, en Calabozo subsistían, gracias a la débil mano de Asterloa, elementos capaces de moverse con la suficiente duplicidad como para que él, como nuevo comandante general, fuese a moderar las suspicacias. Tanta desconfianza le despierta a Boves aquel ambiente de Calabozo, que a cargo de la milicia de “Voluntarios de Fernando VII” organizada por Asterloa, el vizcaíno había puesto a su cargo nada menos que a Juan José Revenga, conocido por sus opiniones sediciosas y perteneciente a un clan que se desparramaba por toda aquella zona ganadera y que era conocido por sus notables simpatías a favor de los “infidentes”.

Con Boves en Calabozo se aplicaba lo que sabiamente le decía don Quijote a Sancho: “Has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, a probar ventura”. En Calabozo imperaban, pues, por todas partes, los avisos de peligro.

Pasarán algunos meses sin embargo antes de que Boves vea confirmado que algo se movía efectivamente a la luz de las noticias que venían corriendo parejas desde el propio mes de enero: una expedi-

ción al mando del contumaz Santiago Mariño, “mancebo rico, aficionadísimo al mando, a la ostentación y a las revueltas” (como lo describe el historiador Baralt) se había descolgado de la isla de Trinidad hasta la costa de Paria, y Boves sabía que cualquier brisa era capaz de hacer que en su comarca reverberase de nuevo la sombra de la insurrección.

Fue justamente en esta encrucijada decisiva de su carrera cuando, a comienzos del mes de abril de 1813, tuvo lugar la confusa “conspiración de Espino”, y lo que precipitó su desenlace fue la torpe celada que un grupo de vecinos resolvió tenderle a Boves creyendo poder ultimarle cuando, agrupados en una milicia de voluntarios, se incorporaron a acompañarlo para someter a aquella aldea que se reclinaba al sureste de Calabozo y que, supuestamente, se había declarado en rebeldía. Boves, por cautela, marcha de noche y acampa frente a Espino con el objeto de asaltarla al amanecer. Aquel grupo de vecinos que venía siendo vigilado de cerca por Boves no pudo contener un arrebato de ingenuidad y concibió la peregrina idea de colarse, ya entrada la madrugada, por un costado de Espino. Es entonces cuando le confiesan al comandante de la plaza el objeto que traían de asesinar al asturiano durante la precipitada marcha nocturna, pero que si algo lo había impedido era que Boves se había rodeado de precauciones en todo momento. Para su desgracia, alguna mala inteligencia, verdaderamente mala, debían manejar los supuestos magnicidas, puesto que el comandante de la plaza no había tardado en retractarse de la rebelión y por ello termina mandándolos a apresar, espetándole a los conjurados que “él y el pueblo estaban por el Rey”.

Todo hace suponer que el hecho de que un grupo de vecinos de Calabozo hubiese ideado asesinar a Boves fue un punto de inflexión en la manera de proceder del asturiano con respecto a los lugareños, y que a partir de la “conjura” de Espino pueden identificarse los rasgos de una implacabilidad a la que el asturiano no habría de renunciar de allí en adelante cuando se tratara de reducir cualquier indicio de sospecha en Calabozo y sus alrededores.

Es desde Espino cuando asoma, al menos con base en las más conocidas fuentes de la literatura republicana, la imagen del Boves sin sentimientos, del Boves que a partir de entonces llena toda una biografía repleta de crueldad. Hasta el regente Heredia también aporta lo suyo para hablar de esta nueva faceta del “desequilibrado”: es en Espino, y para escarmiento de cualquier ramificación no detectada de la conjura, cuando Boves, según Heredia y algunos otros autores, pone en boga el expediente de someter a los comprometidos a una ejecución simulada, haciendo que les tiraran sin balas (o “cargando con arena los fusiles de la guardia”), a fin de “obligarlos a morir mil veces, prolongándoles así la agonía”. Para mayor crueldad afirman que, al final, Boves ordenó despenarlos a lanzazos para ahorrarse los preciados tiros que no siempre abundaban.

Como si Calabozo no hubiese aprendido a escarmentar a tiempo, otro grupo de vecinos no tardó en *jugársela el todo por el todo*, esta vez dentro de aquella ciudad cuyos patios, zaguanes y dormitorios ya eran firmemente controlados por los oídos de Boves. Quienes rememoran en sus crónicas esta segunda acometida, llevada a efecto apenas días después de las ejecuciones sumarias de Espino, y seguramente de forma tanto o más torpe que aquella conjura, lo hacen creyendo ver en el desesperado gesto la única posibilidad con que contaban los lugareños para hablar de una vez por todas de Boves como si se tratara de un mal recuerdo del pasado. Es la clásica historia del monstruo que crece en la humedad de sus tentaciones y del más que justificable argumento del tiranicidio para acabar con él.

El éxito de esta segunda intentona llevada a cabo por los calaboceros desafectos, quienes también optaron por actuar de noche, sólo alcanzó a desbaratar a una pequeña parte de la sorprendida guardia de Boves en una de las bocacalles de la ciudad. Sin embargo, su sorpresa debió ser inmensa cuando, con el propósito de seguir adelante y acometerlo directamente en su casa, se toparon con el propio Boves, quien, al mando de su caballería, los esperaba al desembocar la plaza principal. El asturiano procedió enseguida a cobrarse sus desvelos. Y

se dice que lo único que separaba a los conjurados de Boves y a Boves de la quietud de la noche era el silencio que ante aquellos guardaba el asturiano, antes de que sus jinetes cerraran sobre los cabecillas del conato y los sacrificaran de forma sangrienta.

Según afirma el calaboceno Julián Llamozas, los que lograron huir de aquel cuadrilátero de muerte se reagruparon para irrumpir luego por el alto Llano; pero su suerte no se reveló mejor: como muestra de lealtad hacia él, Boves es el destinatario de algunas de las cabezas sin vida de aquellos insurgentes; los apresados, en cambio, son traídos directamente a presencia del “jefe”, quien dispone –todo esto según Llamozas– que los azotasen “sobre un cañón caliente” y, acto seguido, fuesen remitidos, “cargados de ligaduras”, a las bóvedas del castillo de Puerto Cabello, o sea, hasta aquel mismo infierno de salitre y humedad que el propio Boves se había salvado de padecer.

La historia es vaga a partir de este punto. De hecho es poco lo que, más allá del drama de Espino y de la “encerrona” en la plaza principal de Calabozo, apuntan las crónicas con respecto a las actuaciones del fiel “legado” de Monteverde en esta comarca que había ido acostumbrándose poco a poco a la falta de límites a los que llegaba su misión pacificadora.

Las imprecisiones de su actuación como “Comandante General de Calabozo” comienzan a ceder sin embargo a partir del punto en el que Boves se ve requerido directamente por Monteverde porque ya la situación en oriente, a partir del desembarco de los “pertinaces insurgentes” en la isleta de Chacachacare, se ha tornado complicada. A Mariño y a su “pequeño trozo de gente” los corteja la suerte mientras las milicias al mando del gobernador de Barcelona, coronel Lorenzo de la Hoz, se ven rechazadas y el propio de la Hoz cavila ante su propia orden de retroceder. En poder de Mariño caen Güiria e Irapa, hasta ocupar el importante punto de Maturín.

Según lo anota un historiador republicano, las noticias que llegaron a Caracas acerca de estos descalabros en oriente “turbaron el regocijo y las locuras de Monteverde y de sus amigos”. El capitán de fragata deve-

nido en Capitán General se vería de pronto ante una situación delicada. A decir verdad, el peligro era doble, y rebasaba el carácter caprichoso que había venido distinguiendo sus actos de gobierno. Porque, en su descargo, habría que decir que Monteverde se había ocupado hasta ese momento de preparar una expedición que afrontase los peligros que se avecinaban por los lados de occidente, concretamente de Nueva Granada, desde donde no podía creerse que cualquier amenaza que de allí procediera fuese tomada como una simple fosforescencia.

Monteverde había tenido razón de sobra para pensar que cualquier movimiento que se generara desde las llamadas “Provincias Unidas” de la Nueva Granada pondría en apuros toda su precaria geografía de poder. Para frenar cualquier intento de invasión contaba hasta entonces con la resistencia que podía ofrecer su lugarteniente Antonio Tís-car en Barinas y el coronel Ramón Correa en las márgenes del Táchira. Pero las noticias de oriente, y el muy inesperado carácter con que los insurgentes comenzaron a avanzar hacia Maturín a las órdenes de Mariño, le restaron fuerza a su única esperanza de mantener activo el proceso de concentración sobre el occidente venezolano.

Para colmo, lo que Monteverde jamás habría imaginado era que uno de aquellos “calaveras” a quien había beneficiado con un pasaporte como parte de su confusa y contradictoria política hacia los insurgentes en julio de 1812, sería su más formidable némesis en cuestión de unos meses desde que iniciara a su vez aquella veloz campaña desde los valles de Cúcuta hacia el centro de Venezuela. De hecho, ésta sería su tercera operación de tipo militar –dos de ellas llevadas a cabo antes en la propia Nueva Granada– desde que aquel “calavera” (la condescendiente expresión es debida a quien terció a su favor delante de Monteverde) formara parte del grupo de venezolanos que recalaron en Cartagena tras la caída de la Primera República y entraron al servicio de las autoridades del vecino territorio.

Ese “calavera” era por supuesto el ahora brigadier Simón Bolívar, y a pesar de todos los excesos de nuestra mitología guerrera, es justo decir que aquella campaña de 1813 no puede menos que ser calificada

como de “admirable”. Aparte de la rapidez de decisión y la asombrosa celeridad de movimiento que hizo posible que los lugartenientes de Monteverde en Barinas, Trujillo y Mérida no pudiesen coordinar esfuerzos para atajar a tiempo los avances del caraqueño, le corresponde también el adjetivo de “admirable” a esa campaña en razón de la prontitud y energía con que Bolívar impuso su opinión sobre quienes se negaban a dar un paso más allá de la frontera por creerlo una verdadera locura.

Monteverde se vio obligado entonces a escoger entre dos males: el que se le venía encima desde el peñón de Chacachacare o el que se le venía encima desde las márgenes del Táchira. Ponderados ambos, Su Excelencia juzgó que los desastres de oriente ameritaban su presencia personal y una atención tal que obligaba por lo pronto a suspender aquellos planes expedicionarios que lo habían hecho vislumbrar correctamente la amenaza de una invasión andina que ya comenzaba a verificarse en los hechos.

Antes de embarcarse en La Guaira en compañía de “Palomo”, Monteverde resolvió tomar tres providencias: dejó encargado de la comandancia de la capital “pacificada” a Juan Tíscar, hermano de aquel Antonio Tíscar que estaba llamado a contener cualquier avance por el occidente desde su mando en Barinas, recurrió a un nuevo empréstito forzoso entre los patricios caraqueños para cubrir los gastos de la campaña oriental, y giró órdenes para congregarse al mayor número posible de milicias para que desaguasen juntas frente a Maturín.

Impuesto de las expresas instrucciones del Capitán General, el “Comandante de Armas” José Tomás Boves también resolvería tomar sus propias providencias para el “gobierno accidental” de Calabozo antes de salir en campaña hacia oriente al mando de 300 jinetes. Refiere el cronista Julián Llamozas que antes de desprenderse de la ciudad, Boves nombró al efecto a un tal sargento Albarracín, con expresas órdenes de “enviarle cuantos vecinos saliesen de sus casas o pudiese coger”, en clara señal de que los métodos de conscripción forzosa del asturiano hacían calificar como de moderada la conducta del propio

Monteverde en estos menesteres. Al poco tiempo sin embargo, Albaracín se vería reemplazado “en propiedad” (esto seguramente querría decir, en virtud de órdenes expresas del gobierno de Caracas) por el teniente coronel Garrote, quien más allá de las resonancias severas de su apellido, sería sorprendido por aquellos calaboceros que, como cabeza de Hidra, no habían cesado de multiplicar sus desafectos a pesar de la estricta vigilancia ejercida por Boves. Los hechos venían a confirmar las aprensiones que el asturiano había experimentado desde que llegó a hacerse cargo de aquella plaza por órdenes de Monteverde: Calabozo era definitivamente un nido de “insurgentes pertinaces”. Y así, mientras Boves se hallaba operando ya en oriente, incapacitado de volver sobre sus pasos, el teniente coronel Garrote era obligado a entregar el mando a quienes ya estaban en contacto con las avanzadas del brigadier Bolívar. El coronel Tomás Montilla, pariente del brigadier, y quien venía acompañándolo durante aquella “Campaña Admirable” que había comenzado en los valles de Cúcuta, se haría cargo de Calabozo para que respirase por un tiempo el aire triunfalista de aquella campaña.

Si algún error resultó caro a Monteverde fue el de hacer pie en Barcelona y abrir operaciones frente a Maturín antes de que pudiese contar con el suficiente refuerzo efectivo de aquellos que el propio canario se había encargado de convocar antes de salir de Caracas. Envanecido por éxitos –como apunta un historiador– cuyas causas no había tenido tiempo de discernir, el “Capitán General” intentó llevar a cabo una intimación proporcional a su soberbia. Comenzó diciendo en una proclama fechada el 3 de mayo de aquel año 1813: “Con la misma facilidad con que se disipa el humo al impulso del viento, así desaparecerán los facciosos de Maturín”. Lo que tal vez no había previsto Monteverde era que aquellos que ya habían hecho retroceder al gobernador Lorenzo La Hoz y a Antonio Zuazola le devolverían la intimación parodiando su misma fraseología.

Maturín no sólo era fuerte por su sola situación en la confluencia de varios ríos y caños sino que, como lo reconoce incluso un publicista

ferozmente antirrepublicano, en sus entrañas los “sediciosos se habían fortificado del mejor modo posible”. Y aunque este mismo autor habla con elogio de la “obstinadísima” actitud mostrada por Monteverde en tales circunstancias, otros le reprochan no haber calculado que ni José Francisco Ascúe ni Manuel Piar, a cuyo cargo estaba concretar la defensa de Maturín, se veían aquejados por las vacilaciones y reparos del Generalísimo Miranda, a quien el canario despojó de la ilusión de mantener el mando de la Primera República. Puede que Monteverde hubiese asegurado parte de su suerte sobre los escombros del ejército mal motivado de Miranda. Pero la que cobraba relieve frente a sus ojos era ahora otra leva de insurgentes, que inauguraba una modalidad de guerra no embridada por los códigos de Miranda. “Monteverde –apunta un testigo– creyó que todo le había de salir tan bien como en su primera campaña y cometió el error de presentarse a tomar Maturín a pecho descubierto”.

La categórica respuesta a sus intimaciones fueron entonces los destrozos que un par de semanas después, ya para el 25 de mayo de aquel año 13, le produjeron Ascúe y Piar, destrozos juzgados de tal magnitud que el propio Monteverde se salvó sólo gracias a la intercesión de su fiel ayudante Palomo, quien –según lo relatara un testigo de lo ocurrido– “lo sacó por veredas y bosques de difícil y casi imposible tránsito”.

Incluso, el equipaje del Capitán General desapareció en medio de aquella refriega, tal vez como “el humo a impulsos del viento” como habría podido sentenciarse a manera de irónico final ante aquella proclama intimidante, producto de las veleidades poéticas del comandante canario.

El completo fracaso en que degeneró la corta y malograda campaña oriental obligó a Monteverde a reflexionar con urgencia sobre la necesidad de encaminarse de vuelta a Caracas y atender, con los recursos que ya preveía escasos a partir de los reveses de Maturín, el avance de aquel otro frente que amenazaba con derramarse desde los Andes hacia el resto de occidente. Las noticias no podían ser más alarmantes: al

prepararse para entrar en Venezuela, el brigadier Bolívar había dividido a su ejército en dos columnas, y si bien una de ellas, obrando casi alocadamente al mando de Antonio Nicolás Briceño habría de ser cortada en Barinas por obra del comandante Antonio Tíscar, el propio Bolívar describía un itinerario que pronto lo acercaría en rápidas marchas desde Mérida (donde por primera vez fue aclamado con el título de “Libertador”) hasta Trujillo, a partir de donde la guerra habrá de cobrar un nervio distinto, tal como había ocurrido antes en oriente. Pero a diferencia de oriente, donde todo se había resuelto sin que mediara más que la poética proclama de Monteverde sobre el humo y el viento, será en Trujillo donde Bolívar haga patente la adopción de la nueva modalidad dilemática que habría de regir la campaña a partir de entonces. Lo hará en la forma de su decreto de Guerra a Muerte.

Monteverde, en verdad, no podía sustraerse de golpe al descabro sufrido en Maturín. Debía tratar, ante nada, de obliterar aquel frente y demorar todo lo posible el avance de los insurgentes mientras él mismo volaba de regreso a Caracas para reorganizar la defensa de la Venezuela “pacificada” que ahora se veía atenazada por ambos costados. Por eso, antes de llevarse como prenda de aquella malograda campaña oriental el hecho de haber perdido hasta su propio equipaje, Monteverde dispuso que los restos de su derrotada milicia quedasen obrando en aquella zona bajo el mando del Teniente General Juan Manuel Cajigal, a quien había hecho venir desde Coro, donde había permanecido como testigo impasible del duelo que durante los últimos meses de 1812 se había librado entre Miyares y Monteverde por el control de la Capitanía General.

Para cuando la caballería urbana que Boves traía consigo de Calabozo, junto con los reclutas “cogidos a lazo” que seguramente Albarracín le venía despachando desde la retaguardia, pisase los linderos de oriente, ya el “Capitán General” se había aprestado a zarpar de vuelta a La Guaira. La sorpresa del asturiano, entre tanto desconcierto y tantos rumores, era que lo esperaba un nuevo amo, a cuyas órdenes debía operar por instrucciones de Monteverde. El nuevo “amo” –Cajigal– era,

en síntesis, un oficial domesticado por la rutina y los códigos de la más estricta tradición militar. Un año después llegaría al empleo, raras veces alcanzado hasta entonces en estas comarcas, de Mariscal de Campo. Al igual que Monteverde, había visto la guerra contra los ingleses y, en caso de que le faltasen títulos, en 1799 –cuando Boves ni siquiera había pisado tierra venezolana– fue Teniente del Rey y Comandante del batallón de Veteranos de Caracas; entre 1804 y 1809, es decir, cuando Boves se hallaba entre los azares del mar, el contrabando y el confinamiento en Calabozo, Cajigal se había desempeñado como Gobernador y Capitán General de Cumaná.

El carácter de estas biografías paralelas hace natural y previsible que Boves chocase con Cajigal casi desde el primer momento. De hecho, como testimonio de lo que Cajigal pensara, dijese o hiciera con respecto al carácter díscolo de su nuevo subalterno, existen varios fragmentos muy significativos en las memorias escritas por el propio Mariscal de Campo. Casi todos estos fragmentos se contraen a la etapa más crítica de la relación entre ambos –1814– cuando Cajigal se hallaba actuando como Capitán General de Venezuela en reemplazo de Monteverde, y Boves fuera ya su “propio amo”, sujeto solamente, como venía siéndolo desde hacía mucho tiempo, a la simple autoridad nominal de aquél. “Desorden”, “indisciplina”, “superchería” son los calificativos que más abundan en estos trozos donde Cajigal va deslindando sus responsabilidades frente a las correrías incontroladas de aquel asturiano que había “huido” de su mando.

“Jamás he experimentado momentos de mayor amargura”, remata diciendo quien al mismo tiempo escribió “quizá no supe pintarlo a tiempo”.

En verdad, quizá nadie supo pintarlo a tiempo. Ni Monteverde, quien a poco se encerraría en Puerto Cabello a rumiar con desesperación el hecho de verse prácticamente fuera del juego del poder, ni tampoco Antoñanzas, su antiguo superior, quien no tardaría en morir en camino a Curazao luego de que un cañonazo recibido en Cumaná le arrancara una pierna. Ahora, una sonrisa que aguzaba sus instintos de man-

do debió afilar el rostro de Boves frente al militar ordenancista que se plantaba entre él y la realidad como frágil obstáculo. Por de pronto este oficial apegado a las ordenanzas, esta especie de “Miranda” del lado opuesto de la contienda, era quien debía dirigir una campaña que ya lucía perdida de antemano. Tan irremisiblemente perdida, que ni el propio Cajigal pudo sacar buen provecho de la geografía que anteriormente había estado bajo su mando como Capitán General y Gobernador de Cumaná.

Los hechos sucedieron de esta manera: tras la derrota en Maturín, los insurgentes habían logrado asegurarse la valiosa retaguardia que significaba el dominio de Margarita tras someter y apresar al coronel “monteverdista” Pascual Martínez y colocar al frente de la isla a Juan Bautista Arismendi; luego, Mariño la emprendería contra las columnas que defendían Cumaná, de donde justamente saldría Antoñanzas a morir en Curazao con una pierna de menos; y, más tarde, embestida con furia, fue tomada Barcelona, el 19 de agosto de aquel año 13.

A Cajigal le bastó poco tiempo para ver maltrecha su fama de militar y para que se abatiera sobre él la leyenda de una mala suerte que parecía ser proverbial. Seguido por el ya escarmentado gobernador de Barcelona, Lorenzo de La Hoz, y por su nuevo subalterno Boves, al futuro “Mariscal”, comisionado por Monteverde para cortar el avance de los insurgentes de oriente, no le quedó otro remedio que replegarse hacia el sur, hacia las bravas corrientes que se alzan en el Orinoco.

Era agosto de 1813 y el agua devoraba al país por todas partes. Llovía a torres y el repliegue hacia el sur se dificultaba a causa del derrame de los ríos y la saturación inclemente del agua en las sabanas. Cajigal escribirá en su diario: “llevo diecinueve días, de día y de noche, metido en el agua”. Y el agua lo llega a enfermar al punto de verse transportado en hamaca hasta Santa Rita, una localidad próxima a Cabruta, escogida de antemano para intentar resolver allí la crisis en ciernes sobre el futuro de aquel trozo de ejército en desbandada. Pero nada enferma tanto a Cajigal, ni siquiera los odiosos cuidados de su lecho, como la actitud que venía asumiendo aquel segundo jefe de su

tropa a lo largo de la marcha. “Todo me era llevadero, menos el carácter de don José Tomás Boves y la indisciplina de su división”, será uno de los comentarios recogidos en sus *Memorias*. Boves sostendrá en cambio que el peor enemigo era la pasividad y el carácter derrotista de aquella migración forzada y sin destino. Por tanto –refiere un comentarista de los hechos– “manifestó sus deseos de quedar en el territorio enemigo para hostilizarlo”.

Y aunque San Rita le ofrece alguna curación a la salud de Cajigal, el lugar no obra con igual efecto para paliar los choques de temperamento y los conflictos de autoridad que se suscitan con su segundo al mando. El cisma lucía cada vez menos evitable, y la única forma posible de resolverlo era a través de lo que pudiese decidir una Junta de Guerra que a tal efecto convocó Cajigal en compañía del ex gobernador de La Hoz. Cajigal deja caer su propuesta sin muchos rodeos: poco o nada se sabe acerca de las medidas que pudiera estar preparando Monteverde para atajar la otra invasión que serpenteaba desde los Andes, de modo que el futuro “Mariscal”, pero quien de momento es apenas conductor de aquella hilacha de soldados, cree que lo mejor sería continuar la marcha hacia el oeste, hacia San Fernando, y confiar en que Antonio Yáñez se hallara controlando aún las sabanas de Barinas. Cajigal también supone que el brigadier José Ceballos, aquel que en marzo de 1812 fuera sonoramente desobedecido por Monteverde en medio de una larga historia de desobediencias, se hallaba obrando en los alrededores de Barquisimeto, por lo que tal vez podrían acoplarse a sus fuerzas.

Nada de ello convence a Boves y, según el testimonio que Cajigal guardará de aquella Junta de Santa Rita, el asturiano se opuso al plan “según su costumbre”. Boves, cuyos hombres eran todos del alto Llano, favorecía más bien la idea de volver a buscar el centro, entrando sobre Calabozo, de donde tampoco procedían noticias muy claras acerca de lo que venía aconteciendo. Aunque impera el silencio, el asturiano se ve defendido por su tocayo, lugarteniente de mayor confianza e inmediato heredero a su muerte en Urica, el canario Francisco Tomás

Morales, a quien un memorialista afecto al orden leal, pero apesadumbrado por la calidad de quienes debían defenderlo, tildará como alguien “acostumbrado a todas las bajezas del servicio doméstico y a las groseras indecencias de vendedor de pescado frito”.

El debate entre Cajigal y Boves se torna tan áspero que, según el historiador Tomás Pérez Tenreiro, el primero intenta imponer la conveniencia de su plan “alzándole la voz al comandante de Calabozo”.

Sin embargo, ni el tono ni el tiempo consumido en escuchar las vueltas que Cajigal le imponía a su proyecto dejaron de madurar la simpatía que, entre muchos de los allí congregados, comenzaba a cobrar la propuesta del asturiano. Casi podría decirse que aquel nuevo Boves, el que por diversas y forzadas circunstancias había dejado atrás los negocios por la guerra, había vivido para alcanzar ese instante en que sentía apoderarse de la voluntad de quienes rodeaban a su propio superior. Tres horas duró el encendido debate de Santa Rita, pero fueron horas que bastaron para que Boves experimentase la poderosa sensación de ver el futuro puesto en su propia iniciativa. En esa ronda, como en todas las que depararía el futuro, la decisión de marchar detrás de él le habría de ganar la mano a todo cuanto dispusieran las autoridades formales, aunque no reales del país.

La llama ha absorbido **el aceite**

Salvado milagrosamente por su ordenanza, el zambo Palomo, y habiendo dispuesto que las reliquias de su ejército de Maturín quedasen a cargo del general Cajigal, el “Capitán General” Monteverde hizo su segunda entrada a Caracas durante lo que muchos autores coinciden en afirmar que fue la noche más lúgubre y lluviosa del mes de junio de 1813. “Apareció en la capital sin que nadie lo esperase, y muchos vecinos se fueron a dormir al monte, luego que supieron de su llegada, temiendo que se estrenara con algún prendimiento general”, relata el regente Heredia en sus *Memorias*.

Ocurre que durante su ausencia, el jefe accidental de la capital, Juan Tíscar –hermano de aquel otro Tíscar a cuyo cargo estaba frenar la desesperada situación provocada por los avances de Bolívar desde occidente–, había introducido por iniciativa propia el lenguaje de la lenidad entre los caraqueños. Tíscar “se había atraído a los vecinos de Caracas con la confianza que inspiraba su conducta”, apunta Heredia. Entre otras cosas, había dispuesto que su mandato interino se viese auxiliado por los dictados de la Audiencia, “a fin de reformar los abusos que eran la causa principal de todos los males”. Quien debía obrar con la severidad de un cancerbero, se comportó entonces con la man-

sedumbre de un cordero en ausencia del Capitán General. Según un acreditado testigo, “se le vio abrir su casa a todos los revolucionarios, admitirlos familiarmente en su trato y en su mesa, conceder libremente pasaporte a todos los que la Audiencia había puesto a disposición del Capitán General, darle libertad a muchos presos y, por último, emplear en el ejército a personas sumamente sospechosas”.

Esas delicadezas no iban, desde luego, con el temperamento de Monteverde, para quien si faltaban conspiraciones era necesario inventarlas a fin de asegurar el orden entre los naturales de aquella ciudad en la que poco se podía confiar. Además, razones de sobra movían al comandante canario para mostrarse mucho menos propenso que de habitual a la tolerancia o la paciencia desde que, por un lado, hubiese tenido que salvar su propio pellejo frente a Maturín “por una casualidad pocas veces vista” (como él mismo escribió) y, por el otro, desde que se viera asediado por las confusas noticias que ya se esparcían acerca de la invasión de Bolívar por el extremo opuesto de la provincia. Esas noticias terminarían dejando eventualmente sin amparo a la capital si Monteverde no tomaba a tiempo alguna resolución concreta para lanzarse contra aquella creciente amenaza.

Por ello, antes de resolver su salida de aquella ciudad a la que no retornaría jamás, comenzó por destituir al condescendiente Tíscar y encargar del mando de Caracas al brigadier Manuel Fierro, a quien suponía dispuesto a no incurrir en las mismas debilidades de su antecesor. Ya en julio, el “Capitán General” había verificado su salida para Valencia, “con el designio –apunta otro memorialista, Pedro Urquinaona y Pardo– de contener los progresos de la insurrección”. A su paso por Valencia, Monteverde se detuvo para disciplinar las milicias con las que podía contar, y planificar las sucesivas operaciones para cortar el avance de aquella invasión que desde La Grita venía haciéndose dueña de las principales cabeceras departamentales del occidente de Venezuela.

Monteverde contaba al efecto con dos “campeadores” de segunda línea, su teniente coronel Julián Izquierdo, quien había hecho a la vera

del canario toda la campaña de reconquista desde Coro hasta Caracas entre marzo y julio de 1812, y que se vio destinado entonces a avanzar por los linderos de los Llanos para hacerse fuerte en San Carlos, y Francisco Oberto, comandante de Barquisimeto, a cuyas huestes podía fiarse la defensa de la cordillera hasta el Tocuyo. Sin embargo, frente al plan último de Monteverde, que consistía en una convergencia de las fuerzas al mando de Izquierdo y de Oberto para concentrarlas en Araure, el brigadier Bolívar dispuso una serie de maniobras que le permitieron al ejército invasor desbaratar ambas columnas por separado.

En la docena de momentos angustiosos que los meses de junio a agosto de 1813 le depararon al Capitán General Monteverde, ninguno fue peor que cuando vino a enterarse de la forma en que José Félix Ribas, pariente inmediato de Bolívar y quien había formado parte del grupo de emigrados que llegó a Cartagena tras la caída de la Primera República, había atravesado la espesa montaña del Biscucuy y los Humocaros, dejando atrás la ciudad del Tocuyo para sorprender a Oberto en la llanura de los Horcones. La derrota de Oberto comportaba, en términos prácticos, dos reveses: ponía a Barquisimeto virtualmente en manos de los insurgentes e inutilizaba, de paso, la mayor parte de las fuerzas con que contaba Monteverde para defender, en última instancia, a la provincia de Caracas. La mala suerte crónica que parecía aquejar más que nunca al Capitán General vino a cobrar su contrapartida en la increíble eficacia con que Bolívar, aprovechando las ventajas obtenidas por su subalterno y tío político en los Horcones, puso rumbo al norte, hacia San Carlos, desde donde el otro campeador a las órdenes de Monteverde, el teniente coronel Julián Izquierdo, creyendo dudoso poder frenar por sí sólo la embestida que se insinuaba frente a él, resolvió desandar el camino de regreso a Valencia ante las desgracias sufridas por Oberto. Bolívar, lejos de concederle tregua a este veloz retroceso personificado por Izquierdo, lo vino a alcanzar en la sabana de Los Taguanes, sumándole ya un desamparo definitivo a aquel Monteverde cuya labor “pacificadora” se contraía a partir de entonces, como se contrajo en su momento la Primera República al mando de Miran-

da, a una desdeñosa franja de territorio que lucía casi imposible de ser socorrida. Con excepción de Maracaibo y Coro que aún controlaban Miyares por una parte y Ceballos por la otra, todo lo que era el mapa que Monteverde había confeccionado desde los Llanos centrales hasta los últimos linderos de la Provincia de Cumaná entre julio de 1812 y agosto de 1813 era, por decirlo así, un protectorado que se derrumbaba frente a la osada marcha que Bolívar, desde los Andes, y Mariño, por el oriente, consolidaban finalmente desde sus respectivos frentes.

Con todo o casi todo el territorio bajo su mando prácticamente perdido, Monteverde no optó por regresar a Caracas sino contramarchar y encerrarse en el castillo de Puerto Cabello. “Estimado paisano –le escribe entonces al brigadier Fierro en Caracas– después de la derrota de Izquierdo me he quedado sin tropa y con la ciudad de Valencia en confusión, por lo que me he visto en la precisión de irme a Puerto Cabello que se halla abandonado (...). Usted puede, si le parece, ponerse en el mejor estado de defensa, porque los enemigos irán inmediatamente sobre esa ciudad. Yo estoy como usted no se puede figurar y Dios sabe si sobreviviré a tanta desgracia”.

Puerto Cabello, amén de servirle como último reducto, es el único lugar donde al menos podía contar con la seguridad personal que le brindaba aquel refugio hecho de piedra. “Allí, –apunta el memorialista Urquinaona– se encerró a llorar sus cuitas sin permitir la entrada en su aposento sino al zambo Palomo y tres o cuatro frailes que formaban su plana mayor, de lo que resultó que ni mandaba, ni podría ya ser obedecido”.

De Puerto Cabello saldrá apenas en tres ocasiones: la primera, para hacer una desesperada aserción de su autoridad asomándose hasta las alturas de Bárbula al frente de algunos refuerzos que se le habían destinado desde Puerto Rico; la segunda, hasta Las Trincheras, a resultas de lo cual recibió un disparo que le entró por la boca y le despedazó el lado izquierdo de la cara y, por último, cuando se vio obligado a reconocer que todo intento por recuperar algo de su deshinchada autoridad era, definitivamente, una causa perdida. Más tarde, el 28 de di-

ciembre de 1813, el propio vecindario y la guarnición del puerto resolvieron deponerlo del mando, obligándolo a salir para Curazao.

Monteverde sentirá que del otro lado de la elipsis que había descrito su fulgurante carrera como Capitán General se afincaba una cruel paradoja: las noticias que le llegaban hasta su reducto de piedra confirmaban que desde Caracas, el brigadier Fierro se había apresurado a enviar emisarios para tratar una capitulación con el brigadier Bolívar, “en vista de la disolución de cuanto pudiera servir de apoyo al gobierno legítimo”.

Pero, repuesto al parecer de sus “cuitas” y azuzado por los resentimientos, Monteverde se niega obstinadamente a aceptar todo trato entre Fierro y los insurgentes, reaccionando con desdén. A su juicio, nada autorizaba que aquel, quien ahora se hacía llamar “Capitán General interino”, concluyese por su cuenta un armisticio. Pero, a fin de cuentas, ¿no había sido ése su idéntico proceder cuando hizo caso omiso de la autoridad de Miyares para entablar sus propias negociaciones con Miranda? Monteverde, según todo parece indicarlo, se negaba a aceptar que la suerte de aquel programa de “pacificación” soñado por él desde su primera entrada a Caracas terminara resolviéndose en manos ajenas. “Ni Manuel Fierro ni el Cabildo de Caracas tienen la facultad para enviar misiones de capitulación ni otras que son privativas del Capitán General”, llegó a sentenciar con soberbia quien ya de por sí se hallaba incomunicado de la realidad.

Lo cierto es que mientras Fierro ni siquiera se molesta en responder a las airadas protestas que le hace llegar Monteverde, Bolívar, por su parte, renuncia a los riesgos que implicaba la idea de arrancarle Puerto Cabello al comandante canario, y resuelve más bien mantenerlo sitiado mientras acude a entenderse con los comisionados de Fierro a las alturas de La Victoria. Lo quisiera la simple casualidad o lo dispusiera Bolívar así, se trataba en todo caso del mismo lugar donde, un año antes, el Generalísimo Miranda había recibido las proposiciones de paz que le formulara Monteverde. Todo, a fin de cuentas, parecía encerrarse dentro de un enorme círculo hecho de paradojas.

Ante alguien que, como Bolívar, venía respondiendo formalmente con la prédica de Guerra a Muerte desde Trujillo hasta Valencia, la tarea principal de los emisarios de Fierro –entre los cuales casi todos se destacaban por ser viejos amigos del Libertador como Francisco Iturbe, por medio de cuyas gestiones se le facilitó el pasaporte para salir de Venezuela a la llegada de Monteverde a Caracas en julio de 1812– consistía en frenar el pánico que se había agravado en la capital ante las expectativas nada halagadoras que despertaba la entrada de los “sediciosos”.

Bolívar concedió a casi todo cuanto se estipulaba en el borrador del convenio que le presentaron los delegados, salvo cualquier demora por entrar en Caracas. De allí que a pesar de que también se contemplase la “libre emigración de todos los que la pretendan para retirarse con sus intereses donde más les acomode”, la prontitud con que aquellos insurgentes estaban resueltos a adueñarse de la capital aceleró el tumulto de quienes temían por consecuencia un carnaval de represalias.

Según Urquinaona, el “Capitán General interino”, junto con sus principales oficiales, el intendente, la audiencia en pleno y buena parte de la plana mayor de las autoridades civiles y militares no había terminado de recibir la contestación de Bolívar que le acercaban sus propios delegados a fin de refrendarla, cuando ya algunos se habían puesto en fuga en dirección a Puerto Cabello y otros a Curazao. Una vez más, como ocurrió con la capitulación de Miranda, Caracas y sus habitantes quedaban a merced de un armisticio sin ratificación. “Así se hallaron los emisarios a su regreso de La Victoria, y los desgraciados que anteriormente habían prestado sus servicios al gobierno español, se vieron en la triste necesidad de reunirse a consultar los medios de su seguridad individual, comprometida por la cobarde fuga de las autoridades, que los abandonaron sin dejarles ni aún aquella miserable garantía”, apunta Urquinaona.

Mientras Fierro se aprestaba a ultimar su precipitada fuga a través de los lomos casi rojizos de aquella parte del Ávila que desciende ha-

cia la costa, no faltó quien tratara inútilmente, y a última hora, de congregarse en la Plaza Mayor de Caracas los restos de aquel batallón de voluntarios de Fernando VII que Monteverde había creado a semejanza de otras milicias en las principales cabeceras de distrito, incluyendo la que Boves encontró establecida al hacerse cargo de Calabozo. Pero, para el atardecer del 3 de agosto, cuando los caraqueños apenas comenzaban a imponerse realmente de la suerte corrida por Monteverde en Puerto Cabello y de la apresurada marcha de Bolívar desde La Victoria, de los voluntarios de Fernando VII no quedaban sino unas cuantas almas a la redonda a las cuales convocar.

La capital experimentaba entonces la antesala de una segunda emigración, cuyo principal desahogo era el camino que conducía a La Guaira, donde no existían buques suficientes para contener más que a una cuarta parte de quienes se amontonaban en el puerto. El cuadro que a tal respecto brinda el memorialista Urquinaona, quien formó parte de aquella diáspora, no puede ofrecer costados más dramáticos: “Centenares de europeos y naturales del país debían emigrar en pocas horas, abandonando sus bienes y su familia a las precisas convulsiones y a la relajación de los malvados; y no era posible trasladarse de un modo regular y seguro al puerto de La Guaira para ejecutarlo. (...) Así sucedió: eran las diez u once de la mañana cuando llegó la noticia, y dos horas después el camino de La Guaira estaba cubierto de mujeres, niños y ancianos de todas clases que en sus rostros fatigados presentaban la imagen del pavor. Esa noche se embarcó la mayor parte en diez o doce buques del comercio que, sin provisiones, dieron la vela cargados de infelices”.

Con “la imagen del pavor” Caracas había vuelto, una vez más, a cambiar de manos. Bolívar entraba el 6 agosto de 1813. El 29 de julio de 1812 lo había hecho Monteverde. El 16 de julio de 1814 lo hará Boves. Y en ninguno de los tres casos las puertas permanecerán abiertas para recibir a quienes llegaban a someterla de nuevo.

La entrada de Bolívar no fue una procesión triunfal al estilo romano como lo pretenden algunos autores. Lejos de ello, cuando a Caracas le

tocó el turno de ser sometida otra vez, lo único que podía exhibir eran las cicatrices sembradas por el terremoto de marzo de 1812 y los vestigios provocados por dos emigraciones de gente enloquecida en menos de un año. Caracas, paralizada por el espanto, apenas transmitía los latidos de su silencio. Era la ciudad de la muerte. La misma tarde de la llegada del ejército insurgente comenzaron los saqueos de las tiendas y bodegas de isleños. Y hasta los excesos que negaba la luz del día se veían amparados, en cambio, por el favor de la noche. “En medio de la oscuridad sólo se divisaban grupos de hombres encapotados, semejantes a las sombras”, señala un testigo. Todo el que temiera algún motivo de venganza por parte de los recién llegados continuaba confiando en la salvación que le insinuaba aún el atestado camino hacia La Guaira.

En algunos aspectos, sin embargo, Caracas era la de siempre. Más allá del fundado temor que destilaban muchos de sus habitantes y de las carestías, que eran la consecuencia inevitable de cada nuevo sometimiento de esta especie, la vida transcurría en algunos ámbitos entre los mismos murmullos de la rutina. Se cuenta por ejemplo que el compositor José Ángel Lamas, con o sin Bolívar amenazando con llegar en cualquier momento, acudía diariamente con idéntica puntualidad a tocar su bajón en la capilla de la catedral.

Por fin, el 6 de agosto, entraba el “Inhumano” a Caracas. Tales son las palabras con que el último que tuvo –como él mismo apuntara– la “felicidad” de embarcarse como parte de aquella desordenada evacuación, describe la llegada de Bolívar a la ciudad sometida. Se trata del publicista antirrepublicano José Domingo Díaz, cuyas estampas sobre el interregno de Bolívar en la capital sirven de áspero contraste a todo el influjo determinante que ha tenido sobre nosotros la historiografía republicana para recrear el regreso del Libertador a Caracas en aquel año 1813. De hecho, pocos son los historiadores que han escapado de verse seducidos por la imagen de los arcos triunfales y de las flores que supuestamente esteraron el paso de Bolívar. “Su entrada fue tan brillante como gloriosa”, –dice por ejemplo el oficial Docoudray Holstein.

“Las mujeres venían a coronar a su Libertador y cubrían las calles por donde debía pasar de montones de flores y de ramas de laurel y olivo”.

Como dos espejos que se rechazan, así de diametralmente opuestas son las apreciaciones que, por un lado, brinda el testimonio de autores como el memorialista Ducoudray Holstein, tomado en este caso como un testigo de preferencia de la llegada de Bolívar a la capital y, por el otro, las crónicas de José Domingo Díaz, relegadas habitualmente a un olvido interesado. Ante el desproporcionado amor de estas musas caraqueñas que lo coronaban de laureles, responde el furioso Díaz llamándolas “señoritas indignas de ese nombre”, mientras que en otros pasajes de sus *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas* se dispone a reflexionar sobre la peor pécora que podía volver a caer sobre un país: aquella “República” que pretendía reinstaurar el “Inhumano” Bolívar.

Si para los historiadores republicanos, Monteverde era una suerte de Sila redivivo, para autores como Díaz, Bolívar era una especie de Mario. Mientras que a otros, que no simpatizaban precisamente como lo hacía Díaz con Monteverde, debía chocarles al mismo tiempo que Bolívar, ya posesionado de Caracas, no se declarara ajeno a ciertos excesos despóticos.

Bolívar, es cierto, procuró comportarse sin disminuir la autoridad absoluta que juzgaba indispensable para proseguir la guerra y no repetir los errores que provocaron el fin de la Primera República. Pero también hay algo de cierto, y es preciso afirmarlo en su descargo, en que al llegar a Caracas procuró darle a la dictadura de la que fue investido para representar al Poder Ejecutivo mientras concluyera la nueva “pacificación”, una cierta apariencia de legalidad que calmase los ánimos de la ciudad frente al partido de los más “exaltados”, encabezado por su pariente Ribas, quien actuaba como gobernador militar.

Porque mientras Bolívar libraba en aceitado lenguaje administrativo un plan de gobierno provisorio, Ribas y su programa de “saneamiento” hacían palidecer todo intento por refrenar los rumores que se iban abultando en la capital. Tales rumores le imputaban a la circulación de rondas nocturnas la responsabilidad de detener a las “mana-

das” de isleños y despojarlos de sus bienes, a trueque de amenazarlos con la muerte si se negaban a ello.

José Domingo Díaz tampoco se guarda de comentar, al hablar de las exacciones impuestas por los “sediciosos”, que el propio Bolívar dispuso una requisitoria de 120 mil pesos fuertes entre 19 vecinos de la ciudad, quienes, bajo la amenaza de perder la vida, debieron hacer efectiva dicha suma. Casi con certeza se trataba de los mismos, o parte de los mismos, que meses antes se habían negado a contribuir con el empréstito exigido por Monteverde para emprender su fracasada campaña contra el oriente.

El autor de *Los Recuerdos sobre la rebelión de Caracas* habla también de otros desmanes cometidos, en este caso, contra quienes respondieron ingenuamente a las garantías de la capitulación. Según el memorialista, prácticamente toda la guarnición veterana de Caracas que se había desmovilizado para compactarse dentro de la emigración, regresó de La Guaira al no hallar pasaje en los barcos surtos en el puerto. Agrega Díaz: “en virtud de lo cual entregó las armas. Capitulación que poco después fue íntegramente violada por don Simón Bolívar, fusilando al teniente coronel Juan Budía que la mandaba, y a todos los oficiales europeos y americanos, y encerrando en las bóvedas de La Guaira a toda la tropa compuesta de valientes corianos. Allí perecieron por el hambre, o por el hierro, o por las enfermedades”.

El segundo más notable “sedicioso” después de Bolívar, su tío político Ribas, tampoco se salva de los apuntes que Díaz le consagra a las desenfrenadas actuaciones que se verificaban en manos de los satélites de la República: “En aquel día –dice Díaz refiriéndose al 18 de agosto de 1813– dio el *Sedicioso* Ribas un convite en su casa, cuyo total de convidados ascendía a 36. A las 5 de la tarde, el doctor Vicente Tejera, uno de ellos, pidió permiso para un brindis; y concedido, manifestó que era preciso solemnizar aquel acto con brindar cada concurrente por la muerte de uno de los presos que designase. Se recibió con aclamaciones el pensamiento: se formó la lista correspondiente, y media hora después perecieron 36 personas en la plaza de la Catedral”.

Más allá de estos juicios, la situación de Bolívar en Caracas era muy insegura y los albores de su actuación estuvieron marcados desde entonces por terribles sucesos que pronosticaban una nueva catástrofe. Los enemigos de la República amagaban por diversos puntos del país, entre los cuales Puerto Cabello (ya no en manos de Monteverde sino de su sucesor, José Miguel Salomón), el comandante Ceballos, quien se puso en movimiento con auxilios traídos de Maracaibo y Coro, y el comandante Yáñez que, con fuerzas organizadas en Apure, había ocupado nuevamente a Barinas, obligaron al Libertador a tomar providencias y poner término a lo que el siempre cáustico José Domingo Díaz llamara las “indecentes fiestas celebradas en su obsequio”.

Al mismo tiempo, más al sur, el comandante Cajigal se había visto obligado a ceder ante el plan de quien, desde las orillas que lamía el Orinoco, juzgaba imprescindible mover a su gente sobre Calabozo para entrarle a Caracas por las espaldas y desechar la idea de seguir rumbo hacia el este, al encuentro de Yáñez o de Ceballos. Cajigal, al ceder en buena lid a lo dispuesto mayoritariamente por la Junta de Guerra celebrada en Santa Rita y antes de seguir rumbo hacia Cabruta para terminar de curarse de sus dolencias en medio de aquel territorio “insalubre”, había resuelto dejar en manos del destino lo que su segundo, el asturiano Boves, decidiera hacer con aquellas hilachas de ejército que habían escapado de Barcelona bajo su mando.

Los que estuvieron en desacuerdo con la decisión tomada en Santa Rita, optaron más bien por trasladarse con Cajigal hasta Caicara mientras Boves comenzaba a hacer efectiva su marcha hacia los Llanos centrales. Más adelante, el propio Cajigal, a quien si algo no se le puede negar era su capacidad para reconocer méritos ajenos, habrá de admitir en sus *Memorias* que fue a partir de entonces, y muy a pesar de las desavenencias registradas en Santa Rita y de los malos juicios que le mereció la conducta de su subalterno, cuando Boves sacó prácticamente de la nada un ejército que, a los pocos meses, vendría a adueñarse de buena parte de Venezuela.

“Sólo un credo se le dará para que encomiende su **alma al creador”**

Antes de que Boves surja del fondo de la llanura venezolana conviene hacernos dos preguntas que asoman inevitablemente a estas alturas. La primera, ¿qué había en la base de su capacidad para formar un ejército que actuase en función propia?; y, la otra, ¿por qué fue precisamente al llanero y no a otros a quienes ofreció compartir el afán de aquella guerra dirigida por su autoridad?

Para responder a ambas resulta preciso remitirse, por una parte, a lo que dentro del andamiaje de la sociedad colonial era llamado el fenómeno de “las castas” y, por el otro, a esa realidad concreta, en forma de semicírculo, que configuran los Llanos venezolanos, desde Maturrín hasta el Apure.

En la Venezuela de Boves –es preciso decirlo– no era habitual hablar de razas ni de clases sino más bien de “castas”.

Una sociedad de castas significaba tener, en lo más alto de la escala, dos sinónimos absolutos: limpieza de sangre y propiedad, categoría a la que no accedían otros grupos de blancos, como por caso los llamados de “orilla”, canarios en su mayoría, todos o casi todos pertenecientes a la pequeña clase comerciante de los principales centros urbanos. Las castas conformaban entonces los distintos niveles del edificio co-

lonial, y en función de lo cual los pardos, los mulatos, los zambos, los indios y los negros, integraban las distintas capas de una estratificación casi geológica que se había cimentado a lo largo de tres siglos.

El espíritu de diferenciación, regulado en todos los casos por complejas disposiciones de tipo legal que ocasionalmente derivaban en enervantes litigios por parte de aquellos que, por ejemplo, reclamaban “limpieza” para ejercer ciertas profesiones o ingresar a comunidades religiosas, llena expedientes enteros de las actuaciones judiciales registradas durante la época. Incluso, según lo afirma un especialista del período hispánico como Carlos F. Duarte, hasta entre los propios pardos, mulatos o mestizos existían diferencias raciales muy marcadas.

Si bien se trataba de un edificio cableado con dinamita, especialmente por el grado de marginación que se reflejaba en la inexorable situación económica de cada “casta”, y el grado de escasa o nula influencia que podían ejercer ante la sociedad en su conjunto, especialmente frente a la poderosa ascendencia que tenían los grandes propietarios ligados a la producción nacional, faltaba quien presionara el óbolo para activar aquella conflagración racial. Aunque otros –es justo decirlo– intentaron despertar ese monstruo antes de que lo hiciera Boves.

Las “maquinaciones de casta” es, por ejemplo, una elegante frase utilizada por un autor de la época para condenar la actitud de aquellos miembros “extremistas” de la Sociedad Patriótica de Caracas quienes, como Coto Paúl y José Félix Ribas, ya jugaban a la demagogia para 1811, cortejando a las “castas” por las calles de la capital, como si se tratara de una reedición tropical de la Francia de los gorros frigos. De encendidos discursos a favor de las “castas”, pronunciados en la apacible Caracas de 1811 que inauguraba la realidad de una República, estuvo hecha la materia que, en su momento oportuno, terminaría concediéndole a Boves la oportunidad de preluir el alma democrática venezolana.

Por otra parte, si bien Boves y los Llanos son desde el comienzo sinónimos absolutos, vale aclarar que los llaneros conformaban de por sí, a causa de una serie de características propias, un caso muy particular dentro del complejo entramado de castas que tan severamente reglaba el comportamiento, el papel y las funciones de los distintos grupos humanos en otras regiones del país. Un autor como Tomás Pérez Tenreiro sostiene, por ejemplo, que conviene dejar sin atribución el tipo específico al que respondía el llanero de entonces, dado que la movilidad dictada por las faenas abiertas en la sabana, las inmensas distancias, una economía más cercana a la sobrevivencia y los rigores de una realidad mezquina en muchos aspectos, contribuyeron a configurar un tipo variado y poco sujeto a una clasificación sometida a las vicisitudes de castas y clases diferenciadas.

Aparte, todo ello venía a conferirle al llanero, mucho antes de desatarse el cuadro pavoroso de la Guerra a Muerte, una capacidad para ser árbitro de sus propios derechos, una forma de manejar el concepto de propiedad, de alentar un sentimiento de autonomía y de vivir en una comunicación más constante entre sí, muy diferente a un medio de relación de vida más individual, aislado y estratificado como el que tenía lugar en las provincias de la sierra, al oeste y del litoral, al norte.

Un conglomerado humano que se entregaba a vivir la mitad del año bajo los efectos del agua para afrontar con paciencia la otra mitad privándose de ella, era la forma con que habitualmente viajeros como Humboldt solían destacar las cualidades que explicaban en buena medida la reciedumbre del llanero. Pero la naturaleza “monolítica” del Llano nunca ha sido tal, y éste es un error muy frecuente en el cual incurren muchas de las descripciones que les debemos a los cronistas del siglo XIX. Porque poco tienen que ver los Llanos húmedos de Maturrín con los de Barcelona, que son secos, o los de Barinas, regados por las corrientes que descienden desde la cordillera, o los de Apure, que se ven cubiertos por las inundaciones durante buena parte del año, con los de Guárico, tan parecidos por su aridez a los de Barcelona.

Tan distintos son los Llanos entre sí como los temperamentos que engendra, que no resulta ocioso afirmar que Boves solía explotar este factor como una de las tantas modalidades de la que estaba revestido el complejo juego de sometimiento a su autoridad. Era fama, por ejemplo, que el asturiano se reservara para sus huestes el halago de agruparlas y conservarlas unidas al sitio de donde procedían a través de la denominación que les asignaba a los diversos escuadrones que componían su ejército. Al explotar ese sentido de orgullo o de emulación local, el asturiano atizaba viejos rencores, sujetándolo todo a un sistema de premiación y de castigos que llevó a José Domingo Díaz a afirmar que, por no quedar como cobardes y degradar a su población de origen en presencia de aquellos que eran oriundos de otros lugares, sus partidarios se veían llevados a no retroceder con facilidad.

Otro factor que explica que el Llano fuera la cantera natural de Boves fue la indiferencia con que aquellas comarcas, unas en mayor grado que otras, juzgaban los acontecimientos políticos ocurridos en las zonas altas del país, independientemente de que en el plano económico mantuvieran estrecho contacto con ellas a través del comercio de cueros y la venta de ganado. Nada hace pensar que existiera, por tanto, una causa a la que el llanero pudiera serle más adicto que a la de seguir rigiéndose por cierto sentimiento autonomista. Y si acaso de un común peligro se trataba, como los desórdenes que poco a poco venían afectando la vida de aquellas comarcas, lo más natural era que se viese arrastrado por la precaria autoridad de quien mejor pudiese representar las cualidades propias del Llano: el respeto a la experiencia, el valor viril o la destreza física. Pero ¿por qué Boves y no otro?

Tampoco existen muchos rastros documentales que demuestren, como los tantos testimonios que en cambio abundan sobre Páez, su ascendencia sobre el llanero a fuerza de coraje, valor y espíritu igualitario. Podemos suponer sin embargo que, en el caso suyo, se combinaban dos atributos: por una parte, durante sus largos viajes por los Llanos en su época de comerciante, Boves debió llegar a conocer a fondo a sus habitantes, al punto de apoderarse luego de su voluntad al haber

aprendido a compartir con ellos sus costumbres y su sistema de vida. Tanto así, que según una expresión que corre por cuenta de Laureano Vallenilla Lanz en su *Cesarismo Democrático*, Boves “fue sencillamente un llanero, tan llanero como si hubiera nacido en el Guárico o el Apure”. La otra cualidad, más compleja de precisar por cuanto se ve gobernada por un elemento casi etéreo y de no fácil discernimiento, es lo que comúnmente se denomina el prestigio o el carisma, algo que registra Francisco Tomás Morales, su segundo al mando, mediante la siguiente frase: “Sus soldados lo adoraban y le temían, y entraban en las acciones con la confianza de que su valor y denuedo había de sacarlos victoriosos”.

Pero la adoración en el caso de Boves, y más allá de la pericia para acaudillar a sus huestes en plena contienda, parecía responder también a meandros mucho más oscuros entre quienes lo seguían con actitud devota. Un buen indicio se desprende de las palabras de Juan Manuel Cajigal, formuladas cuando Boves ya no obedecía a nadie: “Su ejército –apunta– se aumentaba considerablemente porque había hecho concebir los puntos de atracción más poderosos”. ¿Cuáles eran tales puntos? En primer lugar, es muy probable que el “programa” de Boves, si acaso tuvo alguno, se hiciese atractivo por la ruptura que suponía de las trabas sociales que vedaban el camino al ascenso legítimo. Con su prédica de odio hacia quienes representaban a la vez la jerarquía, la propiedad y la opinión –cuyos epígonos máximos eran los mantuanos y la “diablocracia” de la capital–, Boves había logrado impulsar, aunque fuera en parte, la desintegración de la formación castista de la sociedad venezolana. En segundo lugar, a sus huestes las animaba una aspiración de libertad que difícilmente hallarían en las filas insurgentes donde militaban los blancos propietarios y, un tanto en sintonía con lo anterior, la íntima convicción que el regente Heredia creía ver en muchos “europeos exaltados” (y, por extensión, en Boves), según los cuales los “pardos eran fieles” y “revolucionarios, los blancos criollos, con quienes era necesario acabar”.

La idea según la cual Boves levantó a “las gentes de color” contra “los blancos mantuanos” que dirigían el movimiento emancipador forma en esencia una de las paradojas más fascinantes que encierra este ciclo confuso que decantará sólo tras la muerte del asturiano, cuando la “rebelión popular” se disperse y la “verdadera” lucha entre el ejército “invasor” de Morillo y una causa insurgente mejor articulada defina, de entonces en adelante, a dos adversarios precisos dentro de nuestra imaginaria nacional: patriotas y realistas.

Boves y el tema del “odio de castas” es un asunto espinoso que ha corrido la suerte de verse ligado a la poca documentada relación que el asturiano pudo mantener con los principales exponentes de la clase terrateniente de los Llanos centrales. Ciertamente, el hecho de haber sido un modesto pulpero de Calabozo debió llevarlo, antes que nada, a circunscribir su mundo de relaciones sociales a aquellos mismos llaneros a quienes les compraba cueros y sebo, y que luego formarían la base de su ejército personal. Por tanto, si exceptuamos todo aquello que se tiende a afirmar acerca de sus incursiones posteriores en el negocio de transportar y vender recuas de ganado de un punto a otro de los Llanos (y que hablaría, en todo caso, de una prosperidad notable para el antiguo pulpero), sus contactos con el mundo de los blancos propietarios, y las humillaciones que pudieron infligirle para generar en él semejante capacidad de odio y resentimiento, es algo acerca de lo cual no queda registro alguno en su biografía de la “preguerra”, es decir, desde su confinamiento en Calabozo a partir de 1809, hasta sus primeras embestidas de la mano de Antoñanzas, a partir de mediados de 1812.

Vejado –si es que lo fue alguna vez– “por su falta de linaje”, existen sin embargo notables indicios de su odio hacia la “raza maldita” que se desprenden en cambio de un largo “memorial” escrito por su capellán, el presbítero José Ambrosio Llamozas. El capellán concibió y dirigió esta “relación” al rey reinstalado en el trono con el propósito de darle cuenta de “todo lo ocurrido en toda la época de la Revolución de Caracas” y al que, hasta donde es lícito suponer, Fernando VII no se

tomó ni siquiera la molestia de consagrarle su “real atención”. El “memorial” se lee como una síntesis de los desmanes cometidos por aquel por cuya alma debía velar el capellán a lo largo de la campaña; pero resulta necesario –y es justo decirlo– ser prevenidos con respecto a todo o buena parte de cuanto se afirma en sus páginas. Esto es así puesto que el capellán abjuró de Boves tan pronto como ocurrió su muerte en Urica, y es muy probable que haya compuesto su *Memorial* para “deslastrarse” a tiempo, tanto frente al “delfín militar” de Boves, Francisco Tomás Morales (quien ya venía acusando rivalidades con su superior) como frente a la expedición “pacificadora” al mando de Pablo Morillo, despachada, antes que nada, para “pacificar” a los propios “realistas” en Venezuela por el peligro que había comenzado a representar el tipo de confrontación alentada por Boves.

“Los blancos somos el objeto”. Esta expresión, que más sonaría propia de un agente colonial británico en los momentos de mayor fermento en alguna de las posesiones inglesas de ultramar, corresponde en realidad a un criollo adicto al orden metropolitano, asesor de la Intendencia de Venezuela, quien le resumía así a otro realista los espantos que le provocaba la sistemática destrucción de la raza blanca y la repartición de sus propiedades, tal como se decía que venía siendo la prédica que Boves empujaba desde el fondo de la llanura en su camino hacia Caracas. “Sólo la consideración –apunta este venezolano angustiado– de que defendemos una causa en que se interesa la religión, el rey y nuestra propia tranquilidad y quietud, pudiera darnos valor para ver de cerca sin huir, un riesgo y un peligro que nos va a traer una escena más inhumana y trágica que la que sufrimos”.

Tal era el espanto de este sistema que con Boves se salía de todos los cauces conocidos, que según Juan Uslar Pietri, este miedo de los blancos realistas condujo en los primeros meses de 1814 a propiciar cierto entendimiento con los insurgentes, un arreglo que empezó a efectuarse por mediación de los ingleses, quienes, desde Curazao y otros privilegiados puestos de observación de cuanto acontecía en la costa firme, juzgaban con igual o mayor horror el expediente de la “guerra de co-

lores”. Este entendimiento sin embargo no condujo a nada debido a la actitud triunfalista asumida por Bolívar y los suyos tras haber hecho retroceder a Boves en San Mateo y Bocachica. Así que cuando “recomenzó la ofensiva de Boves, derrotando a los patriotas en la Puerta – dice Uslar, – ya era muy tarde para lograr un arreglo entre ambos contendientes”.

Lo cierto es que en cuanto al inveterado odio que Boves atizó contra los “blancos” a partir de 1813 y especialmente en 1814, a Llamozas le debemos juicios como éste: “La insaciable sed de sangre de Boves no estaba sólo contraída a los blancos, aunque contra estos era más ardiente”; o éste otro: “No se fiaba de los blancos cuya compañía le desagradó siempre”, para terminar diciendo, como remate de la pesadilla que se abatía sobre Venezuela: “El comandante general Boves desde el principio de la campaña manifestó el sistema que se había propuesto y del cual jamás se separó. Fundábase en la destrucción de todos los blancos, conservando, contemplando y halagando a las demás castas. (...) A consecuencia de este sistema han desaparecido los blancos”.

A Llamozas lo complementa Cajigal afirmando que el asturiano siempre privilegió dos excepciones dentro de su programa de exterminio: los sacerdotes y las mujeres. “Aquellos por tener hechura de cristiano, y éstas, porque el jefe y su ejército las destinaban a otros usos que contradecían aquel principio”. Es probable que de este testimonio, y lo que a tal respecto dijese también el padre Llamozas, se derivara la fantástica fábula según la cual Boves había hecho transportar a las mujeres blancas de Calabozo hasta la isla de Arichuna, en pleno Orinoco, para más adelante disponer a su antojo de aquel botín con las licencias de todo un señor feudal. Como ésta son muchas otras las inverosímiles aventuras que dentro de la oralidad (y la originalidad) venezolana sitúan a Boves, aquél que era “muchos tigres a la vez”, como expresión de un destino maldito.

Es precisamente sobre ambas orillas del Orinoco donde se parte la suerte de la retirada emprendida por Cajigal y, como hemos visto, el punto a partir del cual cobra fuerza la decisión de Boves de obrar defi-

nitivamente por su cuenta y nunca más en función de otro. Atrás quedaban para siempre Monteverde, Antoñanzas y Cajigal. Faltará que poco más adelante, durante ese mismo año de 1813, Bolívar saliera de la capital, “terminadas las indecentes fiestas celebradas en su obsequio” (José Domingo Díaz dixit) y lograra imponerse en los campos de Araure sobre Yáñez y Ceballos para que Boves quedara, cuando no prácticamente como el único dueño y paladín de la “causa” realista, al menos como el más activo y peligroso.

“Los rebeldes de Caracas se creían ya invencibles”, anota el historiador español Mariano Torrente para resumir el estado de ánimo que se había apoderado de Bolívar y los suyos desde que entraron en la capital en agosto de 1813. Pero pese a toda actitud triunfalista, al “Libertador” (título que le fuera ratificado por una asamblea reunida en la iglesia de San Francisco en Caracas) lo aquejaban, con sobrada razón, dos grandes dudas. La primera tenía que ver con la actitud de Mariño y su lenta marcha hacia el centro, una lentitud ocasionada –al decir de José de Austria– por la indiferencia que mostraba hacia la suerte de Caracas luego de haber logrado gozar de “perfecta paz en su propio territorio”; la segunda tenía que ver con la innegable realidad de que en los Llanos de Apure y Barinas, tanto como en Coro, Maracaibo y Puerto Cabello, la causa “leal” volvía a reagrupar fuerzas cada vez mayores. Bolívar tampoco descuidó sus sospechas acerca de los Llanos centrales, aunque tal vez jamás previó en toda su magnitud la fuerza que cobraría la rebelión en aquel punto bajo el mando de Boves. Igual le escribió a Mariño en noviembre de 1813: “Temo con fundamento una subversión en La Guaira o Caracas (...), y la creo casi inevitable en los Llanos”.

Rota ya su vinculación con Cajigal hacia mediados de septiembre de 1813, el primer paso que dio el asturiano antes de comenzar a obrar por su cuenta consistió en dirigirse hacia el Bajo Apure para intercambiar ganado por municiones y reforzar su caballería antes de entrarle por la espalda a la República del brigadier Bolívar. Como se insinuó en líneas anteriores, no deja de hablar bien de Cajigal el que, por encima de sus resquemores, ayudase eficazmente a reunir desde Caicara los

efectos necesarios para que Boves pudiese desatar la furia de una nueva campaña.

Si nos ceñimos con cuidado al itinerario descrito por Boves desde que se enrumbara para alcanzar el centro del país, llama poderosamente la atención el hecho de que uno de los primeros encuentros librados con los insurgentes llegase a ser tan significativo desde el punto de vista simbólico, puesto que en un sitio llamado Cachipo, el asturiano hizo retroceder de un solo golpe a dos futuros presidentes de Venezuela, José Tadeo y José Gregorio Monagas.

Poco después, la noche, como cuando la conspiración que se había anudado en su contra en Espino, volvió a favorecer a José Tomás. Esta vez porque también fue de noche cuando Tomás Montilla, noticiado de la derrota de los hermanos Monagas y de los avances de Boves y de su lugarteniente Francisco Tomás Morales, intentó combinar una operación para disputarles el camino a la altura del caño de Santa Catalina, a fin de proteger la ciudad de Calabozo que había quedado a su cargo desde que Bolívar lo comisionara en su marcha hacia la capital. Según lo trae una página de José de Austria, designó para ello a su subalterno, el teniente coronel Carlos Padrón; pero más que la pericia de Boves, fue la confusión que se apoderó de Padrón y de los suyos en plena oscuridad lo que les hizo cederle el sitio a quienes el memorialista llama “los discípulos muy aventajados de la infame escuela de Monteverde”. Se cuenta que Boves permaneció atrincherado detrás de un corral de palo a pique y que desde esa posición, apoyado en las empalizadas, hizo un carnaval de sangre con las milicias del teniente coronel Padrón.

Disperso el destacamento enviado contra él por el pariente de Bolívar, el asturiano tenía asegurada su reentrada a Calabozo y no tardó mucho, durante esta segunda visita del año 13, en ajustar cuentas con aquella ciudad que le había sido tan infiel durante su ausencia. Esta vez comenzó por humillarla físicamente: a falta de metales, ordenó arrancar los barrotes de las ventanas para convertirlos en lanzas para luego tejer el final de una historia de rencor que lo seguía a todas

partes. El pánico suele comenzar del mismo modo en todos los episodios que involucran a Boves. “Consternados los vecinos, corrían en todas direcciones”, sentencia Julián Llamozas, antes de dar paso al crudo relato de la degollina.

Hubo, ciertamente muchos escapados del desastre, empezando por los jefes, quienes resolvieron abandonar la ciudad a tiempo. Pero otra fue la suerte que corrieron los presos que el asturiano cogió tras la escaramuza en el caño. Con la excepción de algunos que se eximieron de la muerte a cambio de dinero, Boves los hizo ejecutar a casi todos.

Obviamente, la amenaza de Boves no era la única que dominaba la atención de Bolívar, pero en todo caso determinó que confiara en un extraño personaje que venía haciendo junto a él la campaña desde Mérida, la tarea de despegarse cuanto antes de las operaciones que llevaba a cabo en los alrededores de Barlovento para adentrarse en los altos Llanos y atajar la marcha de Boves y Morales que ya comenzaba a cobrar un cariz más peligroso tras la toma de Calabozo. El personaje en cuestión era Vicente Campo Elías, nativo de la Villa de Soto en España, quien juraba degollarse a sí mismo luego de ver exterminados a todos los españoles a fin de que, con su muerte, desapareciera toda traza de una nación a la que se sentía culpable de pertenecer. En su estilo, Campo Elías era tan inspirado como Boves y demostró, incluso, ser tanto o más eficaz que aquél en los predios de la crueldad. Entre las tantas curiosas modalidades que cobró aquella guerra, no resulta un dato menor el que de un lado de la contienda estuviese un asturiano y, del otro, midiendo sus fuerzas ante él, alguien como Campo Elías, oriundo de Castilla.

Avanzada la marcha, Campo Elías vino a enterarse de que Boves había salido de Calabozo para recibirlo con la punta de sus lanzas. El sitio del encuentro, que tuvo lugar en octubre de 1813, fue también un caño, el de Mosquiteros, pero ésta vez el asturiano llevó desde el principio todas las de perder. Con Boves maltrecho de un lanzazo y Morales herido también a consecuencia de la refriega, Campo Elías intentó alcanzar los restos de aquel desbande hasta que su persecu-

ción vino a perder impulso gracias a la habilidad que tuvo Boves para leer los nudos del camino que conducían hasta San Jerónimo de Guayabal, un antiguo asentamiento de misioneros capuchinos a orillas del Apure, donde lo favoreció la entrada de las aguas del invierno de noviembre y, no menos, el recelo de Campo Elías de internarse en un territorio que le sonreía francamente al enemigo.

Apunta José de Austria, un autor en quien es preciso detenerse para reparar en el recuento de las operaciones militares que formaron parte esencial de la biografía de la Segunda República que, lejos de introducir la gramática de la reconciliación, Campo Elías procedió a castigar a muchos lugareños con tal grado de fiereza que sus despojos prácticamente no sirvieron ni como pasto para los caimanes que habitaban el río Guárico. Para concretar con éxito tal proceder vengativo triunfaron los fatales consejos de su capellán, Vicente Sembi, “furi-bundo exaltado” (dice Austria), que tuvieron la precisa consecuencia de sumarle mayores voluntades a Boves y exaltar aún más el ánimo del asturiano una vez que vino a enterarse en Guayabal de la suerte que corrió cuanto calabocño caía en manos de Campo Elías, sospechoso de no ser afecto a los rebeldes.

Guayabal ofrecía un sitio seguro para que Boves y Morales restañasen sus heridas, pero también servía como lugar de alistamiento para encuadrar nuevas milicias y adoptar algunos cambios de maniobra como resultado de aquel malogrado encuentro que tuvo lugar en Mosquiteros. Pero tanto o más significativo, al menos en vista de sus consecuencias más perdurables, fue que Boves libró en ese sitio una circular, el 1 de noviembre de 1813, en cuya base hay quienes pretenden ver la versión de una proclama propia de la Guerra a Muerte. Se trata de un bando ceñudo, desprovisto de las inflamaciones verbales del decreto librado por Bolívar en Trujillo, y aderezado con un elemento religioso que lo hace particularmente interesante. Al caso dice: “Por la presente doy comisión al capitán José Rufino Torralba, para que pueda reunir cuanta gente sea útil al servicio, y puesto a la cabeza de ellos, perseguir a todo traidor y castigarlo con el último suplicio; en la

inteligencia de que ‘sólo un credo se le dará para que encomiende su alma al Creador’, previendo que los intereses que se recojan de estos traidores serán repartidos entre los soldados que defiendan la justa y santa causa”.

Pesa aquí, como ya se ha señalado, un elemento de carácter religioso que yace ausente del discurso exterminador de Bolívar en su proclama de Trujillo. Llama la atención sin duda el detalle del “credo”, pero más aún el propósito que animaba el espíritu de la circular: reclutar gente para reorganizar las fuerzas y saltar a la ofensiva. Resulta también evidente, así sea sólo a primera vista, que el bando de Guayabal delata una forma de “resurgir” y de superar el desaliento causado por la aparatosa derrota de Mosquiteros a través de una incitación abierta al brigandaje y la rapiña, y es esta imagen la que precisamente ha transmitido para siempre la sensación de que, a partir de Mosquiteros, es decir, en el curso de todas las campañas que habrán de seguir a lo largo de 1814, Boves se convierte definitivamente en el campeón del pillaje y el saqueo. Sin embargo, la exclusividad o, cuando menos, el carácter aborrecible de este “sistema” resumido en la circular, ha sido sometido al cuidadoso escrutinio de historiadores como Germán Carrera Damas, a quien no le convence –y con razón– que las disposiciones emanadas de Guayabal estuviesen dirigidas a formar parte del amasijo de brutalidades que se le tienden a endosar únicamente al caudillo asturiano sino, más bien, que el manifiesto en cuestión luce como prueba evidente para entender que, ante las condiciones económicas y hacendarias del país que atravesaba el camino de la Guerra a Muerte, Boves veía natural la aplicación del reparto de lo pillado para el financiamiento de aquella modalidad de guerra, para el mantenimiento y pago de la tropa y –no por último menos importante– como gratificación y premio a los combatientes, o a sus partidarios y deudos.

A la sombra de la vengativa fraseología que destilaba la circular, el confinamiento en Guayabal le sirvió para consagrarse con una energía y una actividad tremendas a darle realce a las aptitudes de organizador y conductor de tropas que habrían de caracterizar su mando a

partir de entonces. Además, la condición de vivir en dependencia de los misioneros, como era el caso del largo historial que informaba la vida de los pobladores de Guayabal y de sus inmediaciones, le aseguraban a Boves una gran influencia para su éxito inmediato, y la fascinación que ya ejercía sobre los restos de su milicia desbaratada en Mosquiteros no hizo sino aumentarse con los refuerzos que Morales, amortiguados ya los dolores del lanzazo recibido en aquel encuentro con Campo Elías, le traía desde Guayana, por intercesión de Cajigal. Guayana, dicho sea de paso, estaba llena de quienes no vacilaban en enviar los auxilios que fueran necesarios para socavar el poder de los señoritos insurgentes que habían vuelto a apoderarse de la remota capital.

“El mes de noviembre –apunta Acisclo Valdivieso Montaña, un temprano y poco consultado biógrafo de Boves– fue aprovechado para adiestrar en el médano de Cazorla, cercano a Guayabal, los caballos obtenidos, así como a los reclutas, enseñándoles el uso de las armas blancas y las de fuego, los movimientos, marchas, despliegues y cargas; y como las lanzas no alcanzasen para proveer a todos los jinetes, Boves hizo fabricar las restantes con astas de madera”.

En mes y medio, favorecido entonces por las asperezas de la zona que le permitían acrecer y preparar mejor a su gente, y no menos por las noticias que cundían por doquier acerca de la derrota que habían sufrido el “Ñaña Yáñez” y el comandante Ceballos en manos de Bolívar en el sitio de Araure, el asturiano veía que ya era preciso resolver, de una vez por todas en esa hora de crisis, aquel exclusivo destino personal que le había sido escamoteado por Campo Elías en el caño de Mosquiteros.

Sin que nadie saliera a buscarlo entre las vegas y los caños inundados, es Boves quien primero toma la ofensiva y se dirige, una vez más, sobre aquel microcosmos de traición que a su juicio representaba Calabozo. Por supuesto, no podía existir un sentimiento de neutralidad o de indiferencia entre Boves y aquella ciudad a la que desde hacía mucho le había declarado un estado de guerra espiritual; pero convie-

ne aclarar en todo caso que los motivos que lo animaban a marchar sobre la Villa de Todos los Santos no se reducían a los impulsos de un simple desquite. Boves conocía perfectamente la situación, puesto que había vivido algo similar cuando inició sus correrías junto a Antoñanzas en mayo de 1812: apoderarse de manera efectiva de la boca del Llano significaba, ni más ni menos, que controlar el estómago de la República que Bolívar dirigía moviéndose con dificultad entre la capital y el occidente, procurando que la temblorosa legalidad del régimen instalado en Caracas no terminase sucumbiendo una vez más por las mismas razones que habían paralizado la actuación militar del Generalísimo Miranda.

Lo que también le abría a Boves el camino hacia el centro era que contaba desde el atrincheramiento en Guayabal con una caballería que vendría a desarrollarse en cada etapa de la nueva ofensiva como su verdadero distintivo frente a la forma limitada con que los insurgentes habían dado muestras de utilizar lo que sin duda era el recurso más eficaz con que podía contarse en aquella geografía abierta.

Los grupos móviles de Boves avanzaban esguazando el río Guárico dispuestos a llegar hasta los linderos de Calabozo cuando el comandante del “Ejército de los Llanos”, el oficial de ingenieros Pedro Aldao, a quien Campo Elías había dejado a cargo de vigilar desde Calabozo los posibles movimientos de Boves, buscó interceptarlos en el Paso de San Marcos, no sin antes estimular una rápida emigración de todo calaboceño indefenso que quedara rezagado en la ciudad para que emprendiese de inmediato la ruta hacia la cercana población de Ortiz. Según lo traen los recuentos de lo ocurrido, Aldao intentó situarse en una posición que favoreciera su fuego, pero Boves no tardó en encimársele con sus partidas a caballo, haciéndolo retroceder hasta unos potreros de ceiba donde el oficial insurgente creyó posible ofrecer un último amago de resistencia. A nadie se le ocurriría pensar desde luego que Boves hubiese leído alguna vez *La Ilíada*; pero practicada la matanza general de prisioneros, el asturiano se despachó en triunfo con la cabeza de Aldao como varias veces lo hizo Idomeneo con sus

enemigos en los hexámetros homéricos. En el juego macabro de las cabezas empaladas de la Guerra a Muerte, la de Aldao no se salvó de ser exhibida en las calles semidesiertas de Calabozo antes de ser paseada a varios kilómetros a la redonda bajo el calor abrasador de los Llanos.

Calabozo probaría en carne propia, y frente a la impasible actitud de Boves, el alcance y rigor con que debía aplicarse el bando librado en Guayabal; así, en pocas horas, la Villa de Todos los Santos exhibía los ultrajes del saqueo contra las propiedades deshabitadas de los insurgentes que habían tomado desordenadamente la vía de escape hacia Ortiz. Cierta crónica, escrita en clave de horror, asegura además que siempre hubo algún ingenuo que hubiese resuelto quedarse atrás sin prever que los lanceros de Boves tendrían sobre quién cebar todavía algún residuo de furia.

Ésta es la época que para muchos de los historiadores republicanos marca el mayor punto de inflexión en la política de pillaje promovida por Boves. Lo que silencian en cambio –o ignoran plenamente– era que el asturiano, grato al beneficio de las madres y familias de su ejército, dictaría diferentes disposiciones en su marcha desde Calabozo hasta Caracas, ordenando a los teniente-justicia de varias aldeas entregarles carne o vacas lecheras para su subsistencia. Si esto no basta como ejemplo del gesto que lo acompañó siempre al repartir lo ajeno, en cuanto a promesas dadas a sus tropas –y la seriedad con que las tales tropas asumían la promesa formulada– se cuenta que a menos de un mes de su muerte en Urica, el Intendente de la Capitanía General se quejará ante el mariscal Juan Manuel Cajigal acerca de lo difícil que le resultaba reunir el millón y medio de pesos para cumplir la promesa que Boves le había hecho al ejército de ofrecer 300 pesos a cada uno de sus efectivos si lograban rendir las provincias de oriente, tal como prácticamente lo habían hecho entre la muerte de Boves y el reemplazo de Francisco Tomás Morales como su sucesor en el mando. De modo que entre repartir lo ajeno, y las promesas que aspiraba cumplir entre las

tropas y los allegados de éstas, se resume en buena medida el credo político del asturiano.

Desde Calabozo hasta Barcelona, de Barcelona a Calabozo, de Calabozo a Guayabal y de vuelta a Calabozo, no eran pocos los kilómetros que había ganado hasta entonces el galope de su caballo *Antínoo*, puesto que Boves, como es natural, no se queda atrás en historias de este tipo que lo muestran sobre la grupa de una bestia investida de vigor casi mitológico como el *Babiaca* del Cid o el *Bucéfalo* de Alejandro. Hasta el nombre de *Antínoo* suena tan artificioso como todos los oropeles centellantes del heroísmo épico de la que está hecha buena parte de la historia de Venezuela. Dicho sea de paso (como viene de molde también para esta clase de historias que parecen pertenecer más al género literario de la caballería), Boves perdería a *Antínoo* unos meses después en el sitio de San Mateo, y se dice que lloró la muerte de su montura como no llegó a hacerlo jamás con ningún efectivo de sus milicias. Como se ve, es la clásica historia del paranoico sanguinario insensible a todo menos a la muerte de su animal predilecto.

Mientras uno u otro hacendado melindroso de la comarca vendrá a convidarle una ternera a quien regresaba para celebrar un nuevo ajuste de cuentas con aquella villa que le servía de entrada a los Llanos, la cabeza sin vida de Aldao se verá disputada a modo de trofeo entre Calabozo y San Fernando de Apure como nuevo preludio de lo que estaba por venir.

La legión **infern**al

Así acaba 1813 y se anuncia, con todo lo azaroso que resulta, el último año de su vida. Un año que, además de la particularidad de ser bisiesto, discurrirá saturado por Boves entre “el infierno de sus siniestras intenciones”, al decir de un publicista rebelde. Dieciséis son los combates que se libran durante ese año de 1814, y de ellos nueve en los que el asturiano participa directamente al mando, cuando no de alguno de sus subalternos directos, como Francisco Tomás Morales o Francisco Rosete. Esta sola proporción numérica indica a las claras que Boves ya era dueño de la situación desde el punto de vista militar, mientras otros comandantes como Ceballos o jefes de partidas sueltas como el indio Reyes Vargas que operaban en el occidente del país, se mantenían en un papel secundario del que jamás salieron, al menos comparado con su figura.

Pero 1814 traía aparejadas otras novedades, ésta vez en el orden político. Por un momento, el tiempo se serenó para Cajigal, humillado hasta entonces por Boves y por el clima insalubre de Caicara. Ocurrió en síntesis que el comandante Ceballos había ido a refugiarse en Guayana tras la derrota que tanto a él como al “Ñaña” les infligiera Bolívar en Araure, y como Cajigal había entrado en tratos con un capitán

que practicaba la navegación de corso en aguas del Orinoco, convenció a Ceballos para que juntos tomaran pasaje hasta la isla de Curazao donde, para sorpresa de ambos, hallaron a Monteverde ya depuesto del mando en Puerto Cabello y recobrándose aún de la violenta herida que recibió en Bárbula. Mayor todavía fue la sorpresa cuando el apocado Monteverde debió cursarle a Cajigal la orden, proveniente de España, que lo investía con la facultad de dirigir la Capitanía General de Venezuela. Monteverde, aunque suene raro en vista del resentimiento aún fresco que debió depararle su abrupta deposición como Capitán General, terminó por convencer a Cajigal para que asumiera el mando ante la conflictiva situación planteada en Venezuela.

Sin duda, Cajigal representaba un problema tanto para Boves como para Bolívar. En el caso del asturiano, era evidente que semejante investidura reeditaba la incómoda posición de someterse a su obediencia, algo ya experimentado durante la forzosa marcha entre Barcelona y el Orinoco; en el de Bolívar, en cambio, la moderación que adornaba a Cajigal, tanto como las viejas relaciones que mantenía con la élite del país desde que llegara en 1799, le restaba a los insurgentes el valor propagandístico que significaba enfrentar las depredaciones de Boves y de sus semejantes en nombre de un proyecto que supuestamente se contraponía a la barbarie.

Mientras el peligro de Boves se ensanchaba en la medida en que iba asimilando leguas de camino hacia los valles centrales, el brigadier Bolívar debía verse ante un grave dilema aunque el asturiano no representara aún la amenaza que habría de caracterizarlo al cabo de un corto espacio de tiempo. Sin embargo el dilema existía ya, y se fundaba en que Bolívar reconocía muy acertadamente que de los Llanos podía surgir nuevamente una fuerza devastadora para la frágil República que se sustentaba sobre precarios títulos de legitimidad. Pero moverse preventivamente contra el Llano significaba, a la vez, privar al occidente de las fuerzas necesarias para que se defendiera de Coro, o para brindarle protección a Barinas. Al mismo tiempo, el occidente era un mapa erizado a causa de los obstáculos que, para el mando, suponían

las operaciones de tantas partidas hostiles que hacían difícil y costoso coordinar movimientos entre el cuartel general del Libertador y el cuartel del ejército expedicionario a las órdenes de Rafael Urdaneta. El mapa de la República hacia esa parte del país se erigía entonces como un territorio agujereado, donde el indio Reyes Vargas se mostraba incansable en sus arremetidas contra Barquisimeto, Millet contra San Felipe, Yáñez, Calzada y Puy contra Barinas, y Boves, quien ya campeaba libremente sobre Calabozo y los alrededores. Estas partidas no sólo obraban por diferentes puntos al mismo tiempo, sino que lo hacían con la base segura de suministros y refuerzos que representaban a sus espaldas Coro, Maracaibo, Apure y Guayana. Por si fuera poco, los recluidos en Puerto Cabello, ahora bajo el mando de José Miguel Salomón, seguían dando trabajo y obligando a Bolívar a distraer fuerzas para continuar estrechando el sitio sobre aquella plaza que permanentemente recibía refuerzos por mar.

Para colmo de males, Mariño proseguía moviéndose hacia el centro con una lentitud enervante que hizo a Bolívar entrar en la sospecha de que el “Jefe Supremo de Oriente” recelaba de la autoridad de la que fuera investido por la Asamblea de Caracas. Mucho antes de que se superara parcialmente el impasse entre ambos, Bolívar ya le había hecho notar lo necesaria que era su presencia para cortar el avance de Boves. Así se lo apuntaba en uno de sus despachos: “Boves, con la adhesión que los pueblos del bajo Llano profesan a la tiranía, con la funesta derrota del coronel Aldao, ha podido aumentar sus tropas hasta tres o cuatro mil hombres. Este es hoy día un enemigo terrible, obligándonos a dividir las fuerzas a la multitud de facciones que están esparcidas en lo interior de la provincia”.

Tras la captura de Calabozo por parte de Boves, a Bolívar no le quedó más remedio que reconocer la extensión de la amenaza que entrañaba aquel personaje de quien aún era muy poco lo que se sabía fuera del Llano, e inevitablemente concluyó que ante el dilema planteado, alguien –y pronto– debía hacerse cargo de evitar que aquella fuerza desconocida atravesara la garganta que la separaba de los valles de

Aragua. Ese alguien resultó ser nuevamente Campo Elías, y al asturiano le llegó la hora de tomar el desquite, lo cual ocurrió en el sitio de la Puerta, entre San Juan de los Morros y Villa de Cura, el 3 de febrero de 1814. Boves dio una carga tal que en pocas horas todo estaba decidido a su favor y, en revancha de su anterior derrota y de las medidas tomadas por Campo Elías en Calabozo, festejó su suerte con una verdadera degollina a campo traviesa con los restos apresados entre el desorden y la fuga.

La Puerta lo aproximó a Caracas, y fue entonces cuando al adelantar sus marchas hacia los valles de Aragua, el asturiano concibió una hábil maniobra para que su subalterno Rosete –tan pulpero como él en los tiempos en que ambos vivían de venderles mercancías a los vecinos de sus respectivas comarcas– se adelantara por los valles del Tuy hasta el sur de la provincia de Caracas. La tal maniobra diversiva surtió efecto, y pronto Caracas tuvo al “pulpero de Taguay” (como se le conocía a Rosete), metido dentro de sus linderos, avanzando sin dificultad hasta la sabana de Ocumare, donde además, como muestra de labor cumplida, dejó clavada su impronta de terror. “Trescientos troncos humanos dejó esparcidos en las calles y cercanías del pueblo, mientras en ventanas y puertas se veían clavadas aquellas partes de sus cuerpos que no es decente nombrar”, relata un testigo de aquel viaje al infierno.

Si toda esta situación, al abrir la campaña en 1814, se había vuelto alentadora para Boves gracias al encuentro de la Puerta y, no menos, a los avances que a partir de ese momento le permitieron a su segundo, Francisco Tomás Morales, adelantarse a través de los Valles de Aragua y a Rosete, extender sus correrías hasta San Francisco de Yare, el resto de febrero y el mes de marzo marcarán, en cambio, un revés en la fortuna del asturiano. Ahora las circunstancias parecían indicar que ante la creciente amenaza que significaba este fenómeno que iba dejando reliquias de pueblos librados al éxodo en su camino hacia Caracas, a la República no le quedaba otra alternativa que apostar todo a una concentración efectiva para la defensa del centro. Se repetía en

cierta forma el plan de Monteverde y, lo que era peor, todo presagiaba que la capital pudiese volver a perderse, como en tiempos de Miranda, por quedar completamente incomunicada del occidente y de los Llanos centrales. Pero si la de Miranda había sido la paciencia del topo, Bolívar y los suyos recurrirán a una política distinta para tratar de impedir que se efectuase la temida reunión de Boves con Morales y Rosete. Es por ello que las necesidades producidas por el avance de Boves pronto alejarán de Caracas a José Félix Ribas, tío del Libertador, y quien desde la entrada de los insurrectos a la capital, en agosto del año anterior, se había visto ejerciendo mano dura entre los vecinos de aquel valle acotado por las montañas. En materia de empecinados, y si exceptuamos a Bolívar, poco los hubo tanto como Ribas al tratar de buscarle una salida acelerada a los enfrentamientos que habrían de plantearse, más pronto que tarde, en los extrarradios de la capital. En un ir y venir entre Caracas y las zonas que ya venían ocupando las partidas de Boves, Ribas hizo retroceder primero a Morales en el sitio de La Victoria (donde se cuenta que el tío de Bolívar perdió tres caballos en lo más apurado del combate y que, por el escaso y bisoño material humano con que contaba, hizo que el hecho quedase realzado dentro de las calendas republicanas como “El Día de la Juventud”), a Rosete ocho días después en Charallave y de nuevo, un mes más tarde, en la sabana de Ocumare. Entretanto, Bolívar seguía aguardando en todo momento a que Mariño, desde oriente, superara su inercia triunfalista y terminara asomándose con su ejército al nuevo epicentro de la violencia.

Si bien algún tiempo más tarde Bolívar, unido ya a Mariño, terminaría desbaratando al desventurado Cajigal, todo parece indicar que el dilema volvió a asfixiarlo, todo ello para beneficio de la tempestad que se condensaba en el centro, cuyo protagonista, Boves, seguía exhibiendo las dos virtudes que adornaban su pupila de militar innato: engañar al enemigo y llevarlo a combatir en el lugar y en las condiciones que él mismo hubiese escogido de antemano. Puede que al ordenarle a Urdaneta que tomase rumbo a Barquisimeto en persecución

de los restos de Cajigal, Bolívar temiese –y con razón– que lo poco que le quedaba de occidente, es decir, que no estuviese controlado por Coro y Maracaibo a través de las partidas hostiles a la República, se desplomara como una pared mal sostenida. Pero también puede haber algo de cierto en el hecho de subestimar que Boves, quien le llevaba mucha ventaja en el conocimiento del terreno y en el manejo de los hombres, fuese capaz de reponerse con tanta rapidez de sus pérdidas en La Victoria. Que fuera Boves y no Bolívar quien a la larga llevaría las de ganar, lo demuestra el que los insurrectos no pudiesen llenar sus bajas con tanta facilidad y rapidez como sus contrarios. Para colmo –como agrega un contemporáneo de los hechos– el servicio de espionaje era gratuito en el campo español y nulo en el republicano. Bolívar, ignorante en gran medida de las fuerzas que manejaba Boves, debió moverse con la dificultad que siempre supone el hecho de apenas poder intuir las fuerzas con que cuenta el adversario.

Mientras Bolívar y Ribas se desplazaban a corta distancia del nuevo peligro que se les venía encima, Caracas –bajo el mando de los insurrectos– celebraba su pequeño capítulo de Guerra a Muerte. El 12 de febrero, coincidiendo con lo que en el futuro sería recordado como el “Día de la Juventud”, aquellos que eran señalados como encubridores o alentadores del avance “leal” que venía desde el centro, eran sacados en grupos y ejecutados. La degollina se concentraba en la Plaza Mayor, en las de San Pablo y la Trinidad, y tal era el carácter vesánico de los acontecimientos que como había diecinueve bancos dispuestos para tal fin en la Plaza Mayor, hubo casos –al menos así se deriva de algunos relatos– en que para que alguno de los banquillos “no quedase desairado” se sentaba al primer sospechoso que rondara por ahí cerca para completar la trágica cuota.

La Guaira también había asistido ya al degüello, inspirado en un ritualismo macabro, de los prisioneros atrapados en sus bóvedas. Se trata de un episodio oscuro que la literatura republicana se ha esforzado en ablandar sobre la base de la imposibilidad que entrañaba mantener la custodia de tantos presos, o cuando la inseguridad se multiplicaba

en tantos puntos diferentes del país donde las tropas eran mejor requeridas, o ante la negativa (primero de Monteverde y luego de sus sucesores) de aceptar un canje total de prisioneros. Empero, más allá de la fronda de justificaciones, convendría recordar tan sólo la frialdad con que Leandro Palacios, comandante del puerto en nombre de la República, se hizo cargo de despachar aquel bulto humano siguiendo órdenes expresas de S. E., el General Libertador: (13 de febrero) “Se ha comenzado la ejecución, pasándose por las armas esta noche a cientos de ellos” (14 de febrero) “Ayer tarde fueron decapitados ciento cincuenta hombres” (15 de febrero) “Ayer tarde fueron decapitados doscientos cuarenta y siete españoles y canarios” (16 de febrero) “Hoy se han decapitado los españoles y canarios que estaban enfermos en el hospital, último resto de los comprendidos en la orden de S. E.”

A confesión de partes, relevo de pruebas.

Desalojadas sus fuerzas de la Victoria, Boves demostrará –como se ha dicho– que era capaz de despreciar todo fracaso y mostrar una asombrosa aptitud para recuperarse. Un nuevo testimonio registrado durante el tránsito amargo de la campaña hacia Caracas confirma estos asombrosos atributos de su ascendencia: “Había descubierto –sostiene un cronista– el medio de conservar la más firme adhesión de los llaneros a su persona”. Vuelto en sí, Boves ocupa Cagua e intenta dirigirse contra San Mateo, donde Bolívar no sólo había logrado parapetarse detrás de los muros de lo que, de paso, fuera parte de las propiedades azucareras de su familia, sino que vuelve a traducirse todo ello en nuevo desengaño para Boves, ésta vez a causa de las dificultades con que tropieza para desplegar toda la eficacia de su caballería en un terreno vedado a la montura. El asturiano, luego de intentar perforar dos veces las defensas de San Mateo, se vio obligado a levantar el sitio llevándose el recuerdo de una herida y, lo que era aun peor, la muerte de su caballo *Antínoo*.

La herida lo forzó a pasar a Villa de Cura y establecer allí su cuartel general, desde donde, apegado a sus hábitos, resolvió buscar un punto en donde pudiese afincar la ventaja que le brindaba la movilidad de

su fuerza principal. Ese punto se asociaba, por cábala o por intuitivas razones, al sitio de la Puerta, donde ya antes había puesto en fuga a Campo Elías y donde creyó poder interceptar esta vez a Mariño, sobre quien ya tenía noticias de su avance desde el oriente hacia el alto Llano para reunírsele a Bolívar, por entonces sitiado en San Mateo. Hecho esto, y en un cambio de frente, podría regresar a completar el asedio que dejaba inconcluso y que le despejaría el ansiado camino hacia Caracas.

Para mala suerte de Boves, Mariño ya se había anticipado a tramontrar el abra de La Puerta, de modo que cuando vino a darle alcance, se vio forzado a batirse en Bocachica, donde una vez más el asturiano debió desengancharse e iniciar la fuga. “Boves debió escapar en el mayor desorden siendo perseguido hasta más allá de una legua”, apunta un testigo de la refriega, contrariado al mismo tiempo de que, por falta de municiones, Mariño hubiese tenido que brindarle la oportunidad de dejarlo escapar y reponerse de nuevo en los Llanos del Guárico.

Al salir del saco de San Mateo, Bolívar se unió a la cacería contra el asturiano, pero más definitivo fue en todo caso haberse logrado emparejar con Mariño en La Victoria. Como todo en Bolívar, el encuentro será cordial, lleno de efusivos abrazos entre los libertadores de Oriente y Occidente, pero rápidamente (como se repetirá más tarde con el caso de Páez) se advierten fisuras entre los dos hombres a la hora de planear las sucesivas etapas de la campaña. En todo caso, Mariño y Bolívar convienen por lo pronto en un mismo itinerario para frenar al flamante Capitán General Cajigal en Carabobo, luego de lo cual se verán obligados a separarse de nuevo para atender al enjambre de partidas que continuaban abalanzándose sobre el centro. En tales circunstancias –apunta el historiador Augusto Mijares– no es pues inexplicable, aunque así parezca, que menos de un mes después del triunfo de Carabobo, una sola derrota que sufrieron Bolívar y Mariño a manos de Boves, durante la segunda batalla de La Puerta, el 15 de junio, decidiese la suerte del país.

En efecto, aunque disminuido en lo anímico, el empecinado Boves estará dispuesto a rehacerse en los predios geográficos que mejor conocía, en los repliegues de los Llanos centrales. Para ello redobla sus métodos compulsivos de reclutamiento, y entre otros se dirige al Justicia Mayor de Camatagua en estos términos: “Trate usted de reunir toda la gente útil que se halle por los campos, y el que no comparezca (...) se tendrá por traidor y se le pasará por las armas”. Al mismo tiempo hacían presencia los eternos equilibristas en el baile de la cuerda floja, de suerte que no faltaba tampoco el criador que llevara sus rebaños enteros para ponerlos, como ración de boca, a la orden del ejército que Boves intentaba juntar ahora con los restos desperdigados de Bocachica, con los efectivos que retrocedían de San Mateo y, por supuesto, con las nuevas remesas de hombres que le llegaban por impulso de las órdenes que, similar a la girada a Camatagua, hacía circular en otros rincones del Llano.

No sabemos si Boves se dejara arrastrar fácilmente por la superstición. Pero creyese en la buena suerte que le deparara La Puerta tras la cadena de reveses que había sufrido desde entonces, o se debiera ello a razones que más bien obedecían a sus cualidades de estrategia innato, lo cierto es que la idea de volver a vérselas con los insurrectos en aquella quebrada que abría o cerraba el acceso a los Llanos, rondaba con fijeza entre sus planes una vez reunido el suficiente pie de fuerza para reiniciar la campaña. Al mismo tiempo, el “hombre duro” no dejaba de velar por la necesidad de los suyos, así fuera a cuenta de la propiedad de los demás. Por eso, en mayo de 1814, libra por ejemplo la siguiente orden: “El comandante de Tiznados entregará a Rita Ramona Cevallos doscientos pesos en animales de cría de los atos (sic) de los insurgentes por haber muerto su marido en el servicio del rey”.

Una vez más, las desavenencias entre Bolívar y Mariño comprometerían en buen grado la situación, y una vez más Boves, con un buen golpe de vista, resolvería atraer a los insurrectos a la llanura y tenderles el lazo en La Puerta. Toda o casi toda la literatura heroica ha por menorizado abundantemente acerca de lo ocurrido por segunda vez

en aquel sitio, de modo que basta con decir que un equivocado cálculo sobre los movimientos de la caballería de Boves hicieron que en pocas horas los insurrectos al mando de Mariño (y de Bolívar, que se incorporó y tomó el mando) desaparecieran bajo las patas de aquellas bestias. Hasta José Francisco Bermúdez se vio en la necesidad de dejar caer una vistosa capa que llevaba puesta sobre los hombros confiando en que quienes lo perseguían se habrían de detener para disputarse tanpreciado botín. Los que no quedaron tendidos en la sabana fueron fusilados o alanceados por Boves, entre ellos Pedro Sucre, hermano del futuro Mariscal Antonio José de Sucre. También se dice, aunque suene más a cuento de sultanes, que Boves cogió prisionero a Diego Jalón, tan español como él, lo llevó consigo de vuelta a Villa de Cura, lo entretuvo en una larga sobremesa y luego, con ánimo de solazarse, lo hizo decapitar en su presencia.

Fuera como sea, cada uno –Bolívar y Boves– dictará su parte respectivo y ofrecerán desde luego dos latidos distintos acerca de lo ocurrido en aquella jornada. “De cuantos golpes ha recibido la Patria, ninguno es más pequeño que éste, pero ninguno más fatal” (dirá Bolívar); “Los rebeldes, enemigos de la humanidad, han sido derrotados completamente en La Puerta al mando de los titulados generales Bolívar y Mariño” (dirá Boves).

A partir del triunfo, por segunda vez, en el sitio de La Puerta, no sólo puede trazarse una clara divisoria en la suerte del asturiano, sino que se inician también los funerales de aquel breve lapso –casi tan breve como el primero– que, por un espasmo de ilusión, aquellos que se preparaban para iniciar ahora la desbandada se dieron en llamar por segunda vez la República.

Los bailes **de Alarico**

Venezuela había vuelto a quebrarse en dos pedazos. O más bien en tres. Bolívar y el desbande por un lado, Boves en el centro y el sempiternamente derrotado Cajigal, quien al menos se había hecho reconocer como “Capitán General” en el occidente y la plaza de Puerto Cabello. Desde entonces, la segunda batalla de La Puerta le dio base a Boves para adueñarse prácticamente del mando absoluto sobre los territorios reconquistados. Para ello le bastaba el peso de aquella fuerza que había extraído de la llanura y que, de hacer falta, la volvería a extraer cuantas veces fuera necesario. La talla de su ambición de mando se mide por su actitud ante Cajigal. Venía despreciando y vejando tanto a su superior desde que fuera abatido en Carabobo, que no desaprovechó la oportunidad para dirigirle un despacho tan lacónico como arrogante, fresca aún la retirada de Bolívar y Mariño: “He recobrado las armas, las municiones y el honor de las banderas españolas que S. E. perdió en Carabobo”. A aquel coleccionista de humillaciones que era Cajigal no le quedó más remedio que encerrarse en Puerto Cabello (al igual que lo había hecho su antecesor, Monteverde) y remitir pliegos a España denunciando la conducta del rebelde. Se cerraba así otro círculo: Monteverde había desconocido en su momento al Capitán Gene-

ral Miyares y Boves lo hacía ahora con el legítimo Capitán General Cajigal. Se decía además que si el asturiano le debía algo de respeto formal al Capitán General Francisco Montalvo en Nueva Granada era porque lo sabía muy lejos de la órbita de su mando.

De La Puerta, Boves se encaminará hasta Valencia. Luego de la toma de esta ciudad, ocurrida entre el 10 y 11 de julio tras más de veinte días de asedio sostenido, se declarará como jefe único de Venezuela con el sonoro y altivo título de “Comandante General de las Armas de su Majestad Católica”, y si bien nunca figuró en la lista de los últimos Capitanes Generales que se extiende desde Vicente Emparan en 1810 hasta Juan Bautista Pardo en 1819, su poder “de facto”, ejercido durante seis meses, entre julio y diciembre de 1814, le permitirá revestirse de nuevos títulos como el de “Gobernador de Barlovento, del Oriente y el Centro”.

En la memoria colectiva de los valencianos aún habita, en lugar reservado, la impronta dejada por el perturbador paso que describió el asturiano por los dominios de aquella ciudad rival de Caracas, fundada en 1555 bajo el fidelísimo nombre de Nueva Valencia del Rey, cuya población debía rondar por entonces los ocho mil habitantes, y que en ese momento se hallaba bajo el mando civil del gobernador Francisco Espejo, y del militar, a cargo de Juan Escalona. Las crónicas hablan de la resistencia que ofrecieron los valencianos con una obstinación tan descomunal que al final, de tanto sentir que se estrechaba el recinto, no les quedó más remedio que pelear por conseguir el agua y hasta para comerse cualquier animal que pudiese rondar por las calles.

No habiendo pues otra vía que capitular, Escalona le encomienda la tarea de entenderse con Boves a Miguel Peña, uno de los más ardientes miembros de la Sociedad Patriótica que empujó al Congreso de 1811 a pronunciarse sin cortapisas, y quien en el futuro, además de cercano consejero de José Antonio Páez, será uno de los cerebros más decididos a la hora de resolver la separación de Venezuela de la Gran Colombia.

Las crónicas agregan que el armisticio se conoció en este caso por el nombre del “Santísimo Sacramento”, dado que Boves había hecho so-

lemne promesa de honrar su palabra luego de una misa de campaña que le sirvió de marco a las negociaciones.

Que Boves respetara la palabra empeñada cuando se trataba de llegar a un entendimiento con los “blancos” de Valencia, lo demuestra la fama que se granjeó de inmediato en aquella localidad, donde el asturiano inició la tradición, repetida más tarde en Cumaná (aunque no en Caracas) de mezclar la música con la muerte. Según ciertos datos macabros que se desprenden de la tradición oral, el asturiano llegó a privilegiar una modalidad dentro de tan extraña cultura: consistía en la de conducir a las mujeres hasta alguna casa para que cantasen allí en grupo mientras sus maridos, hermanos o hijos eran alanceados “como toros, sin auxilio espiritual” (según frase del regente Heredia), a unas cuantas cuadras del lugar. También tenían cabida los bailes de pareja, en los que Boves se deleitaba con un sonetico de la tierra al que era muy afecto, llamado “El Piquirico” (un baile tal vez no tan conocido como los fandangos, los corridos y los joropos con que se solía amenizar durante la época), hasta que la abrupta orden dada por él para detener los compases era la señal inequívoca para que los suyos se abalanzasen y exterminasen a las amedrentadas parejas que lo seguían con la mirada desde el fondo del salón, seguros de presentir sus designios. Uno de los bailes más famosos fue dado en la casa de Miguel Ignacio Malpica, alias “El Suizo”, donde se cortan las calles de la Constitución y del Sol, y de donde milagrosamente se cuenta que salvó su vida el propio Miguel Peña, quien disfrazado de “negrito” (es decir, con el rostro tiznado para realizar aquella evasión) y haciéndose pasar por arriero, huyó en la noche junto con el gobernador militar Escalona (disfrazado a su vez bajo los hábitos de sacerdote), hasta que ambos lograron evadirse de la ciudad y alcanzar el pueblo de Tocuyito.

Ahora bien, el por qué Boves extremó su furia contra los valencianos y obró en cambio de manera más o menos lenitiva a la hora de llegar a Caracas sólo puede explicarse porque Valencia estaba llena de blancos insurgentes que permanecían sitiados mientras que la capital había visto desaparecer a sus últimos “blancos”, con Bolívar a la cabeza,

por la vía que se abría hacia Río Chico y Barcelona. En efecto, al recibirse la noticia del descalabro del centro, Caracas se preparaba por tercera vez para una nueva invocación del caos. Era, haciendo cómputos, la tercera hégira que experimentaba la ciudad: la primera con Monteverde en 1812, la segunda con Bolívar en 1813 y ahora, con Boves, en 1814.

Bolívar resolvió hacer un par de inútiles intentos por evitar la aproximación de las avanzadas, ordenó perforar fosos y trincheras que sirvieran de estorbo dentro de la propia Caracas, y hasta se inclinó a último momento por una ley marcial que le permitiese efectuar algunos rápidos alistamientos en la ciudad. Pero ante el carácter incierto de lo que se les venía encima, y cuando ya ni él ni los suyos podían servir de ariete a las ofensivas de Boves, Bolívar les aconsejó finalmente a los habitantes de Caracas que emprendieran el éxodo hacia la costa, bien por La Guaira, bien por la ruta de oriente, con tal de escapar cuanto antes de las partidas que ya mordían el paso de Las Adjuntas. En La Guaira los barcos se ven saturados y más bien gana cuerpo la espeluznante caravana que sale por los Dos Caminos. Súbitamente Caracas, o buena parte de ella, se convierte una vez más en asilo ambulante. Poco tiempo se había acostumbrado la capital a vivir sometida a la autoridad de Bolívar y a la de su pariente Ribas, cuando rápidamente sus habitantes se agotan en el esfuerzo de verse reducidos de nuevo a las mayores penurias. No cabe duda de que dos palabras se conjugaban para describir la gramática del momento: terror y éxodo. Los caraqueños o, de nuevo, la parte de aquellos que logró ganar la vía de La Guaira, se salvará al alcanzar la isla de Saint Thomas y, por paradójico que parezca, recibir asistencia allí por parte del gobierno de Madrid que había hecho los arreglos necesarios para que desde el “leal” dominio de Puerto Rico les llegasen los socorros necesarios.

Los que en cambio dejaron librar su suerte a una marcha incierta que se internaba por Petare hacia la impenetrable montaña de Capaya en busca de llegar hasta Barcelona, conformaron un lote en medio del cual se desató lo que en lenguaje moderno podríamos calificar como

una verdadera crisis humanitaria. De las quince mil personas que debieron abandonar una Caracas ya desde antes despoblada por los efectos del terremoto de 1812 y de dos éxodos sucesivos, se calcula que en la fuga hacia oriente debió perecer, como resultado de tan riesgoso viaje, las tres cuartas partes, o sea, unos once mil seres humanos.

Dejando bien aseguradas sus espaldas tras la toma de Valencia, Boves ya veía abierta ante sí la entrada a los valles de Aragua y de ahí, a unos cuantos kilómetros a la distancia, la desgarnecida capital que pronto habría de confirmarle el mando que ejercía. Pero aunque se preparase para practicar la misma ceremonia de tomar a Caracas, Boves preferirá hacerlo con calma, a diferencia de Bolívar y Monteverde, hasta que hubiese logrado limpiar bien el radio de actividad de los insurgentes. Y tanta fue aquella calma, que por más que el trozo de habitantes que aún permanecía en Caracas pretendiera ofrecerle un Tedeum a su lugarteniente Ramón González, quien se había adelantado al asturiano con parte de su vanguardia, la ceremonia quedó aplazada por insinuación de éste hasta que fuese presidida por aquel nuevo Alarico en persona que veía ensancharse a Venezuela delante de su caballo.

La calma de Boves, empero, tendrá un costado preocupante. Al menos así se lo había hecho saber el arzobispo Narciso Coll y Pratt por medio de angustiosas comunicaciones dirigidas a lo que ya para entonces era su itinerante cuartel general en ruta hacia Caracas. El hecho fue que los peligros dejados tras el vacío de poder se multiplicaban, y hasta las mismas avanzadas de Boves comenzaron a salirse de madre en su prédica contra los blancos y la propiedad. Tal era así que el Arzobispo no sólo hacía ingentes esfuerzos por impedir el pillaje de las casas que habían sido abandonadas por los emigrados, sino que hasta el mismo Rosete, quien entraba formando parte de aquella vanguardia y que había dejado sembrado el pueblo de Ocumare de troncos humanos en nombre de Boves, debió temer que le quitaran la cabeza por su mera condición de blanco. “Participé el suceso a Boves, y le insté con urgencia para que inmediatamente dispusiese su marcha”, apuntó Coll y Pratt en uno de sus memoriales. Ante el desconcierto, la

primera medida que se permitió tomar el Arzobispo en compañía de una “Junta” que se había conformado a guisa de gobierno de emergencia, fue precipitar la entrada del lugarteniente González por creerlo el único capaz a esas alturas de frenar aquel peligro que se abatía sobre los caraqueños. Heredia apunta que el Arzobispo logró hacer buenas sus dotes con la palabra e intentó persuadir a los principales responsables del desorden teniéndolos “a su lado todo el día sin dejarles dar orden alguna que él no oyese”. De momento, Coll y Pratt apartó a Caracas del desastre, aún a riesgo, como habría de ocurrir a la entrada final de Boves, de que aquellas huestes se quejaran públicamente de él por haberles impedido saborearse con las promesas del saqueo.

Las angustias ventiladas por el Arzobispo en su correspondencia eran desde todo punto legítimas, y de allí que para quienes habían decidido quedarse en la capital, la llegada de Boves a Caracas no equivalió precisamente a la de un nuevo Alarico a las puertas de Roma. Al menos tal era la apreciación entre los que buscaron arrimo a su llegada y alivio ante la partida del “malvado” (como Coll y Pratt llamara a Bolívar). Según testimonios coincidentes, y hasta con base en la luminosa prosa del Arzobispo, quien dejó constancia de estos recuerdos, Boves entró con el mejor orden por la calle de San Juan, el 16 de julio de 1814, día consagrado a la Santísima Virgen del Carmen, “patrona cuya poderosa intercesión se había estado implorando sin interrupción alguna”. Precisamente entre los primeros lo esperaba Coll y Pratt, quien dijo acerca del recién llegado una frase memorable que vale la pena reproducir: “Siempre diré que después de Dios, a Boves le debo mi vida”. Por eso lo esperaba, para dar inicio cuanto antes a la celebración de la solemnísimas función de acción de gracias y, acto seguido, para acoger a este nuevo redentor y ofrecerle como sitio de hospedaje la propia sede del Palacio Arzobispal. En esta recepción –apunta un testigo– “venía un gran concurso de pueblo, y hubo música, fuegos artificiales y se echaron a vuelo las campanas”. Serían en total unas cinco mil almas las que estarían aguardando a Boves. Quince mil ya

habían emigrado a oriente. Veinte mil habían perecido tras el terremoto o habían emprendido la marcha antes, entre 1812 y 1813. En otras palabras, en apenas dos años y unos meses, la ciudad había visto a su población encogerse de cuarenta mil a cinco mil habitantes.

Al entrar a Caracas, Boves apenas se permitirá el tiempo suficiente para cambiarse el vendaje de una herida y besar el anillo del Arzobispo antes de entregarse a la tarea de organizar el gobierno provisorio de una ciudad que había quedado dislocada tras la huida del mando insurgente. Como una especie de Sancho Panza en su isla de Barataria, pero revestido de un toque de horror, Boves despachará de manera salomónica durante poco más de una semana los más pequeños asuntos, escuchará quejas y atenderá reclamos de toda especie entre los vecinos que lo favorecían. Se enterará por el propio Arzobispo de que, en su huida, los responsables del gobierno insurgente habían cargado hasta con las alhajas de las iglesias, por más que los curas de cada parroquia recibieran la orden de llevarlas hasta el dormitorio del Arzobispo para intentar salvar aquellos instrumentos materiales de la fe. Pero al final se las llevaron igual, confundidas entre cajones de pertrechos y seguramente “para destinarlas al cuño”. El Arzobispo concluye diciendo en tono fulminante: “De este modo se reprodujeron los tiempos de Naburzadan; salió el feroz [Bolívar] cargado de las execraciones de la Iglesia”. La versión republicana corre en sentido contrario: Austria y otros autores aseguran que en febrero de ese año, Bolívar y el clero habían celebrado el “Acta de la Concordia”, mediante la cual quedaba patentado, con el debido consentimiento, que la República dispondría de la platería y joyas de las iglesias. Esto no impidió sin embargo, como apunta un testigo de la época, “que cada cura ocultara las alhajas que pudo”.

También se forja por esos días la curiosa historia que llega a oídos de Boves según la cual la valiosa colección del botánico neogranadino José Celestino Mutis que descansaba olvidada en el puerto de La Guaira en medio del caos y la confusión, estuvo a punto de ser embarcada porque los republicanos habían resuelto vendérsela a los ingleses de las islas vecinas en vísperas de la estampida. Dándole crédito a esta

especie, un biógrafo –férreo partidario suyo– dirá que Boves reintegraría a Caracas “los inestimables frutos de la ciencia vernácula”. Y agrega que, gracias a él, las estampas, dibujos y la infinidad de plantas tropicales que formaban el tesoro de Mutis no terminaron siendo ornato de algún museo de Londres.

El Arzobispo tampoco dejará de informarle que procuró por todos los medios posibles evitar la emigración, pero que el “malvado” prácticamente había obligado por la fuerza a los caraqueños a emprender aquella fuga precipitada, incluyendo a su propia hermana, María Antonia, quien pretendió negarse a emigrar. “Sólo por salvar sus vidas las perdían en cualquier parte”, es la triste conclusión a la que, desde su óptica particular, llega Coll y Pratt a juzgar la emigración a oriente, tan conocida entre nosotros por el famoso lienzo de Tito Salas.

Luego de imponerse de las novedades, el asturiano dictó un decreto de indulto el mismo día de su llegada y lo repitió nuevamente el 18, sólo para que fuese violado al cabo de unos días por Juan Nepomuceno Quero en su condición de comandante militar de la ciudad. Por lo visto, a pesar de la huida en masa, todavía quedaba a quienes atormentar o alancear en Caracas. Tal fue el caso de José Félix Sosa, un jurista de fuste y colaborador de Bolívar en 1813, quien por negarse a emigrar fue reducido a la cárcel hasta que, supuestamente por órdenes expresas del asturiano, murió de simple inanición. Y también sería el caso más tarde, entre los muchos blancos que habían logrado escapar de la capital, de Francisco Javier Ustáriz, músico, jurista, cataador del mejor café del valle, coleccionista de las últimas partituras llegadas de Europa, y quien a pesar de haber formado parte a duras penas de la emigración, terminó siendo descogotado en su silla de inválido por obra y gracia de un lancero de Boves.

Sobran las anécdotas acerca del breve y fugaz paso de Boves por Caracas. Dos de ellas, por ejemplo, involucran su vieja amistad con José Ignacio Díaz, un abogado con quien supuestamente entró en tratos durante una temporada que, años atrás, el caraqueño pasara en Calabozo, y la forma en que el asturiano solía entretenerse haciéndole pre-

guntas incómodas sobre la punta filosa de la ambigüedad, “¿Quién ha matado más hombres, Bolívar o yo?” Fuera cual fuese la contestación, naturalmente José Ignacio Díaz debió verse en muy difícil trance ante una respuesta que podía tomarse como halago o por insulto. Otra anécdota, en este caso más bien ilustrativa de su probidad, corre de la siguiente manera: en una ocasión, Boves se lamentaba ante Díaz de su acentuada pobreza, asegurándole que no contaba más que con su despacho de militar sin sueldo y habiendo perdido todos sus negocios en Calabozo por consecuencia de la guerra. “¿No es usted el dueño de Venezuela?”, se dice que le preguntó Díaz, insinuación que fue tomada por el asturiano con tal grado de iracundia que a su interlocutor sólo lo salvó el alto grado de amistad que mantenía con él.

El historiador Lino Duarte Level –quien no simpatizaba precisamente con Boves– dice que sólo lo ornaban dos virtudes: la sobriedad y el agradecimiento. Y de ambas fueron testigos los habitantes de Caracas, especialmente de la última, cuando volvió a reencontrarse con la familia Jove, a la cual colmó de afecto en prenda de gratitud por aquel trance amargo vivido durante su confinamiento en Puerto Cabello. En esta categoría caían también otras reconocidas familias del valle como los Duarte y los Navas Spínola. De paso, según lo trae una página de la *Historia* de Baralt, este ascendiente fue muy útil a los habitantes de Caracas, pues fueron muchas las familias que se salvaron de sufrir en carne propia los rigores del asturiano gracias a la intercesión de consejeros como los Jove y los Duarte.

Además habría que agregar, como se insinuó en algún capítulo anterior, que a diferencia de Monteverde, siempre desconfiado de quienes no fueran sus “curros”, Boves se consagró a recibir la orientación de gente valiosa de la capital, como los juristas Tomás Hernández Sanabria, Juan Rojas y Francisco Rodríguez Tosta, a fin de que lo ayudaran a atender las apremiantes labores de gobierno.

Haciendo a un lado los inefables casos del Marqués de Casa León, designado como gobernador civil y cuya larga historia de duplicidades se retrotraía a los tiempos de la Primera República, y de su propio

mayor general, Juan Nepomuceno Quero, a quien Boves encargó a los pocos días como gobernador militar de la ciudad y de cuya fiereza abundan ejemplos que aún se recuerdan hasta el día de hoy, hubo casos notables en sentido contrario. Quero, dicho sea de paso, no perdía tiempo en la tramitación de procesos, ayudado en todo momento por su cancerbero “Chepito” González. Pero como se venía diciendo, en la acera de enfrente figurarán casos notables de honestidad e inteligencia como el de José Domingo Duarte, a quien al nombrarlo como Intendente General, Boves se aseguraba que parte de la maquinaria administrativa funcionara en reemplazo de los burócratas del separatismo que habían ocupado la ciudad durante casi un año.

No olvidemos tampoco que las dificultades con que Boves se tropezó fueron sin duda tanto o mayores por cuanto debió gobernar desde el principio ajeno a la ayuda que pudiesen prestarle aquellos que apoyaban también a la autoridad legítima del Rey, puesto que hasta los miembros de la Audiencia de Caracas, al verse advertidos de su pronta llegada, resolvieron desertar de la ciudad y más bien unirse a Cajigal en Puerto Cabello, dando a entender así que no refrendarían ningún acto que pudiese emanar de aquel poder usurpador de los mismos intereses metropolitanos.

En un país fecundo en crear instituciones a la medida de la voluntad del jefe, Boves procedió a darle forma a las suyas propias, comenzando por un Tribunal de Apelaciones, al que integró rápidamente a los tres ya nombrados “cerebros” jurídicos de la ciudad, el rector de la Real Pontificia Universidad de Caracas, Tomás Hernández Sanabria, y los abogados Rojas y Rodríguez Tosta. Pero también sería honesto advertir que, lejos de tratarse en este caso de una simple emanación de su voluntad, el enorme vacío dejado tras el alejamiento de la Real Audiencia obligaba a acoplar la realidad a las nuevas urgencias e impedir que la sociedad quedara a la deriva en materia de justicia. El tal Tribunal tuvo sin embargo efímera existencia; creado por Boves en julio de 1814, se extinguió con su muerte, ocurrida en Urica, en diciembre de ese mismo año.

Entre otras cosas era preciso hacerle llegar noticias acerca de todas estas nuevas a Manuela de la Iglesia en Gijón, y la forma más adecuada de hacerlo la halló Lorenzo García Jove, quien imaginándose que para Manuela la autoridad de Boves equivalía a ver a su hijo sentado sobre una inmensa batea de cacao, le escribe a propósito de remitirle, por vía de los señores “Pla y Portal” y con destino primero a la Coruña, seis fanegas de tanpreciado artículo allende el Atlántico: “El sólo punto que le falta al heroico Bobes para toda conquista es Maturín; hoy oficia noticias muy placenteras. En fin, tome Vuestra Merced buen chocolate, que cacao no ha de faltarle”.

En efecto, a Boves no tarda en aguijarlo la idea de seguir camino en busca de los insurgentes. Ya tiene de nuevo el suficiente abasto de víveres, y de lo único que precisaba (aparte de reunir una suma exigua a base de penosas contribuciones en la exhausta capital para pagarle a su tropa) era que desde Calabozo y otros puntos le remitieran más conscriptos para reanudar la persecución. Por eso, al igual que Alarico, quien no quiso quedarse en Roma, Boves se encaminará de inmediato hacia el oriente, pasando primero por un costado del Llano y ofreciendo 300 pesos por cabeza si lograban alcanzar a los insurgentes. Era agosto de 1814. Cuatro meses más tarde, habiéndose arrogado ya nuevos títulos como “Comandante General de Barlovento y Gobernador e Intendente de las Provincias de Cumaná y Barcelona”, habrá de morir alanceado en esos parajes a los que lo había llevado su convicción de echar al mar los restos de aquella República comandada por los señoritos de Caracas. Antes de partir, le ordena a Quero observar su política de indultos y mostrar cierta moderación en esta ciudad que, a diferencia de Valencia, no había dejado de mostrarse leal desde su llegada.

Pero así sería Quero que, al cabo de un tiempo, los vecinos de Caracas comenzaron a añorar profundamente a Boves.

Ajuste de cuentas

Un dato tal vez poco conocido es que la Guerra a Muerte –y en parte solamente la emigración a oriente de 1814– acabó con buena parte de los compositores y ejecutantes que existían en Caracas, excepción hecha de algunos como José Ángel Lamas quien terminó escribiendo su última obra, “Ave María Stella”, mientras Boves acampaba en Caracas y el gobernador militar Quero imponía a tal punto las represalias a su cargo que al anochecer hacía desfilar a las ristras de sospechosos hasta los campos de Coticita para someterlos fríamente al degüello.

Para un grupo que comenzó sus estudios bajo la inalterable paz de los cafetales de la Floresta, resulta un símbolo muy revelador que la destrucción desatada por el aluvión bovista se hubiese cebado sobre ellos, puesto que uno de los rasgos que más llamó la atención de Alejandro de Humboldt en 1800 era precisamente la exquisita musicalidad de los caraqueños que tan bien hablaba a los ojos del barón alemán de la alta cultura que imperaba en el valle capital.

Algunos, como Cayetano Carreño, Lino Clemente, el flautista Juan Francisco Pascual Meserón y Atanasio Bello Montero habrían de sobrevivir y escapar milagrosamente a los horrores de aquellos años aciagos. Pero otros quedarán en la memoria como los casos más patéticos

—o al menos más famosos— entre los excesos cometidos por Boves cuando intentaba emparejarse en la marcha con su segundo Francisco Tomás Morales y resolvió más bien presentarse frente a Cumaná, la cual terminará por tomar (luego de que Manuel Piar tuviese que dejarla librada a su suerte) y someterla a saqueo el 16 de octubre de ese año. De Cumaná se cuenta que no quedó nada, excepto el júbilo de aquellos mismos comerciantes catalanes que, durante el tiempo en que los visitó Antoñanzas, compartieron la afición de coleccionar orejas de insurgentes. La ciudad que lamía las orillas del Manzanares iba a ser objeto de tanta furia como aquella otra —Barcelona— recostada a orillas del Neverí. La razón era simple: allí estaba apilado lo que quedaba de las familias de los “sediciosos emigrados de todos los pueblos y la mitad de los nobles de Venezuela”, según lo apuntara el médico y publicista antirrepublicano José Domingo Díaz.

Entre los casos más desdichados se cuenta la suerte corrida por Juan José Landaeta, compositor “pardo” (como casi todos los músicos, dicho sea de paso), autor de un Pésame a la Virgen, de un Salve Regina a 4 voces, de un Tantum Ergo a 3 y, más tarde (al menos según la versión más tradicional), de la canción insurgente “Gloria al Bravo Pueblo” con versos del poeta Vicente Salias. Landaeta había integrado la desbandada que salió de Caracas y que tardó 23 días en llegar primero a Barcelona. Como si su biografía no resultara lo suficientemente azarosa, llegó a ser parte junto con otro músico —Lino Gallardo— de las “cuerdas de presos” que Monteverde había despachado a las bóvedas de La Guaira como parte de su política pacificadora. Pero mientras Gallardo habrá de observar desde entonces en adelante una actitud prudente y pragmática aceptando los interludios de dominación realista, Landaeta será reputado en cambio como un pertinaz conspirador. Así lo describía José Domingo Díaz en sus *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. En aquellos días de octubre de 1814 Landaeta formará filas en la orquesta que actuó en la “cena sangrienta de Cumaná” y terminará fusilado al final del convite junto con el resto de los músicos allí presentes. Entre las anécdotas que han venido a ser abultadas o corrompidas por la

tradición, se asegura que Landaeta tuvo la desdichada tarea de recoger los cadáveres de los otros músicos y apilarlos bajo la orden de los llaneros de Boves antes de ser ejecutado él mismo. Pero, si de mal gusto se trata, nada como aquella estampa según la cual, al momento de ser conducido ante el pelotón de fusilamiento, a Landaeta le ataron a las sienes el manuscrito del “Gloria al Bravo Pueblo”.

Quien mejor que nadie pulveriza esta anécdota tan ridícula es José Antonio Calcaño, quien áspero como lo es en muchas páginas de *La ciudad y su música*, afirma sin ambages: “No podemos concebir que las tropas de Boves hubieran guardado cuidadosamente una copia manuscrita de la canción patriótica, en espera de que cayera en sus manos el autor para atársela en la frente al fusilarlo. Por otra parte, en aquellos tiempos, el *Gloria al Bravo Pueblo*, aunque muy conocido, no pasaba de ser apenas una de las muchas canciones patrióticas de la época, y nadie, ni siquiera el mismo Boves, podía tener tan agudo don profético para saber que sesenta y siete años más tarde, un presidente de la República [Antonio Guzmán Blanco], que aún no había nacido siquiera, iba a convertir esa canción en Himno Nacional de Venezuela”.

Algún tiempo antes, ya Morales había metido el pánico en las calles de Barcelona, habiendo desbaratado de antemano a Bermúdez en la villa de Aragua, y consagrándose –según se cuenta– al bizarro entretenimiento de ver a los “facciosos” alanceados y lanzados aún con vida a las aguas del Neverí. Fue allí donde, luego de algunas “funciones de armas” más o menos favorables, Boves intentó reunírsele de nuevo, y es probable que fuera a partir de entonces –cuando no de antes– que en las comunicaciones cruzadas entre Boves y Morales surgieran los enconos y desavenencias que revivían, a modo de epidemia, el juego de desconocimientos permanentes a que venía sometándose la autoridad en Venezuela. Del lado insurgente las cosas pintaban, desde luego, de una manera mucho peor en materia de autoridad. Perdida Barcelona y prácticamente todos sus alrededores, Bolívar se había anticipado entonces a llegar hasta Cumaná con el resto de aquella

desdichada emigración y las famosas alhajas de las iglesias que tanto darían de qué hablar. Bolívar era prácticamente un fugitivo sin mando mientras que Mariño, el otrora “Libertador del Oriente”, se había visto reducido a ser el símbolo de la indecisión. Solamente Ribas, Piar, y en cierta forma Bermúdez, mientras Bolívar y Mariño salían del país al mismo tiempo, se mantenían en aquel momento como el único crédito que le quedaba al partido insurgente.

Fiel a su afición de ver a la gente bailar, Boves no quiso dejar de dar una fiesta en Barcelona, algo que –como apunta Juan Uslar Pietri– fue un gesto bastante audaz el haberse aceptado las insinuaciones del organizador de tal recepción, tomando en cuenta el espantoso precedente de lo ocurrido en Valencia. Pero, igual, la gente fue a bailar y nada pasó de particular, excepto que a la salida algunos de los concurrentes fueron apresados y llevados a orillas del Neverí para que se dieran “un baño” según la eufemística modalidad de la muerte inaugurada un mes antes por Morales en aquella ciudad. En realidad, se dice que quienes llevaron la peor parte esa noche no fueron los concurrentes sino los que desairaron al “taita” rehusando la invitación a asistir.

Ribas aceptó entonces el mando de aquella casi inútil y desesperada resistencia confiándole a Piar la imposible tarea de detener a Boves antes de que se abalanzara sobre Cumaná, lo cual, como queda dicho, tuvo lugar efectivamente en octubre de ese año, encargándose el asturiano de que los blancos de Caracas llevaran la peor parte del asalto, incluyendo las mujeres, de quienes se dice que las despachó en lotes hacia su futuro harén en la isla de Arichuna, en medio del Orinoco, donde también aguardaban desde hacía tiempo algunas damas “cautivas” de Calabozo.

Habiéndose trasladado a Maturín, Ribas debió enfrentar, acto seguido, sus propias desavenencias con Bermúdez, quien persistía en salir adelante para contener la marcha que le facilitaría a Boves juntarse finalmente con Morales. Así, el Bermúdez derrotado anteriormente en Aragua de Barcelona, lo sería de nuevo al empeñar acción en el

sitio de los Magueyes, luego de lo cual la tan temida reunión de Boves y Morales se verificó sin mayor estorbo.

Si algo quedaba por delante era la mera desesperación, y la necesidad de jugárselas el todo por el todo fue lo que impulsó a Ribas a plantear el encuentro de Urica. Al discutir la situación, temiendo encontrar resistencia de parte de sus oficiales de abandonar Maturín y salir a la caza de Boves, Ribas finalmente logró imponer su criterio incluso frente al vapuleado Bermúdez, quien hasta último momento creyó mejor y más ventajoso pelear “enchiquerado” en Maturín que medirse con Boves a campo traviesa. Al final de cuentas, hasta Bermúdez cedió también en su porfía.

A pesar de su catadura triunfalista, malos aciagos rodearon a Boves en la antesala de Urica como a César lo rodearon en las vísperas de los Idus de Marzo. Para comenzar, no bien había alcanzado los chaparrales de la sabana cuando se dice que Boves y Morales tuvieron un serio roce, algo que podría acreditar la sospecha de que el lanzazo que le atravesó el cuerpo a Boves en la mesa de Urica pudo provenir de una orden de su resentido lugarteniente, a quien Boves –según refiere el memorialista Francisco Javier Yáñez– había tratado “con aspereza y menosprecio”. Otro mal presagio, pero que ya se abona un tanto al terreno de la fantasía, era que Boves “estrenaba” montura en ese momento: un potro que probó ser fatal en la contienda, puesto que ya le había costado dos o tres veces echarle la pierna. Pero como se trataba de un regalo de una dama de Barcelona, se dice que el taita no quiso advertir peligro alguno en el potro medio cerril.

Urica es un episodio difícil de reducir a la médula. No siendo éste el lugar para dejarse llevar por detalles de tipo militar, basta decir que se trató de un combate que dejó un ancho surco de muertos y tras el cual ninguna de las partes pudo reclamar claramente el día para sí. Lo más memorable de la acción, y lo que hace guardar especial memoria de ella entre las docenas de escaramuzas libradas a lo largo de ese año 14, fue que a Boves un lanzazo lo sacó muerto de su silla cuando, a comienzos de la refriega, intentando atajar un conato de desbandada, se

le “estancó” el potro obsequiado por la dama. La pregunta que siempre ha rondado a partir de entonces, y muy a pesar de que nuestra liturgia nacional haya tendido una pátina de gloria sobre Pedro Zaraza como autor material del hecho, es de dónde provino realmente el lanzazo que segó la vida del asturiano (una pregunta tan enigmática como la bala sin dueño que mató a Ezequiel Zamora 36 años más tarde). Es muy significativo al menos que el regente Heredia hubiese apuntado en sus *Memorias* lo siguiente: “Hasta ahora se duda si le vino el golpe de los enemigos o de los suyos”, responsabilidad que se ve, al menos parcialmente, atribuida a “los suyos” por parte de quien sí fue el autor de una verdadera fuente republicana, Francisco Javier Yáñez, quien dice al efecto: “Por algunos realistas se supo que habiendo sabido Morales la caída de Boves, se dirigió al lugar y cubriéndolo con su ruana (sic) lo acabó de matar, haciendo saber después de la batalla que había ido a ejecutar una acción de suma importancia. Morales se hallaba entonces resentido con Boves y aspiraba al mando exclusivo del ejército”.

Independientemente de quien fuera el dueño de la lanza que lo condujo a la muerte, el hecho cierto es que para el momento de librarse el encuentro de Urica, destacan tres aspectos que no pueden pasar fácilmente desapercibidos. El primero era que, descontando a Morales y a alguna otra rara excepción, todos los hombres que militaban en sus filas eran venezolanos y todos habían sido organizados por él.

En segundo lugar, llama la atención la extensión del territorio controlado hasta entonces por su sola autoridad: empezaba en Valencia, incluyó siempre los Llanos centrales, y terminó por agregarse casi todo el oriente, incluyendo los simbólicos bastiones de Barcelona y Cumaná. El tercer dato que sin duda merece atención es que la muerte lo halló pobre, tan pobre como en sus inicios familiares de Oviedo. Trescientos pesos, y eso en forma de una deuda que había contraído con él uno de sus lugartenientes, se dice que constituía toda la fortuna del “amo de Venezuela” para el día de Urica. Sólo Manuela de la Iglesia, y ello luego de penosos esfuerzos y reiteradas súplicas entre el laberinto de la burocracia española, logrará cobrar la pensión por los servicios

que rindiera Boves, ascendido de forma póstuma a brigadier y sin que nadie pareciera reparar ya en los pomposos títulos que ornaron su paso por el ejercicio de la Guerra a Muerte entre 1813 y 1814.

Sólo un consuelo le quedó tal vez a quien se hizo acompañar con un tren de capellanes hasta aquella sabana cortada al norte por el río Amana y al sur, por las lomas de la viuda Paula. Su Vicario General, el presbítero José Ambrosio Llamozas, sería quien por su alta graduación se encargaría de amortajar el cuerpo y enterrarlo debajo de lo que entonces fuera el altar mayor de la iglesia de Urica, donde también dio misa por su alma, ordenó que las campanas se acompañaran al funeral y labró de su puño y letra el acta de defunción que le devolvería la tranquilidad a media Venezuela y sumiría a la otra mitad en el estupor. Por algo, el propio Bolívar, tan renuente a reconocerle mérito alguno, terminaría diciendo en algún momento: “La muerte de Boves es un gran mal para los españoles porque difícilmente se encontrarán reunidas en otro las cualidades de aquel jefe”.

Por un tiempo, se conservó el misal en que se dijo la misa, así como una enorme espada, casi de catadura medieval, que le sirvió para repartir mandobles entre la estepa guariqueña y la meseta de Urica. Pero, al cabo, hasta la iglesia sufrió una brusca mudanza de lugar y, por tanto, sus restos, enterrados debajo del altar, pasaron a formar parte de una constante que ha intentado condenarlo desde entonces. En pocas palabras, el olvido.

Después de Urica

A despecho del peso abrumador que tiene nuestra tradición republicana, resulta difícil llamarnos a engaño: por Boves doblaron las campanas. Se le dieron misas, entre ellas, la más célebre de todas, oficiada por el padre Juan Antonio Rojas Queipo en Maiquetía. En ella, entonando su oración fúnebre, Rojas Queipo dirá, para engrandecer la memoria del difunto, que Bolívar rehuyó un combate singular al que lo había desafiado el asturiano para que lidiasen mano a mano en algún punto de la llanura. Se le erigieron elaborados altares, desde Calabozo hasta Urica. Su memoria en los Llanos centrales de Venezuela, tan lejos de la rocallosa Oviedo, devino pronto en hechizo.

Aunque desde hacía tiempo circulaba por el país una redondilla que decía “entre Boves y Morales la diferencia no es más que uno es José Tomás y el otro es Tomás José”, ello estaba muy distante de ser la verdad. Comenzando porque Morales era Francisco Tomás, no Tomás José. Pero más allá de este pequeño detalle, ocurre que el canario Morales no reportará tener la talla de su antecesor ni, mucho menos, reunir en él las cualidades requeridas para el mando. En todo caso, y lejos de que la muerte de Boves fuera o no el resultado de una conspiración interna para relevarlo, Morales reclamó para sí y obtuvo el reconoci-

miento como jefe tras la indefinida acción de Urica, ordenando por cierto que se despacharan a Caracas las cabezas de siete de los principales oficiales que se habían negado a confirmar semejante investidura a través de la llamada "Acta" levantada en el propio sitio de Urica. Pero esas mieles del poder durarán poco tiempo, ante la nueva etapa que estaba a punto de abrirse.

Esa etapa la vino a significar la llegada de Pablo Morillo, ante quien la pretendida aspiración de Morales de continuar haciendo la guerra por su cuenta y sin sujeción alguna, llevaría al heredero de Boves a aceptar más temprano que tarde, y así fuera a regañadientes, la nueva autoridad de Cajigal, ya repuesto en el mando tras salir de su ratonera de Puerto Cabello ante el inesperado giro que cobraba ahora la llegada del gran árbitro pacificador.

Cuando la expedición pacificadora del general Morillo se puso a la vista de la costa venezolana en abril de 1815, una falúa regresó a la nave capitana del "pacificador" trayéndole dos noticias: la primera, que en Carúpano se hallaba el brigadier Morales, pronto a marchar para apoderarse de la costa de Güiria; la otra, la muerte de Boves, atravesado de un lanzazo. "También recibimos allí la mala nueva de haber muerto en la acción de Urica el heroico brigadier Boves, comandante general de las tropas leales", apunta el capitán Rafael Sevilla, autor de unas interesantísimas *Memorias* referentes a sus andanzas como parte del ejército expedicionario.

En mayo entraba Morillo a Caracas por el antiguo camino del Cerro, alojándose en la casa del marqués de Mijares. Y ya en junio concluía los preparativos para emprender su expedición sobre Nueva Granada. Pero como las instrucciones, tanto las generales como las "muy reservadas" que había recibido del Ministerio Universal de Indias hablaban por igual de la necesidad de imponer una política de concordia y moderación (aplicando, "en caso de no dar este procedimiento el apetecido resultado, el rigor y la fuerza a todo trance"), la memoria de Boves cayó rápidamente dentro de aquella política que obligaba al silencio y el olvido. Un indicio que habla por sí solo de esta actitud fue la medi-

da adoptada de inmediato por Morillo al prohibir que la *Gaceta de Caracas* hiciese alusión alguna a su funeral y al contagioso culto que seguía despertando entre los suyos. El “Pacificador” simplemente no quería que nadie llorase al taita. Cruel destino sin duda para quien – según un memorialista español– “murió amado de sus súbditos y colmado de gloria por sus vencimientos”.

Con la muerte de Boves ambos contendientes enterraban a la vez un mal recuerdo. Todo lo cual explique quizá que los muy tardíos esfuerzos biográficos emprendidos en el siglo XX se topasen desde entonces con obstáculos insalvables, comenzando por la profusión de fuentes demasiado contaminadas o corrompidas por el recuerdo de aquellos años todavía oscuros de 1813 y 1814. Pero algo debe decir a favor de su personalidad y de sus cualidades naturales (incluyendo sus cualidades en los predios del horror) el hecho de que por más que se pretendiera ignorarlo o se le desatendiera durante el lapso de un siglo, descontando apenas las estampas que sobre Boves empleó Juan Vicente González para darle mayor calor a su *Biografía de José Félix Ribas*, la tradición oral se encargara de instalarlo permanentemente en el imaginario venezolano. En ese mundo de lo popular, Boves figurará a un lado de Bolívar, a quien involuntariamente el asturiano empujó a encausar y controlar mejor la psicología y los instintos medulares de la masa, y de Páez, quien más tarde supo aprovechar y dirigir aquellas mismas fuerzas clavadas en lo hondo de la tierra con las que Boves entroncó firmemente. En este sentido, la atrayente curiosidad que Boves concitó en la memoria colectiva lo convirtió sin duda en el caudillo excepcional de la causa anti-insurgente en Venezuela.

Pero, para cualquier observador atento, una pregunta asoma inevitablemente al concluirse su “dictadura” de seis meses, ¿de no haber muerto Boves en Urica, qué hubiera sido de la independencia de Venezuela? La respuesta podría dársela uno mismo sin muchas vueltas: de no haber desaparecido atravesado por una lanza a la edad de treinta y dos, es muy probable que todo el proceso emancipador se hubiese demorado unos cuantos años. Más allá de esta mera conjetura, se hace

difícil saber si Boves se hubiera sometido y bajo cuál modalidad al general Morillo luego de haberse alzado como lo hizo frente a Cajigal para obrar a sus anchas en aquel país que se rendía a su paso. En todo caso, resulta dudoso pensar que hubiese terminado “ablandado” como Morales, a quien se le dio el gran consuelo de terminar sus días como gobernador de las islas Canarias, o como otros oficiales del orden leal que acabaron ejerciendo el mando en alguna de las últimas provincias como Cuba.

En la historia de Venezuela todo o casi todo lo que roza el mundo militar se ve saturado por la leyenda. En este caso, la leyenda estriba en su fama de acertado estratega. ¿Cuánto hay de cierto en ello? ¿De quién o de dónde aprendió Boves a manejar su ejército en campaña? Descontando que por instinto dominase “el arte de la guerra”, tal vez resulte más ajustado decir que las suyas eran acometidas brutales sin más previsión que la seguridad de poder reparar inmediatamente las pérdidas sufridas con el abundante depósito de hombres y de caballos que le garantizaba su posesión de los Llanos. Pero, en este caso, ¿fue la consigna del terror lo único que le permitía contar con semejante dotación a sus espaldas, o había algo en la naturaleza de su propia autoridad que imantaba enseguida a sus seguidores? Obviamente, el uso de su autoridad personal se vio sustentado en la incitación al saqueo y a la impunidad por los delitos cometidos contra la propiedad ajena. Sin embargo, al propio tiempo se ha advertido a lo largo de estas páginas que algún tipo de sentimiento de reivindicación corría parejo a esta práctica, algo que lucía ausente entre sus opositores (muchos de ellos pertenecientes a la misma clase blanca cuyas propiedades Boves incitaba a saquear), quienes también incurrían en la práctica del saqueo pero que en todo momento pretendieron diferenciarla del simple pillaje bajo fórmulas que justificasen la necesidad que suponía abastecer un ejército que no contaba con los recursos de una intendencia regular.

Aunque no se sepa por modo cierto cuándo comenzó a distinguirse en realidad su predominio en las llanuras de Calabozo hasta alcanzar

más tarde la distinción de ser brigadier póstumo, lo que tal vez vendría a aclarar o reforzar ese “algo” de su autoridad personal podría ser un dato que, visto con cuidado, no resulta nada menor: ni antes ni después, ninguna autoridad no nacida en los propios Llanos gozaría de tanta ascendencia o prestigio como lo tuvo Boves entre los habitantes de aquella geografía concreta. Y, sin embargo, ¿cómo se explica que luego de una permanencia tan corta –a lo sumo, tres años antes de los acontecimientos de abril de 1810– este asturiano de Gijón lograra acoplarse de tal forma al modo, carácter y peculiaridades del llanero? En parte, tal vez, porque no toda su vida en Calabozo discurrió detrás del mostrador de su pulpería. Sería imposible creer lo contrario. A desentrañar la psicología del llanero debió contribuir sin duda un paréntesis de nomadismo que echaría por tierra el cumplimiento estricto de su confinamiento en aquella villa donde debía permanecer aislado por obra de una condena judicial tomada en Puerto Cabello. Y tal vez una de las mejores claves que el asturiano desentrañó y supo aprovechar durante su “nomadismo” llanero fue la circunstancia de advertir por doquier un regionalismo acentuado. Al menos, sus órdenes para reclutar, reemplazar y reforzar efectivos atendía a menudo a este factor, organizándolos siempre en razón, nombre y número de la localidad de la que eran oriundos, explotando así un sentimiento de emulación y rivalidad permanente entre sus huestes.

Pero Boves tampoco puede ser juzgado sin reparar primero en la confianza de baquiano que siempre lo caracterizó. Al mismo tiempo no puede desatenderse la temeridad que le imprimió a la dirección de las marchas, algo que trabajó para granjearse un enorme grado de obediencia, sujeción y respeto dentro de la dura arquitectura espiritual del hombre del Llano. Así lo confirma el memorialista Heredia cuando hace un balance a la muerte del asturiano: “Sin poseer ninguna de las cualidades brillantes que deslumbran y alucinan a la multitud, logró sobre los habitantes de los Llanos un predominio que pocos hombres han ejercido sobre sus semejantes”.

Con Boves “el monstruo” ocurre que el mundo de su actuación estuvo signado por las más ásperas paradojas, lo cual alentó a la vez tantas versiones distintas del mito que aún perdura acerca de él. Se dice por ejemplo que respetaba a la Iglesia, pero cuando era necesario mandaba a degollar a los curas aunque se escondieran en el sagrario; privilegió la amistad y la gratitud, y fueron muchos de sus propios llaneros a quienes ayudó antes y durante su actuación como protagonista mayor de la escena; pero al mismo tiempo jamás dejó de llamar con cierta gracia peculiar suya como la práctica del “diezmo” a aquella que consistía en mandar a matar a uno de cada diez prisioneros que caían en sus manos antes de terminar, en la mayoría de los casos, por alancearlos a todos. El mismo que tuvo el tino de rodearse de algunos lúcidos consejeros a su breve paso por Caracas es quien, apenas semanas antes, se deleitaba en Valencia al son del “Piquirico” mientras las despa- voridas familias intentaban huir de sus improvisados salones de baile. No es el mismo Boves el que le escribe una tranquilizadora carta a la hija de aquel Ignacio Figueredo que le salvara la vida en San Carlos llamándola ante nada “señorita”, que el Boves que se jactaba de engordar a los zamuros con carne de blancos. Aún más: el mismo que tuvo concentrado en su persona tanto poder como para ser considerado “amo de Venezuela”, en un país donde fácilmente se confunden el protagonismo político y el lucro personal, fue quien dejó por todo capital, tras ser abatido en Urica, una nota de deuda por 300 pesos.

Una estampa tan contradictoria no podía menos que inspirar tan radicalmente a favor o en contra los galerones, corridos, coplas, décimas, manifiestos, circulares, proclamas y discursos que sirven para testificar su paso por el horror de la Guerra a Muerte entre 1813 y 1814. Tal vez convendría dejar que fuera aquel arzobispo Coll y Pratt, quien decía deberle la vida a Dios y a Boves, quien concluya estas líneas. A decir verdad, nadie como él ha dado en el meollo de estas contradicciones que se vieron alentadas en buena parte por la confusión de toda una época en la que ninguno de los bandos en pugna econo-

mizó sangre ajena. Escuchemos a Coll y Pratt algún tiempo después de que el asturiano hubiese sido borrado de la escena:

“Con la ingenuidad que debo, confieso que Boves era un héroe para destruir, no un hombre para edificar; (...) Él no entendía esta máxima fundamental: que su valiente intrepidez que lo llevó a la muerte en Urica le hizo creer también que sus días serían largos y que podría sujetar a las castas, cuya insubordinación se vio obligado a tolerar. (...) Lleno de aquel coraje que se toma en el campo de batalla, se olvidaba después de proveer de socorros espirituales a los que en los lugares ya sometidos y dependientes de su autoridad mandaba ajusticiar (...) Debo confesar que toda esta falta de cálculo endureció a los facciosos, obstinó a los caudillos y retardó la pacificación, derramando a veces un cierto espíritu que no podía llamarse sino de vértigo hasta en aquellos que no parecían dispuestos a él”.

Días de vértigo. En eso el Arzobispo hablaba sin dejar en el camino el menor asomo de duda.

- Armas Chitty, J. A. de. **Boves a través de sus biógrafos**. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Colección El Libro Menor, 1992.
- Austria, José. **Bosquejo de la historia militar de Venezuela**. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1960 (2 tomos).
- Baralt, Rafael María. **Resumen de la historia de Venezuela**. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1975 (Tomo II).
- Bermúdez de Castro, Luis. **Boves o el león de los Llanos**. Madrid: Espasa Calpe, 1934.
- Blanco, José Félix. **Documentos para la historia de la vida pública del Libertador**. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1978 (tomos I y II).
- Carrera Damas, Germán. **Boves**. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991.
- Coll y Prat, Narciso. **Memoriales sobre la independencia de Venezuela**. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1960.
- Díaz, José Domingo. **Recuerdos sobre la rebelión de Caracas**. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1961.
- Duarte Level, Lino. **Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela**. Madrid: Editorial América, 1917.
- Espinosa, Alfonso. **La villa de Calabozo (Bosquejo histórico)**. Caracas: Editorial Sur-América, 1929.
- Flinter, George. **A history of the revolution of Caracas**. Londres: T. And J. Allman, 1819.

- Fundación Polar. **Diccionario histórico de Venezuela**. Caracas, 1997 (4 tomos).
- Gil Fortoul, J. **Historia constitucional de Venezuela**. Caracas: Ediciones Sales, 1964 (Tomo I).
- González, Eloy. **Al margen de la epopeya. (Relatos históricos)**. Caracas: Banco Industrial de Venezuela, 1968.
- González, Juan Vicente. **Biografía de José Félix Ribas**. Caracas: Monte Ávila Editores, 1990.
- Heredia, José Francisco. **Memorias sobre las revoluciones en Venezuela**. En: Anuario del Instituto de Antropología e Historia. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1967-69 (volumen I).
- Level de Goda, Andrés. **Memorias**. En: Anuario del Instituto de Antropología e Historia. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1967-69 (volumen II).
- Liévano Aguirre, Indalecio. **Bolívar**. Caracas: Academia Nacional de la Historia/ Ediciones de la Presidencia de la República, 1988.
- Mijares, Augusto. **El Libertador**. Caracas: Academia Nacional de la Historia/ Ediciones de la Presidencia de la República, 1987.
- Palacio Fajardo, Manuel. **Bosquejo de la revolución en la América Española**. Caracas: Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, 1953.
- Parra Márquez, Héctor. **Historia del colegio de abogados de Caracas**. Caracas, Imprenta Nacional 1973 (Tomo II).

- Parra Pérez, Caracciolo. **Historia de la primera república**. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992.
- Pérez Tenreiro, Tomás. **Boves, primera lanza del rey**. Caracas: Ministerio de la Defensa, 1969.
- Silva Cubillán, Humberto. **Coronel Vicente Campo Elías**. Caracas: Editorial Texto, 1988.
- Urquinaona y Pardo, Pedro. **Relación documentada del origen y progresos de las provincias de Venezuela**. En: Anuario del Instituto de Antropología e Historia. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1967-69 (Volumen I).
- Uslar Pietri, Juan. **Historia de la rebelión popular de 1814. Contribución al estudio de la historia de Venezuela**. París: Ediciones Soberbia, 1954.
- ___ **Boves (Historia de la guerra de Independencia de Venezuela)**. Caracas: Cromotip, 1950.
- ___ **Historia política de Venezuela**. Caracas: Edime, 1980.
- Valdivieso Montaña, Acisclo. **José Tomás Boves**. Caracas: La Esfera, 1931.
- Yanez, Francisco Javier. **Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado independiente, hasta el año de 1821**. Caracas: Elite, 1943.
- Valleniza Lanz, L. **Cesarismo democrático**. Caracas: Monte Ávila Editores, 1990.

El Hidalgo de gotera	9
De marinero en tierra a tendero de Calabozo	17
La mano en el rostro	27
Oíste de mi boca un olvido eterno	37
El pendón de la muerte	45
La llama ha absorbido el aceite	61
“Sólo un credo se le dará para que encomiende su alma al creador”	73
La legión infernal	91
Los bailes de Alarico	101
Ajuste de cuentas	113
Después de Urica	121
Bibliografía esencial	129

Biblioteca Biográfica Venezolana

Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I
Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo II
José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar Otálvora
Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
Teresa Carreño / Violeta Rojo
Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
César Girón / Gonzalo Jiménez
Francisco de Miranda / Inés Quintero

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de abril de 2005, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres *light*, *negra*, *cursiva* y *condensada* de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

José Tomás Boves

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Edgardo Mondolfi Gudat

En *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, el médico José Domingo Díaz, venezolano, monárquico de armas y letras tomar, llamó a José Tomás Boves "el hombre más valiente del mundo", otorgándole el rango de jefe militar y político de Venezuela. El arzobispo Narciso Coll y Prat le dice en una carta: "Después de Dios, a usted le debo la vida". Juan Vicente González lo llamó "primer jefe de la democracia venezolana". Para éste y, casi todo el mundo, fue el sanguinario que acabó con la II República, el monstruo de la ceremonia macabra del "baile de Boves": música y danzas como telón de fondo de los fusilamientos.

Escribir la biografía de un personaje de tantos antagonismos, fue un desafío que Edgardo Mondolfi Gudat asumió a plenitud. Boves ejerció el poder dictatorial en Venezuela durante seis meses, en el año terrible de 1814, aniquilando y sembrando el pánico como un jinete del Apocalipsis. Mondolfi se hace la pregunta inevitable: "¿De no haber muerto Boves en Urica, que hubiera sido de la independencia de Venezuela? La respuesta podría dársela uno mismo sin muchas vueltas: de no haber desaparecido atravesado por una lanza a la edad de treinta y dos, es muy probable que todo el proceso emancipador se hubiese demorado unos cuantos años". La conjetura es válida. También es válida la sospecha del biógrafo de que difícilmente Boves se habría sometido al general Pablo Morillo, enviado por el Rey como "pacificador". Así que su muerte fue paralelamente un regalo para España.

Edgardo Mondolfi ha escrito una excelente biografía, moviéndose con cautela a través de un mundo de sombras y viejos prejuicios, tratando de establecer la verdad sin pretender dictarla, abriendo interrogantes y tratando de descifrar enigmas persistentes.

Simón Alberto Consalvi